



Sofía Del Valle

Una mexicana universal



Sofía Del Valle

Una mexicana universal



© Instituto Nacional de las Mujeres

Alfonso Esparza Oteo 119
Col. Guadalupe Inn
México, D.F. 01020

Juventud Cultural Femenina Mexicana
Calle Unión 77 interior 304A
Col. Escandón
México, D.F. 11800

Autor: Miguel Olimón Nolasco
ISBN: 978-968-9286-13-4
Primera edición: 31 de marzo de 2009
Registro en trámite

www.inmujeres.gob.mx

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Las ideas vertidas en esta obra son responsabilidad exclusiva del autor y no representan el punto de vista del Instituto Nacional de las Mujeres.

Índice



Prólogo	5
Introducción	9
Primer escenario: Asturias	15
Segundo escenario: la ciudad de México. De Maximiliano a Don Porfirio	21
De México hacia España	29
Suiza y de nuevo España	37
Gijón, Nueva Orleans y, por fin, México	45
A favor de la cultura de las jóvenes mexicanas	53
Estudios y presencia en Estados Unidos y Europa	67
La “Misteriosa Sofía”	81
Anécdotas, sucesos y distinciones en Estados Unidos	97
Amistades sólidas	123
Trabajos de la posguerra y recapitulación	135
Comentarios finales	139
Apunte bibliográfico	143
Apéndices	145
Acerca del autor	155

Prólogo

CON ADMIRACIÓN A SOFÍA

Para ser provechosamente nacional,
hay que ser generosamente universal.

Alfonso Reyes

Con la publicación de *Sofía del Valle. Una mexicana universal*, se cumple el anhelo de muchas mujeres que tuvimos la suerte de conocerla o que oímos hablar de su vida excepcional.

Sofía nació en México en 1891 y murió en 1983. Su madre era de origen francés y español su padre. Contó con una educación privilegiada que aprovechó gracias a su inteligencia. Aunque tuvo la oportunidad de viajar y vivir fuera del país, se identificó y comprometió con México en un momento histórico de nuestra patria, muy difícil para las y los católicos. Hizo frente a los retos de su tiempo con grandeza de espíritu, amor a su tierra y una profunda fe en Dios, a través de toda su vida.

Sofía dictó a su amiga Eugenia Gastine de Díaz el contenido medular de este libro cuando ya tenía más de ochenta años, con el propósito de que se publicara algún día con la mayor fidelidad posible. Con seguridad se sentía responsable de compartir con las generaciones futuras sus experiencias de fe, amor, solidaridad, trabajo tenaz y de una vida llena de aventuras, logros y éxitos.

El historiador Manuel Olimón Nolasco hace un cuidadoso seguimiento de su vida y nos sitúa en el contexto histórico de México en los siglos XIX y XX, aportando datos muy interesantes y con un estilo literario que seguramente les agradará.

Nosotras, como muchas otras mujeres, sentimos la gran responsabilidad de que se publicara este testimonio para destacar los logros y la trascendencia de una obra que cambió la vida de muchas jóvenes.

Este escrito, desde luego, no puede abarcar todas las riquezas y logros de la vida singular de Sofía del Valle, no obstante, su publicación es un sueño hecho realidad, pues ella quería que se diera a conocer, desde su especial percepción, la plenitud de su vida que aunque llena de dificultades, pudo resolver paso a paso y con claridad en una época del México convulsionado que le tocó vivir.

Por ello, queremos agradecer de manera especial a Juventud Cultural Femenina Mexicana (JCFM) por su excepcional apoyo para hacer esta publicación y a la Unión Fomentadora de Cultura de la Mujer (UFCM) por su ayuda oportuna.

También agradecemos al Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES) por su interés en dar a conocer y divulgar la vida de mujeres mexicanas destacadas. Nuestro México es plural y diverso y la vida excepcional de cada mujer que ayuda a construirlo debe ser reconocida, sin hacer diferencias ni exclusiones por su fe, origen, cultura u origen étnico.

Esperamos que el relato de la vida de Sofía del Valle cobre presencia y sea inspiración para las mujeres que enfrentamos retos complejos y difíciles, más aún cuando queremos realizar nuestro proyecto personal y dejar huella en este mundo.

Por último, gracias a ti, Sofía, mujer universal, visionaria, y sobre todo, mujer de fe. Mujer solidaria con tu patria que trabajaste por la superación de las mujeres. Tu obra, tu testimonio y tu compromiso social, han trascendido hasta el siglo XXI y confirmamos que en nuestro México y el mundo necesitamos “muchas Sofías como tú”.

María Eugenia Díaz de Pfennich
Mercedes Gómez del Campo de Zavala
Guadalupe Aguilar Fernández



Introducción

Ésta es la historia de una mujer, de su paso por la tierra y por la vida. De una mujer que vivió y atravesó buena parte del peculiar y difícil siglo XX mexicano, convulso en buena parte, esperanzador en otra, pero que tuvo un corazón ensanchado a las medidas del mundo. Su nombre: Sofía del Valle. Su trascendencia: se descubrirá al recorrer las páginas de este libro que pretende darla a conocer.

Para darle forma a este escrito, he tenido como principal fuente la transcripción del relato de su vida que dictó alrededor de 1976. Dado el origen oral de esa fuente, contiene con cierta frecuencia repeticiones o versiones diferentes de algunos sucesos que fueron narrados sin seguir una secuencia cronológica. Más de una vez he ampliado, reducido o combinado su testimonio, tratando de ser fiel a sus palabras y no aventurándome con invenciones.

Por otra parte, su narración privilegia algunos años, de los que, como podrá leerse entre líneas, conservaba además de los datos guardados en la memoria, la fuerza emotiva de lo que habían significado, más que para ella, para la patria a la que pertenecía y que indudablemente amaba: México. A pesar de que vivió y captó la vitalidad de Europa, o quizá por eso, su corazón siempre fue mexicano: latió por México y recibió estímulos de dolor y de gozo conforme las y los mexicanos sufrían o salían de sus sufrimientos, no sin prolongadas luchas.

Entre los años de referencia, destacan aquellos en los que a fin de dar a conocer en Estados Unidos lo que acontecía a las y los católicos mexicanos —perseguidos de diferentes maneras, aun después de que el gobierno se había comprometido en junio de 1929 a concederles libertad para el ejercicio del

culto religioso y había aclarado que el registro que se pedía para los sacerdotes era de carácter estadístico—, ella cumplió con creatividad y libertad la encomienda que recibió de Monseñor Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Morelia y Delegado Apostólico en México, desterrado en San Antonio, Texas, de 1932 a 1937, de difundir los males que padecían las y los católicos mexicanos, sobre todo en ambientes formadores de la opinión pública católica.

La amplitud con la que ella habló de su niñez y de su adolescencia y de la etapa que vivió en Estados Unidos durante ese tiempo recio para su patria, hace que estas páginas no sean con propiedad una biografía, sino el tejido de sus experiencias más fuertes y de las obras más personales que emprendió. Sólo de manera muy fragmentaria he podido seguir sus pasos después de 1940 y eso, desde luego, se refleja en lo que aquí queda escrito.

No obstante, era importante que no pasara más tiempo sin que lo que en este libro queda dicho pudiera ser conocido y apreciado, pues es más común de lo que parece: que la memoria de grandes mujeres pase desapercibida y no reciba de quienes de muchas maneras somos sus deudores, no digo la justicia que merecen, sino a veces ni siquiera una ligera mención.

Mi tarea, pues, ha sido la de buscar en medio de las abigarradas y espontáneas líneas de los recuerdos dictados por ella, el hilo conductor de una existencia y colocar, en la medida de lo posible, esas experiencias personales, que tuvieron limitada repercusión en grupos muy concretos de lugares igualmente concretos, dentro del contexto de lo que en los espacios de decisión, situados en Roma, Washington y la ciudad de México, sucedía. En esta tarea de contextualización debo decir que la escritura de este trabajo incorpora bastantes datos que apenas en nuestros días son conocidos, gracias a la investigación que he tenido la oportunidad de realizar en documentos del archivo de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos de Norteamérica (*National Catholic Welfare Conference*), actualmente en la Universidad Católica de América en Washington, y que habían permanecido inéditos hasta ahora.

Las tareas emprendidas por Sofía del Valle le dieron un color específico a la presencia de las mujeres católicas en el México del siglo XX. Al reconocerlas, brota sin dificultad una admiración doble: la que se dirige a ella como persona singular, que supo aprovechar las mejores oportunidades de preparación y de apertura al mundo y que, por tanto, prefirió esta línea de entrega apostólica a la opción por el matrimonio o la vida familiar y la que se dirige a la huella que dejó en instituciones, que constituyeron pilares de la acción pionera a favor de la formación cultural plena de las mujeres, por medio del Instituto Superior de Cultura Femenina (conocido como “Cultura Femenina”) y la organización Juventud Católica Femenina Mexicana (JCFM). Si las circunstancias que se presentaron en México durante la década de 1930 atrasaron la estructuración de la educación universitaria femenina en el país, no fue culpa de ella ni de sus obras. Por el contrario, cualquier referencia histórica a esa realidad tendrá que tomar en cuenta su labor y las obras a las que estuvo vinculada que, para decirlo de mejor manera, brotaron de su entrega y empeño.

La trayectoria de Sofía fue, en muchos aspectos, como la de muchas mujeres de su tiempo: obediente, ordenada, amable, cortés y visionaria. Observó las costumbres de una mujer, primeramente joven y después mayor, perteneciente a la clase social en la que nació y vivió, sin innovaciones o rebeldías. Un observador poco atento no habría encontrado diferencias que la pusieran en un sitio especial. Fue pionera o precursora en un sentido distinto a algunas mujeres que suelen ponerse como ejemplo en publicaciones que tratan de llevar los tiempos actuales a otras etapas de la historia.

No fue, pues, “feminista” en el sentido que tiene este término actualmente, dejando ver no poco de agresividad revanchista. Perteneció a una de esas familias a las que podría habersele clasificado dentro de la clase social alta y dentro de la cual se desarrolló. No tuvo, sin embargo, pretensiones aristocráticas o actitudes propias de quien pone en el dinero o en la buena posición el mejor de los pretextos para no educarse o no comprometerse con las situaciones que lo rodean. Por ello, y a pesar de que pudo ser “una de tantas”, su existencia no

fue común, su itinerario vital no estuvo arrastrado por convencionalismos, modas o por el simple paso del tiempo que desgasta y que por sí solo no deja huellas.

Mujer mexicana y universal. Mujer provista de visión internacional, de trayectoria que habló de superación, de provincialismos y prejuicios. Mujer de convicciones firmes y grandeza de ánimo. Mujer cristiana y católica, y por tanto, abierta a lo universal, sinónimo precisamente de católico y dotada de un corazón dispuesto a entregarse, en el mejor sentido de esta palabra.

Al mirar, con la perspectiva privilegiada que nos da la distancia de los años lo que ella dejó para la historia del México contemporáneo, nos extraña que no exista aún un libro, folleto o documento que nos refiera a esa persona que merece ser no sólo recordada, sino ser un modelo de lo que ha podido y puede hacer la mujer mexicana. Por ejemplo, en una obra que recoge a tantos y tantos hombres y mujeres que han dejado huella en la historia de nuestro país, el *Diccionario Porrúa de Historia, Geografía y Biografía de México*, inútilmente se busca en la letra correspondiente su apellido y nombre.

De alguna manera, pues, estas páginas tratan de acercarnos a ella, no tanto a una figura, a una representación de personaje o a una especie de heroína, sino a alguien de “carne y hueso”, que vivió en medio de las multitudes humanas que fueron y vinieron a lo largo de muchos años, pero que dejó un vestigio singular y digno de ser tenido en cuenta. Lo que aquí sigue también responde, a muchos años de distancia, a una solicitud que le hizo en 1938 el obispo de Kansas City, Missouri, Monseñor Thomas Francis Lillis:

Alguien muy interesado en México y en el sufrimiento de los católicos durante la persecución. En una ocasión –dice Sofía– estando yo en Kansas City me dijo: “Sofía: tiene usted que escribir un libro sobre su labor. Le tengo ya hasta el impresor en Nueva York y también el título: Misteriosa Sofía”. Le agradecí su gestión, pero por desgracia nunca tuve tiempo de escribir dicho libro.

Éste, por tanto, es de alguna manera ese libro que ella fue solicitada a escribir, pues son sus propias palabras las que ocupan la mayor parte de estos renglones y es su vida la que impregna estas páginas, que cobran vida porque es ella en realidad quien las comparte.

Las narraciones mismas de Sofía, llenas de anécdotas, algunas de ellas provistas de encanto, candor y una pequeña dosis de ingenuidad, le dan peculiar color a su relato. Un color que no se relaciona con el acartonamiento o la solemnidad que tal vez podría esperarse. Y es precisamente a través de esas anécdotas como podemos percibir que la historia de México, el paso por esta tierra de tantas y tantas vicisitudes humanas, no es obra solamente de los “grandes”, de los que el tiempo, mitificándolos, les ha dado el título de héroes o de próceres, sino el paso de los pequeños que, sin embargo, han entretejido su voluntad en lo más hondo, su esperanza y su fe con el destino de un pueblo que ha merecido ocupar, desde antaño, un lugar digno en el escenario de la humanidad.

En cierta manera, Sofía del Valle fue embajadora mexicana en lugares remotos y supo a un tiempo resaltar la dignidad de un pueblo de raíces católicas, poner en su sitio los intentos de despojarlo de ese timbre de identidad que tan íntimo es a su propio ser. Una y otra vez, a la hora de narrar los hechos de los que fue testigo o actora, acude con naturalidad a hablar de la Providencia divina o de la intercesión de Jesús, de la Virgen María o de algún santo, en particular, de Santa Teresita del Niño Jesús.

En el tiempo que pasó en Estados Unidos, recorriendo su vasto territorio, estrechó sin duda vínculos que prejuicios, distancias afectivas, desconocimientos e ignorancias habían ablandado. La cercanía y solidaridad de las y los católicos estadounidenses con la causa mexicana, de gran importancia pero casi desconocida, queda manifestada de forma nítida en la presencia de nuestra Sofía.

Con el material que he tenido a la mano no habría podido hacer más que una biografía aburrida, un engarce de datos que señalen tiempos, lugares y poco más y me alegro por ello. Incluso puedo decir que no he tenido a la mano una can-

tividad grande de documentos como para hacer una biografía en forma y poder seguirla paso a paso, pero que la vitalidad de las frases engarzadas por la propia Sofía le ha dado una fisonomía particular e interesante. El recorrido por su tiempo vital ha dejado huellas tenues en los grandes escenarios de México, huellas como las que deja un paso ligero, suave, casi imperceptible, pero ni apresurado ni sin rumbo sino, por el contrario, definido y claro, sincero y abierto. Por consiguiente, a pesar de que su sendero no se puede seguir en su totalidad por el siglo XX de nuestra existencia como país y como nación, con la documentación y la memoria que de ella se tiene, algo puede hacerse para que la neblina del tiempo y la mala acción del olvido no borren totalmente una presencia y una acción que vale la pena retener ante los ojos o, más bien dicho, ante nuestra realidad difícil, pero emocionante, del siglo XXI ya iniciado.

Trataré, pues, de entretejer su vida, singular en muchos sentidos, con lo que bien puede llamarse geografía viva, así como acompañamiento activo y transformador de la historia. Los caminos de Europa, México, Estados Unidos y Canadá que recorrió con ánimo muy distinto al de una turista, no sólo marcaron con fuerza su espíritu y le dieron una reciedumbre muy especial, una madurez femenina poco común, sino que su paso por ese ancho y variado mundo, lejano de la unidad siempre anhelada y apenas visitado por la paz, marcó también un número elevado de destinos humanos que fueron orientados, en esa variedad de lugares, con su palabra y acción.

En pocas palabras, en la geografía humana de España, México y Estados Unidos, principalmente, y más en concreto en la geografía del pensamiento y la acción social católicos en tiempos de especial crecimiento y maduración de esa presencia, pero también en tiempos de prueba para el catolicismo mexicano, que necesitaba algo más que la repetición de devociones populares o los intentos de arreglos políticos, quedó sembrada la semilla que con la entrega de su vida, y no sólo con palabras sueltas o discursos elocuentes, colocó en el surco y que ha dado frutos de muchas maneras, en particular en el reconocimiento de la valía de las mujeres mexicanas para emprender y llevar adelante obras grandes y difíciles en el campo social y educativo.

Primer escenario: Asturias

Trasladémonos a la región de Asturias, de manera concreta a la población que lleva el curioso nombre de Villaviciosa, dado personalmente por el emperador Carlos V en una visita realizada al lugar, donde fueron tantos los agasajos que recibió y los licores que corrieron a torrentes durante ellos, que le dejó para siempre ese título, el uso de su escudo imperial como divisa del lugar y, ante todo, la fama que atravesó los siglos.

Esta zona se encuentra surcada por múltiples huellas de sus continuados contactos con América y más en concreto con México. El ir y venir iniciado en el ya lejano siglo XVI no fue interrumpido ni por el movimiento de independencia americano ni por las vicisitudes infinitas, políticas, económicas y culturales que sufrieron los pueblos de uno y otro lado del Atlántico en los siglos XIX y XX. Y nada prueba más esta no interrumpida vinculación que la búsqueda que se hace todavía año con año por muchas familias mexicanas en las semanas anteriores a la Navidad, de la sidra para la cena que, de preferencia, ha de ser de la marca “El Gaitero”, en cuya etiqueta se lee claramente “Villaviciosa, Asturias” y los apellidos de los socios de la empresa, “Del Valle y Ballina”.

Estos datos, en apariencia desviados de nuestra intención biográfica, nos llevan a una reflexión: de tal sencillez y cercanía son tantas veces los vínculos que nos unen a pueblos y geografías, que no necesitamos más que la memoria del paladar y del gusto evocador, más real y comprensible que muchas otras memorias para el acercamiento histórico, que el uso de teorías complicadas que tienen existencia breve.

De ese lugar, el de Carlos V y el de la sidra, procede la línea familiar paterna de Sofía del Valle.

Dejemos que ella misma nos lo cuente:

Mi padre, Francisco del Valle Ballina, era español, de Asturias. Su padre, es decir, mi abuelo, fue Don Francisco del Valle y Muñiz, notario. Por sus manos pasaron infinidad de asuntos de las familias de la villa; dio fe a lo largo de mucho tiempo de traslados de dominio, legitimación de hijos y herencias, de fortunas que crecían, no pocas veces a causa de que sus dueños, "nuevos ricos" habían regresado de "hacer la América" y de otras, a veces formadas a lo largo de siglos, que se hacían pequeñas y casi se esfumaban. Puede decirse que con sus firmas en los pesados libros de la notaría se le dio por muchos años algo así como validez legal a la vida de todos los días en esa villa de gente trabajadora y sin complicaciones mayores, días que rara vez rompían su monotonía, a no ser cuando había alguien recién llegado de Cuba, de América del Sur o de México y que siempre tenía muchas cosas para contar, para despertar la admiración. Si ciertas o inventadas, difícilmente podía saberse, pues lo que más llamaba la atención de esas tierras remotas era su riqueza, que la imaginación hacía más grande de lo que era en realidad. Por ello esos relatos eran escuchados y hacían nacer en no pocos el deseo de salir de la tierra y dirigirse a esos parajes imaginados como maravillosos.

Su madre, mi abuela paterna, era Doña Matilde de la Ballina y Algara, que venía de una familia de viejo arraigo. Era mujer de silencios más que de algarabías y, por ello, mujer recia como un árbol frondoso y antiguo. Sin sentirlo y mucho menos decirlo, todas las mujeres de la casa se miraban en ella como en un espejo y soñaban con tener esa fortaleza que se unía a un cariño natural, sin afectación, con verdad. A todos les gustaba acercarse a ella, oír sus relatos vivos de las antigüedades asturianas, fueran muy pero muy remotas, de los tiempos medievales o más recientes, que hablaban de los pleitos entre hermanos españoles por causas políticas o religiosas (carlistas, liberales, legitimistas y no sé qué más). Ella estuvo ahí por mucho tiempo, con la firmeza de los árboles frondosos.

La posición económica de mis abuelos era buena, holgada. Pero no era una posición para la pereza o la ostentación. El abuelo, que presidía una casa solariega situada en Camoca a cuatro kilómetros de Villaviciosa donde habitó con sus siete hijos (cinco hombres y dos mujeres), pensaba en un porvenir para ellos que debía labrarse con una buena preparación y una laboriosidad que debía arraigarse en lo más hondo.

Papá –Francisco del Valle Ballina– fue el mayor de los hermanos. Mi abuelo lo envió a estudiar a Francia, donde cultivó amistades y relaciones comerciales que le sirvieron después de mucho. De su experiencia francesa adquirió un espíritu cosmopolita que lo hizo “hombre de mundo” y no aldeano timorato. Llegó a hablar de modo perfecto el francés, en aquel entonces el idioma que abría las puertas del universo. El primogénito de los Del Valle Ballina regresó a su tierra a la edad en la que podía iniciar una carrera, tal vez en consonancia con lo que se veía en la época como “de mucho porvenir”, ingeniería de minas, por ejemplo, o tal vez como el anterior Don Francisco, para ser abogado y quizá notario, pues este último cargo solía ser hereditario. No obstante, el recién llegado de Francia no quiso seguir carrera, sino “venir a hacer la América” como se decía allá. No sé si esa decisión, muy suya y quizá no muy bien recibida por mi abuelo, haya disgustado a éste. Fue un tema que nunca se discutió en la casa y sobre el que preferí no preguntar pues, ¿para qué me serviría saber lo que pasó si lo que realmente me interesaba eran los resultados de esa decisión?

El camino que decidió tomar mi padre fue el de México. Aquí, como muchos, o mejor digo, muchísimos asturianos y gallegos, tenía un tío, hermano de Doña Matilde, que se llamaba Ramón de la Ballina y Algara que estaba bien establecido en Toluca, donde tenía un negocio grande de abarrotes en el que le iba bien pero donde, precisamente a causa de la bonanza, le hacía falta ayuda. Qué mejor que aceptar a un sobrino, siguiendo la práctica común de los paisanos en el Nuevo Continente.

Antes de seguir con la vida de mi padre, diré que el tercero de los hermanos, tío mío, se llamó Alberto del Valle Ballina. Se graduó de químico y fue el fundador de la empresa productora y exportadora de sidra “El Gaitero”, cuya fábrica se estableció en la ría llamada El Puntal en las estribaciones de Villaviciosa: ahí fincó la fábrica que producía y produce esa sidra famosa, conocida por toda América.

Como era costumbre entre los emigrados españoles, si los sobrinos resultaban listos y con ambiciones, en un momento determinado el mismo tío los incitaba a independizarse, a poner su propio negocio. Si la separación se daba sin rupturas o conflictos escandalosos, el tío les daba crédito, los presentaba con amigos y acompañaba los primeros pasos de su negocio hasta que veía que, como se dice, el recién emancipado ‘podía volar solo’.

Eso pasó con papá. Después de trabajar unos años con Don Ramón en Toluca, decidió independizarse y se vino a México, la ciudad capital de la República. Aquí, al principio pasó penalidades y tuvo que realizar varios trabajos no como jefe, sino como ayudante de distintos comerciantes acaudalados. Por fin, pasado poco más de un año fue nombrado gerente de una fábrica de licores llamada La Casa Colorada, que estaba localizada en la Avenida Chapultepec y cuyo dueño (Presidente del Consejo de la empresa) era Prudencio Gutiérrez, también español de origen.

Aquí comenzó a despuntar el genio de papá. Él se interesó mucho en cuestiones de vinos y licores, tanto, que para mejorar la calidad de los productos de La Casa Colorada y ampliar la clientela, hizo venir de Francia (quizá solicitando la recomendación a su hermano, el químico de la sidra) a un especialista en licores conocido como Monsieur Vallet, de quien se decía era inventor de un nuevo método para la fabricación de licores al que un poco pomposamente su inventor le había dado el nombre de método Valletti, quizá porque italianizando el apellido de su autor, a los mexicanos les daba menos trabajo pronunciarlo.

Entre Asturias y México, o más bien, a partir del camino hecho por un hombre audaz de ese espacio norteño de España a esas tierras mexicanas, se trazó la vigorosa herencia paterna de Sofía, emparentada con los fabricantes de la sidra “Del Valle Ballina”.

Abajo. Sofia del Valle con su equipo cercano de maestras del Instituto Superior de Cultura Femenina.



Segundo escenario: la ciudad de México. De Maximiliano a Don Porfirio

Vamos ahora tras las huellas de la herencia materna.

Bien podemos definir la vida como una cadena de encuentros. Y cuando los encuentros son entre personas que en un momento, casi sin sentirlo, se atraen, se gustan y deciden que valdría la pena llevar una vida en común, esa cadena viene a resultar de metal sólido y resistente.

Francisco del Valle (quien todavía no era “Don”) trabajaba duro. No sería de extrañar que hubiera pasado las noches de sus primeros tiempos en Toluca, durmiendo debajo del mostrador de la tienda de su tío, levantándose antes o muy poco después del alba y haciendo cosas desde muy temprano hasta que entraba la noche, como era común que los parientes ricos de México trataran a los jóvenes llegados de la península con la idea, un poco real y un poco ficticia, de “que aprendieran a ser hombres”. No obstante el juicio que nos merezca esa práctica, lo real era que así podían los inmigrantes hacer ahorros y pensar si en algún momento, más cercano que lejano, “asentaban cabeza” fundando una familia en México, quedándose en su nueva tierra o tal vez regresando a España, pero con una posición muy diferente a la que allá habían tenido.

A nadie le gustaba regresar a la vieja patria como un fracasado y si a alguno ésta parecía ser la suerte que le correspondía, prefería vagar por América: Venezuela, Colombia, algún país centroamericano o Argentina, hasta que la suerte le mejorara. Si los países de habla española no le eran propicios, era capaz de correr el riesgo de buscar un lugar en Estados Unidos. Lo importante era no regresar sin fortuna y sin una cauda de fama. Los siglos de conquistas, de aven-

turas y de empresas en América habían dejado impresa una huella nada débil en la gente de España y muy en especial en los asturianos emprendedores.

Seguramente cuando el joven al que nos referimos estaba en el mostrador de la tienda de Don Ramón, tenía una que otra oportunidad de ver y admirar a alguna joven toluqueña, de mejillas chapeadas a causa del frío, o a algún grupo de jóvenes a la salida de la misa del Carmen, de la Merced o del Santuario. Podemos incluso imaginar que alguna vez, rara desde luego, con los tíos visitaran a alguna otra familia y hubiese un fugaz intercambio de miradas.

La posición de estabilidad y con ella la posibilidad de hacer planes en serio para presentarlos a alguna muchachita, sólo se dio cuando en la capital del país tuvo a su cargo la gerencia de La Casa Colorada en la que pudo demostrar su capacidad, genio e inventiva. Para entonces Francisco del Valle no era ya tan joven, tenía 32 años, estaba “algo madurito”, diríase. La muchachita vista y admirada se llamaba Sofía Goeury, de origen francés, pero nacida en la ciudad de México, cuya historia familiar había cambiado de rumbo a causa de las vicisitudes de la historia mexicana decimonónica. Nos encontramos alrededor de 1895 y Sofía vivía con su madre viuda y su hermana un poco mayor en edad, de nombre Emilia.

Le cedemos la palabra de nuevo a Sofía del Valle para que nos cuente esa historia y nos daremos cuenta, en primer lugar, por qué en el título de este capítulo está el nombre de Maximiliano, príncipe de la casa de Habsburgo y fugaz Emperador de México de 1863 a 1867:

Papá se casó a los 32 años con mi mamá Sofía Goeury Smith, hija de Don Henri Goeury, francés que fue traído a México por las personas que fueron a Europa a buscar al Emperador Maximiliano. Monsieur Goeury tenía en París una de las mejores casas de muebles y cortinas. En vista de que el Emperador manifestó a los señores que lo fueron a buscar que deseaba amueblar al estilo francés tanto el castillo de Chapultepec como el Palacio Nacional, contactaron en la capital francesa a Monsieur

Goeury y lo convencieron de viajar a México para que se encargara de amueblar esos dos magníficos e históricos edificios, el Castillo y el Palacio. Le recomendaron de modo especial que trajese todo lo necesario para tapizar los muebles y colocar los cortinajes, pues en México sólo se recibía la seda que venía de la China por la ruta antigua de la Nao, que había conectado por siglos a México con el exótico oriente, lejano e inalcanzable pero muy atractivo. Sin embargo, es posible que los mexicanos mensajeros en Europa tuvieran en mayor aprecio la calidad de las telas europeas que la de los envíos que llegaban del Oriente.

Encandilado con las promesas que le hicieron, sobre todo las que le pintaron que vendrían cuando se supiera que él había decorado esos lugares: una gran clientela siempre en crecimiento, emprendió el largo viaje a México, vendió su casa y salió llevando consigo a una hija y a su esposa en un viejo barco de vela que tardó 56 días en llegar a Veracruz.

Nos contaba la abuela que al venir del puerto a la ciudad de México por aquellos duros caminos que entonces había, los asaltaron los famosos bandidos de Río Frío, pero que felizmente salieron ilesos y con no más que un buen susto. Llegaron a la ciudad que ostentaba entonces, si bien por muy poco tiempo, el título de ‘capital imperial’.

Una vez en México, con dinero que tomó el abuelo obtenido de la venta de la casa parisina, compró una casa en la calle que entonces se llamaba de la Alhóndiga, entre el centro y Peralvillo. Ahí se instaló el matrimonio con la hija que habían traído de París y que se llamaba María. Sin demorarse, mi abuelo inició sus trabajos de amueblar tanto el Palacio Nacional como el Castillo de Chapultepec, conforme se lo habían encomendado. (Todavía entre las cosas que encontramos cuando falleció mi abuela, había un pedazo de seda verde, resto que había quedado de las cortinas colocadas en el Palacio Nacional).

El abuelo dedicó todo su tiempo y su empeño a realizar los trabajos que le habían sido encomendados. Encontró en los operarios mexicanos, que

le ayudaron en esas labores, a personas hábiles que captaban con rapidez cómo quería que quedaran los arreglos y con un sentido innato de la belleza. No tardó mucho él y su equipo para dejar flamantes las dependencias de ambos edificios, que eran las insignias del gobierno y manifestaban el orgullo nacional. No obstante, cuando terminó los trabajos, se comenzó a percibir en el ambiente que la situación de Maximiliano estaba frente a conflictos que costaría mucho superar si es que podían superarse.

Cuando mi abuelo se dio cuenta de lo que pasaba y sobre todo de lo que podía pasar, fue al castillo a hablar con el Emperador y le dijo:

—Majestad, mi trabajo está terminado pero no me han pagado.

Sorprendido, Maximiliano llamó al mayordomo del palacio y le dio la orden:

—Señor, que se vendan las alhajas de la emperatriz, que se venda la vajilla de plata, que se venda todo lo vendible, pero que se le pague al Señor Goeury lo que se le adeuda.

Como puede fácilmente pensarse, el Señor Goeury no recibió nunca nada en pago de sus esfuerzos.

Un día que mi abuelo se acercaba al castillo cuando ya Maximiliano se había ausentado, una persona de las que habían estado al servicio del Emperador le dijo:

—Señor Goeury, aquí está la taza en la que el Emperador se desayunaba todos los días. Llévse la usted.

Ese fue el pago que recibió Monsieur Goeury, mi abuelo, por los trabajos que realizó en México y en los que puso el dominio de sus conocimientos en materia de decoración y en práctica las habilidades de

sus ayudantes mexicanos. Con el tiempo, esa taza se transformó en una especie de reliquia de tiempos idos, quedó en poder de mi padre y hoy está en mi vitrina.

Toda la tragedia del Emperador, unida a la pérdida de su propia fortuna, afectó de tal manera a mi abuelo que enfermó del hígado y no quiso seguir, para curarse, las prescripciones médicas: llegaba el doctor, lo recetaba y cuando llegaban a casa las medicinas decía:

—Póngalas ahí; ya las veré.

Estaba tan decepcionado que no quiso curarse y murió dejando a mi abuela con tres hijas: María, la mayor, que había nacido en París y murió del corazón poco después, mi tía Emilia y mi mamá.

Sofía del Valle recordaba con cariño a su abuela materna, de la que había recibido además de valores recios para la vida, las primeras imágenes de una mujer que había superado por su fuerza interior los acontecimientos que habían tenido lugar a su alrededor y que algunos llamaban “tragedias”:

Me gustaba oír sus relatos, sentir en mi frente su rugosa mano que me acariciaba y parecía decirme: “¡Hija, sé fuerte!”.

Era encantadora mi abuelita, pues felizmente tanto sufrimiento no llegó a afectar su carácter bondadoso y servicial. No sabía estar inactiva: leía, tejía malla, gancho o agujas. Cuando la veíamos tranquila y un poco pensativa, probablemente acordándose de la dolorosa historia de su vida, nos acercábamos a ella y siempre tenía algún cuento, alguna oración o algún chiste que contarnos.

Ella me enseñó a rezar, a levantar la vista al cielo, a pensar que hay realidades más importantes que las que nos rodean en la tierra; a rezar no sólo pidiendo, como si Dios fuera un arcón lleno de cosas para satisfacer

mis gustos, sino dando gracias alegremente por la belleza que me rodeaba por la lluvia, por las flores, por los pájaros, por los niños que cantaban y jugaban a mi alrededor y me invitaban a sus juegos, por la alegría de una casa en paz. La vida valía la pena; había llanto, sí; dolor también, pero los colores del arco iris y el sonido del mar y el del agua que bajaba por los ríos, que escondían peces en su corriente, eran una delicia. Todo esto dejaba huellas en mi corazón todavía pequeño y a veces asustadizo.

El español de mi abuela nunca fue bueno, no llegó a dominar la lengua, cuya pronunciación, sobre todo, se le dificultaba. Con frecuencia decía “jarro” en lugar de “carro” o al revés, “carro” por “jarro”. Mi mamá nos contó una pequeña anécdota familiar que recuerdo siempre: “Un día la sirvienta que teníamos me dijo: Señorita, dígame por favor lo que quiere su mamá porque me pidió que comprara yo liendres en la tienda. Mamá se soltó a reír y fue a ver a su mamá para ver lo que quería: Es que le encargué liendres, hija. No se llaman ‘liendres’ sino lentejas... ¡Ah!, bueno, pues eso es lo que le encargué”.

Y Sofía del Valle reflexiona, al finalizar su narración, acerca de sus orígenes y del papel de las abuelas:

Yo la recuerdo siempre con inmenso cariño y gratitud. Pienso que hoy día las abuelitas no tienen lugar en la familia... los niños pierden enormes oportunidades de formación en su niñez, ya que la abuelita es una gente de luz, de cariño, de formación para los pequeños. Yo lo he sentido así toda mi vida.

Asturias, Francia, el México de las oportunidades para los asturianos, el México de las frustraciones para muchos de los que vieron en el proyecto de Maximiliano una forma distinta de “hacer la América”.

De estos caudalosos cauces, recogidos e impulsados por los abuelos, se llenó la cisterna familiar en la que bebió Sofía sus aguas puras. Ahí había nacido el 18

de octubre de 1891 como la primera de seis hermanas y dos hermanos. En el exterior de la casa, sin embargo, se percibía que los aires pacíficos y la tranquilidad de la gente estaban a punto de cambiar. Había una calma nerviosa que parecía presagiar tormenta.



Sofía del Valle en una reunión internacional de la ONU.

De México hacia España

El tiempo corría. En México el régimen del General Porfirio Díaz sobrepasaba su tercera década. Las doctrinas liberales que tantas polémicas habían causado en el centro del siglo XIX y que habían acompañado los primeros años de su gobierno, se habían transformado de tal manera que parecía tener vigentes sólo sus aspectos económicos, los de efectos más duros en la vida de la gente, sobre todo de los campesinos, la emergente clase obrera y los pobres urbanos. Ahora eran los “científicos” los que veían a la nación desde arriba, como águilas que sobrevolaban un cielo sereno y una tierra tranquila y fecunda: México les parecía un paisaje de Velasco integrado de transparente luz y colores intensos. Para ellos, la solidez del país también tenía una columna central: el propio Don Porfirio.

El General Clayton Powell, Embajador de Estados Unidos en México de 1899 a 1907, expresó esta opinión lapidaria poco después del término de su misión:

Físicamente el General Díaz está dotado de gran vigor y fuerza física, ambos bien conservados por ejercicio diario y hábitos frugales. Las múltiples facetas de su mentalidad son, como su constitución, fuertes y vigorosas. Sus rasgos más prominentes son firmeza, valentía, persistencia, celo y una laboriosidad incansable para el servicio público. A él se debe el magnífico desarrollo de México y su lugar prominente entre las naciones civilizadas. Él conoce el país de la capital a las fronteras y su mirada vigilante llega a toda la república.

El “magnífico desarrollo”, sin embargo, no era percibido de la misma manera por los empresarios y comerciantes mexicanos, cuyas miradas estaban, como es natural, menos politizadas. Los precios de los productos agrícolas tendían a

mantenerse o incluso a bajar, mientras que los semiindustrializados, como el azúcar, iban en alza o en oscilación, pues se encontraban cada vez más dentro de la esfera de la especulación internacional. Los créditos para el fomento del comercio y de la industria no eran suficientes y bien podía preverse una severa crisis nacional, tal vez con efervescencia social. Por algo, a instancias del Papa León XIII, quien en 1891, año del nacimiento de Sofía, había lanzado al mundo su advertencia sobre la “cuestión social” y dado líneas para afrontarla; en el territorio mexicano ya se habían reunido las y los católicos en varios congresos o “dietas” para compenetrarse de la situación y señalar líneas de acción durante la primera década del nuevo siglo. En este ambiente sería personaje clave el Padre Alfredo Méndez Medina, jesuita, de quien hablaremos páginas adelante.

Don Francisco del Valle Ballina captó lo crítico de la situación y decidió partir a España llevando consigo a su familia. Fue una decisión difícil que quizá —lo percibimos a la distancia— haya tenido motivaciones que no se hicieron públicas, pues parece que fueron muchos bienes los que se dejaron: ¿bancarrotas a la puerta por malos negocios?

Narra Sofía:

Desgraciadamente tuvimos que salir de México en 1907 porque mi padre preveía la situación difícil por la que pasaría el país al finalizar el régimen de Don Porfirio. Pensó que dado el espíritu revolucionario que se había desarrollado, los cambios no podrían venir sin alteraciones del orden y con violencia; prefirió llevarnos a Europa.

Mi abuelita no viajó; se quedó a vivir en casa de la hermana mayor de mi mamá, la tía Emilia, que tenía varios hijos crecidos. Toda la familia de mi tía la acogió con gran cariño. Sin embargo, solamente tuvo dos años más de vida. Entonces, en 1909, mi papá, que se encontraba en México, pudo felizmente asistirle y acompañarla sus últimos días. Cuando la dolorosa noticia llegó a mi madre, con gran dolor pero con mucha entereza aceptó

la mala nueva. Para todos nosotros, que la queríamos tanto, fue muy doloroso saber y asimilar que ya no contábamos con esa linda abuelita que tanto nos quiso y que tantas cosas buenas nos enseñó.

Fue muy doloroso salir de una casa que había sido construida especialmente para la familia cuando apenas se estaba fraccionando la colonia Roma. En ella no había más que tres o cuatro casas, la de Don Pedro Lascuráin, el edificio que todavía hoy existe en la esquina de Orizaba y Durango y nuestra casa, situada en la esquina de Colima y Sonora. Esa hermosa casa, la que dejamos, tenía un precioso jardín, treinta habitaciones, y amueblada con enseres traídos directamente de París; entre sus preciosidades destacaba una fina alfombra de Esmirna.

Quizá el industrial próspero pensó que con la posición social que se demostraba con sólo la presencia de esa casa, el ocaso y el fin del porfiriato podría señalarle a él y a su familia el destierro obligatorio, como sucedió con no pocos. Prefirió salir antes. Europa, no sólo España, sino sobre todo Francia, eran para Don Francisco fuentes de relaciones y de negocios. México era como un punto de apoyo, pero no necesariamente de arraigo. Algo de nómadas tendrían en la sangre los asturianos.

Sigue contándonos Sofía, en un relato en el que fluye la candidez de sus recuerdos cuando tenía dieciséis años de edad, lo que pasaba:

Salimos de México hacia el puerto de Veracruz. Íbamos todos, incluyendo a la nana María, porque mi hermana Consuelito, la menor, tenía apenas un año y necesitaba su alimento preparado y esterilizado. Llegados al puerto, subimos luego al barco, el “Princess Sicilia” de bandera francesa, que nos llevaría a Le Havre, puerta de entrada a Francia. Al poco tiempo de abandonar las costas mexicanas se presentó un problema: debido a la temperatura tan caliente del barco, todo el alimento de la niña se echó a perder.

La angustia de mamá fue grande, pues no había manera de reponer, en medio del mar, ese alimento. Mamá, viendo que era imposible solucionar el problema satisfactoriamente, decidió que se alimentara a la niña con la misma leche que todos los pasajeros tomábamos en el barco y encomendó a Dios el asunto. Los primeros días que corrieron hubo un poco de inquietud, pero Consuelito no resintió ningún trastorno y para todos nosotros el viaje se tranquilizó.

Conforme la estela que la popa del “Princess Sicilia”, marcada en las espaldas del mar, daba testimonio de una lejanía cada vez mayor de las tierras mexicanas, los pensamientos nostálgicos por el desprendimiento de la bella casa de la colonia Roma iban quedando lejos. Pasado el susto por el posible quebranto de la salud de la más pequeña, dice Sofía:

Todos íbamos felices, la familia entera formada por papá, mamá, seis hermanas, dos hermanos y la nana. Ya no pensábamos en la casa que habíamos dejado, tan cómoda y agradable, sino en la hermosura del mar, en lo novedoso de la alimentación, en la compañía grata de los pasajeros, en los hermosos conciertos y bailes que se organizaban por las noches y en las sabrosas siestas que a bordo se acostumbraban en comodísimas sillas que parecían verdaderas casas una vez extendidas. El viaje fue de verdad feliz, lleno de sorpresas para todos. Despertó gran interés en mi mamá y hermanas las nuevas costumbres que fuimos observando en nuestra travesía y en la llegada a Le Havre. Al término del viaje pasamos miedos al bajar las escaleras del barco para llegar a las lanchas que nos llevarían a tierra.

En Le Havre tomamos el tren a París. Ahí permanecemos unos cuantos días mientras papá atendía sus negocios. Luego seguimos para Burdeos, donde papá tenía asuntos que tratar con sus clientes.

París fue, a lo que parece, sólo una escala breve. La “Ciudad Luz” en esos días no produjo demasiado impacto en Sofía. Quedó como un sitio por conocer, como un lugar que tal vez algún día la deslumbraría... o tal vez nunca.

Burdeos era una ciudad a la vez antigua y moderna situada en el suroeste de Francia, puerto fluvial del río Garona. Echaba sus raíces a épocas remotas, casi borradas por la niebla de los tiempos. Las excavaciones arqueológicas que se han hecho en la comarca apuntan a que la región estuvo habitada desde la época neolítica. El asentamiento fue conquistado por Julio César durante su campaña en las Galias y fue una próspera ciudad romana con el nombre de Burdigala. Recibió el cristianismo antes del siglo IV y fue llamada “la pequeña Roma”. Sus viñedos, de cuidadas cepas, producían –y producen– vinos de calidad, muy apreciados fuera de Francia y, por consiguiente, buscados por los conocedores al grado que, con un poco de exageración, se le ha llamado “la capital mundial del vino”. En el siglo XVIII se transformó en una metrópoli comercial, de tal manera que se instaló una casa de bolsa y se levantaron edificios majestuosos que daban testimonio de su prosperidad. Sus actuales habitantes la califican como una ciudad “con sensibilidad festiva, calidad de vida, cultura, grandes vinos y gastronomía”.

Era natural que alguien como Francisco del Valle tuviera mucho que conversar ahí a propósito del negocio de la producción y distribución de vinos. A eso se detuvo en esos días de 1907.

Para Sofía, la joven o más bien la niña, Burdeos significó algo muy diferente a los negocios. Fue una ocasión que no olvidará pues de haber ahí aceptado lo que le propusieron, habría orientado toda su vida por caminos muy distintos. En este relato expresa lo que significó para su mamá y hermanos esta experiencia:

La forma de pronunciar y la influencia de un francés al que no estábamos acostumbrados y de una población europea, fue para nosotros muy novedoso... Recuerdo un incidente que nos hizo descubrir una mentalidad para nosotros desconocida: Nos alojábamos en un hotel céntrico y bajábamos al ritmo de las horas al comedor los siete hermanos, papá y mamá. La nenita se quedaba en las habitaciones con su nana.

Llamábamos la atención de los huéspedes del hotel cada vez que entrábamos al comedor. Comenzamos a notar un especial interés en nuestra mesa en las miradas de una pareja, formada por tía y sobrino: no nos quitaban los ojos durante todo el tiempo; cuando algo nos faltaba y lo pedíamos al mozo, el sobrino se levantaba prontamente y enseguida nos daba lo que solicitábamos con mayor presteza que el mozo...

Un buen día papá salió repentinamente del comedor al parecer para atender una llamada: Era la tía del sobrino que deseaba una entrevista con papá. Él mandó un recado a la mesa diciéndonos que continuáramos comiendo y estuvo ausente algún tiempo. A su regreso notamos en su cara una expresión que nos intrigó; sin embargo, nada preguntamos, pues sabíamos que la discreción nos impedía hacer preguntas inoportunas a papá. Dos días más adelante, él fijó el día de nuestra salida. Durante ese tiempo nosotras las grandes notamos que durante esos días, si nos encontrábamos con la tía y el sobrino en nuestras correrías por las calles de Burdeos, mamá nos hacía entrar a algún almacén u otro sitio para no tropezarnos con ellos. No le dimos importancia al asunto aunque nos intrigó.

Una vez arreglados los negocios en la ciudad del vino, se retiraron de ahí, pero antes, se disipó el asunto que tanto intrigaba a Sofía:

...Cuando ya íbamos hacia Irún, en la frontera con España, para de ahí dirigirnos a Villaviciosa, papá nos llamó a las cuatro grandes y, muerto de risa, me dijo: "Hija, por poco te quedas en Burdeos". Yo, sorprendida, le pregunté: "¿Por qué?" Nos refirió que la señora tía del sobrino me había escogido para casarme con él. Que cuando papá le indicó que yo era muy jovencita y que estaba lejos de pensar en el matrimonio, ella, ni tarda ni perezosa le dijo que eso no era problema, que podría hacerse un compromiso entre los dos y que cuando el muchacho terminara lo que iba a realizar en Nueva York (seguramente estudios) podría ir a donde estuviera yo para casarse conmigo. La

tía, al parecer, era muy rica y el sobrino sería su único heredero... No obstante, papá solamente agradeció la proposición. Para mí, grande fue la sorpresa, porque lejos estaba yo en esa edad de pensar ni en novio ni en matrimonio.

Con esas pláticas y la visión de los maravillosos paisajes del camino llegaron a Villaviciosa, España. Muy pronto se encontraron en la casa solariega de la familia donde vivía la abuela paterna a la que Sofía y Mati habían conocido en un viaje previo. La casa:

Era muy amplia, con muy buen jardín...la abuelita vivía entonces acompañada solamente de dos de sus hijos, el tío Eladio y el tío Ramón.

Sofía vuelve a hacer mención de algunos miembros de la familia, así como de la famosa sidra “El Gaitero”:

Papá era el mayor de la familia; le seguían dos hermanas, Primitiva y Hortensia, y tres hombres. El primero, Alberto, era químico y fue fundador de la sidra llamada “El Gaitero” para cuya elaboración construyó la fábrica La Espuncia. La fábrica estaba situada al final de la ría que conecta con el mar, por lo que era un lugar estratégico para la exportación de la sidra a América y especialmente a México, en donde siempre ha tenido gran demanda.

Los otros hermanos eran Eladio, tío encantador que vivió varios años con papá en México y regresó a Villaviciosa por encontrarse algo delicado de salud, para finalmente morir de tuberculosis. Y Ramón, un tipo original, aventurero, periodista que usaba para sus escritos el seudónimo de “FloriceI”. Tenía carrera de abogado y era notario (herencia del abuelo). A pesar de su carrera que podía haberlo hecho próspero, le atraían mucho los viajes, conocer tierras extrañas. Con esa motivación viajó a varias partes del mundo tanto en el Oriente como en América. Regresó a la casa paterna y también murió de tuberculosis.

Suiza y de nuevo España

Seguimos la voz de Sofía:

Nuestra estancia en Villaviciosa fue breve, porque ya papá había arreglado nuestra ida a Lausanne (Lausana), ciudad de Suiza especializada en instituciones de estudio y en donde abundaban estudiantes de todas partes del mundo.

A esa plácida ciudad suiza, recostada sobre el Lago Ginebra, ciudad de la salud, propicia para el gozo de la naturaleza y en cierta manera recogida, apta para el estudio, se dirigió la familia Del Valle. Por los años en que se situó este viaje, 1907, era el sitio preferido para la educación de los niños y jóvenes que, en las más diversas partes del mundo, estaban destinados a ocupar puestos de importancia y responsabilidad. Los varones iban introduciéndose en los manejos de las finanzas, en las oportunidades de negocios, y las mujeres aprendían, además de elementos de la cultura, el manejo de su casa, las buenas maneras en el comportamiento social y tal vez podrían encontrar ahí un “buen partido” para el derrotero futuro de su vida y para la formación de una “buena familia”.

Suiza tenía un ambiente cosmopolita, no únicamente porque ahí convivían personas de muy distintos orígenes, atraídas por las oportunidades de preparación y educación o de negocios, sino porque tenía instituciones educativas arraigadas en distintas tradiciones religiosas: cristianas (católicas y protestantes), así como judías. Pensemos, por ejemplo, que en México los judíos eran solamente una referencia histórica, como los egipcios o los asirios, un dato que se hacía presente durante la Semana Santa y sus celebraciones, pero que no era posible toparse en la calle o en la escuela con uno de ellos. Una estancia

en Lausana, por consiguiente, enseñaba también que el mundo era diverso y que la humanidad era plural en tradiciones, convicciones e interpretaciones del mundo, por lo que, sin pretenderlo de modo directo, era algo así como una escuela de tolerancia.

Ahí fueron a dar estas mexicanitas y mexicanitos con sus padres.

Démosle la palabra a Sofía:

La llegada a Lausana significó para nosotros una gran sorpresa. En primer lugar, por la belleza del paisaje pero también una lección de lo que entonces era Suiza, tanto por su ambiente democrático como por la honradez de sus habitantes. Recuerdo que a la llegada de una familia numerosa como la que formábamos once personas –papá, mamá y ocho hijos más la nana–, requeríamos dos taxis para ir de la estación del ferrocarril al apartamento que ya nos tenía preparado un amigo de papá llamado Paul Maier, situado en la Avenue (Avenida) de la Gare número 6. Una vez que bajaron el equipaje de los taxis, pagó papá al chofer que se había hecho cargo tanto de nuestro transporte como de los equipajes. Pasado un momento, el hombre se regresó para hablar con papá y le dijo: “Señor, me ha pagado usted ocho francos de más. Aquí están”. Con esa actitud aprendí que allá no se admitían las propinas. Poco después pudimos confirmar el orden y el sentido de responsabilidad de ese país porque no se podía admitir para el servicio en una casa a una sirvienta que no hubiese tenido una preparación adecuada en la escuela de economía doméstica.

Recuerdo que un buen día llegó un policía a buscar a una sirvienta que teníamos llamada María; la razón de la búsqueda era porque no había terminado sus estudios en la escuela y por tanto no tenía derecho a trabajar y, además, por ello había que considerársele poco honrada. Para gran sorpresa nuestra, tuvo que irse la muchacha. También recuerdo como un dato interesante en esa misma línea, que al ir a la escuela perdí un libro y un cuaderno. A los pocos días de la pérdida me llegó por correo

el libro y el cuaderno que habían sido encontrados en un tranvía de los que teníamos que tomar para ir a la escuela. Nos exigían, desde luego, que tanto los libros como los cuadernos llevaran siempre el nombre y la dirección de sus propietarios.

Otra lección aprendida a partir de la honradez de los suizos tiene como elementos los siguientes:

Pienso que la honradez llegaba a tales extremos, que en las casas de apartamentos, para no molestar a temprana hora con la repartición de la leche, se dejaba en el corredor de entrada un banquito sobre el cual se colocaba la jarra del tamaño adecuado y el monto equivalente a la cantidad de leche que se quería. Por el dinero el lechero sabía cuánta leche había que dejar; en siete años nunca falló el procedimiento. Naturalmente, en un ambiente así, uno aprende lo que significa el desarrollo de las virtudes naturales en el ser humano y cómo estas sirven de base a las virtudes sobrenaturales. A partir de los detalles “naturales” se va formando un criterio recto que le permite dirigir su vida hacia la meta de todo ser humano que es Dios y sus perfecciones infinitas.

Todas las mañanas asistíamos al Instituto Católico de Lausana. Ahí obtuvimos las bases cristianas de la vida. Nuestro estudio se prolongaba de las ocho de la mañana a la una de la tarde. Tres veces a la semana asistíamos a una institución judía llamada “Bonne Brise”, regentado por la hermana del amigo de papá al que me he referido antes, Paul Maier, que estaba casada con un rabino. Ahí tomábamos clases de cultura general como filosofía de la historia, historia del arte en sus diversos aspectos, pintura, arquitectura y música, desde un enfoque histórico que fue de gran utilidad para nuestra formación y para la vida.

Nuestra asistencia a esta institución nos puso en contacto con la pluralidad cultural y religiosa del mundo. Teníamos contacto con jóvenes de diversos países europeos y de distintas religiones. Todo ello nos ayudó

a ampliar nuestra visión de la vida, a entender mejor lo que es el mundo y más de alguna vez, a recibir alguna buena leccioncita provechosa para el porvenir. Pongo un ejemplo: entre las alumnas había una joven judía muy bonita, de pelo rubio, ojos azules, tez muy blanca, alta de estatura, con quien trabé buena amistad. Nos ayudábamos mutuamente a corregir nuestras deficiencias con la sencillez y la calidad de una buena amistad fincada sobre bases firmes.

Un buen día me dijo: “Sofía, quiero decirte algo que creo que tomarás con la misma recta intención con la que te la digo: encuentro que tus juicios en general son muy rápidos; no esperas a tener toda la información necesaria para manifestarlos. Te recomiendo esta frase que me ha ayudado mucho en la vida: *D’abord comprendre et ensuite juger* (Primero comprender y después juzgar)”.

Digo ahora: en realidad, cuántas veces no estamos enterados del motivo de tal o cuál afirmación o acción que juzgamos sin tener la información completa; con ella tal vez lo que juzgamos malo podría ser perfectamente comprensible o correcto. En realidad, se trata de un asunto de justicia, pues si nuestra crítica no está basada en hechos verdaderos se corre el riesgo de actuar o al menos pensar de modo injusto. Esa charla me dio una de las lecciones más importantes de mi vida, y siempre consideraré a la justicia como la virtud fundamental de nuestra existencia en sociedad.

Sofía dejó escrito este breve balance sobre su estancia de siete años en Lausana:

Fue utilísima para nosotros esa decisión de mi papá de ponernos en ambientes tan distintos en la misma ciudad, pues mucho nos aprovechó durante nuestra vida todo lo aprendido en esas instituciones. Nuestra estancia en Lausana fue de siete años muy bien aprovechados que nos prepararon para la vida útil que Dios nos ha permitido vivir.

El paso del tiempo y el peso de las decisiones humanas tomadas tuvieron que dejar su huella en esta familia y con seguridad en otras que estaban en circunstancias semejantes. Mientras el estudio avanzaba y el carácter de la joven Sofía se templaba y la fantasía iba dejando su lugar a la realidad de una vida que se orientaba por ciertos derroteros, las situaciones externas europeas se condensaban en polémicas y antagonismos de mucha profundidad. El equilibrio de las potencias, desde la etapa posterior a Napoleón en el ahora lejano 1815, se había basado en algo en realidad frágil: la fuerza de las armas, la amenaza potencial que un país podía significar para otro.

En cierta manera la repartición colonial del continente africano y los dominios en Asia habían ayudado a que las guerras europeas se retrasaran. Pero la humillación que había sufrido el ejército y el pueblo francés con la derrota en la guerra francoprusiana, el orgullo alemán llevado a extremos, la situación de las minorías dentro de los imperios y la pobreza imperante en muchos pueblos, sobre todo en el ruso, hacían que el continente se encontrara en situación próxima a un estallido. La Gran Guerra, la que cambió definitivamente el mapa del mundo con la caída de tres imperios: el austrohúngaro, el alemán y el otomano. La Gran Guerra, que sería llamada más adelante la Primera Guerra Mundial, estaba a las puertas en 1914. Si bien Suiza, la Confederación Helvética, iba a marcar su neutralidad, no por ello era en ese año un lugar seguro para vivir.

A finales de 1914, el gobierno suizo le comunicó a Don Francisco del Valle que debía dejar el país con su familia en el término de un mes. Tuvieron, pues, que despedirse. Dice Sofía:

Homenaje a la educación que recibimos de nuestros padres y del Instituto Católico fue la última visita que hicimos al pensionado para despedirnos de la Señora Balitzer (judía), pues habíamos recibido orden del gobierno de Suiza de dejar el país a causa de la guerra del 14. Le explicamos la situación y nos dijo casi con lágrimas en los ojos: *“¡Oh, mes petites mexicaines!, que je suis peinée. Moi qui avais pensé vous donner ma fille pour que vous en*

faissez d'elle une catholique!" (¡Oh, mis mexicanitas! ¡Tengo mucha pena, yo que había pensado entregarles a mi hija para que hicieran de ella una católica!)

Continúa su relato nuestra Sofía, manifestando con claridad hasta qué detalles llega la crueldad de una guerra. No es sólo el campo de batalla el sitio del dolor, sino el mismo hogar de pacíficas familias:

La salida de Lausana fue muy dolorosa para nosotras, ya que dejábamos amistades preciosas y muy valiosas, de las cuales nunca volvimos a tener noticias, a causa de la duración de la guerra. Tuvimos que desprendernos de todos nuestros muebles y de todo nuestro equipo familiar porque el gobierno dejaba sacar solamente la ropa, los cubiertos y los documentos. Mucho sufríamos en esos días al desprendernos de tantas cosas que habían llegado a ser queridas y apreciadas. Algunas de nuestras amigas decían: "Se las vamos a guardar para cuando regresen".

Debo decirlo: quizá en el fondo de nuestra alma anidaba entonces alguna esperanza, a la manera de una débil llama, de volver a ver y tener algunas de las cosas que fueron tan queridas y tan útiles en nuestra vida diaria. En el momento de la salida yo sentía grandísimo pesar porque tenía que dejar una preciosa colección de plantitas que había cuidado con gran cariño; con ella formaba lindas canastas a las que agregaba pequeños frasquitos con agua y unas cuantas flores que producían un conjunto encantador. Cuando llegaban a casa mis amistades, todos se admiraban y me felicitaban por haber tenido la idea de formar esas preciosas canastas que daban tanta alegría a mi casa.

¡Los pequeños desprendimientos que preparan para los grandes!

Sofía continúa narrando las peripecias del viaje que los llevó de regreso a España desde la calmada ciudad a las plácidas orillas del lago Ginebra. El tren,

como es natural, debía atravesar el territorio francés que vivía la guerra con todos sus matices:

Puedo decir con verdad, que la Providencia nos asistía en todos los momentos, pues trasladar a lo largo de muchos kilómetros a una familia numerosa en tiempos tan difíciles y complicados significó todo un esfuerzo y exigió una fuerte dosis de valentía. En primer lugar, admiro a mi padre. Él organizó las cosas de tal manera que pudimos ir avanzando de estación en estación pasando fronteras, gracias a una tarjeta que llevaba de un señor que había sido cónsul mexicano en Ginebra. Al verla, le decían: “*Laissez passer, laissez passer, c’est une autorité!*” (¡Déjenlos pasar, déjenlos pasar! Es una autoridad). Claro que en esa época no había las exigencias y detalles que ahora se exigen.

Además de la salida, en sí misma tan dolorosa, el viaje estuvo lleno de impresiones fuertes para jóvenes como nosotros. En los pisos de las estaciones por las que pasábamos, veíamos tendidas las camillas de los heridos de guerra que debían ser trasladados a los diversos hospitales. Cuando permanecía el tren algún tiempo en una estación, nos permitían bajar. Mirábamos entonces las caras de esos pobres heridos; a veces felizmente había en el lugar algún puesto de fruta, en que sobre todo vendían uvas, pues era el tiempo de la uva; comprábamos algunos racimos y se las dábamos a los pobres heridos que anhelaban algo fresco. Muchas veces regresábamos al tren con los ojos llenos de lágrimas a causa de nuestra impotencia para aliviar tanto sufrimiento, pero juntos pedíamos a Dios por todos esos pobres hombres, que eran padres o hijos, que por servicio a su patria sacrificaban todo y muchos de ellos hasta la vida.

El viaje de Lausana a Irún, frontera francoespañola, duró diez días. No pudimos hacer el recorrido por las líneas principales y directas, sino que tuvimos que bajar hasta Cette en el Mediterráneo, porque teníamos que usar lo que había de comunicaciones, puesto que la mayoría de los trenes estaban ocupados con transporte de tropa y teníamos que usar lo que había

para llegar a nuestro destino. Cette, que es el segundo puerto después de Marsella en el sur de Francia, podía habernos dado la posibilidad de irnos a España por mar.

La familia Del Valle llegó a Villaviciosa, a la vieja casa solariega que tenía siempre las puertas abiertas:

La llegada a Villaviciosa nos borró las dolorosas impresiones del camino. Entrábamos en la casa solariega donde nos esperaba la abuelita y algunos tíos hermanos de mi papá.

Ahí cesó el estudio y vinieron unos días de calma reconfortante:

Esta temporada en Villaviciosa fue interesantísima porque dado que la familia era numerosa, con frecuencia teníamos sorpresas al conocer nuevos parientes. Lo que más nos regocijó fue encontrar primas más o menos de nuestra edad con las cuales pasábamos ratos llenos de gran alegría. Con frecuencia nos trasladábamos a la casa de campo de nuestros abuelos en un paraje llamado Camoca; esa era una casa situada en la parte alta de la colina con preciosos plantíos de manzanos alrededor que suavemente bajaban hasta un pequeño y risueño riachuelo.

Cerca de tres o cuatro meses duró nuestra permanencia en Villaviciosa. De ahí nos trasladamos a Gijón.

Gijón, Nueva Orleans y, por fin, México

Gijón, palabra de fuerte pronunciación, es también una ciudad recia.

Situada al noroeste de España, ciudad del Principado de Asturias asomada al mar Cantábrico, donde el verde de sus campos se confunde con el azul del mar, bastante cerca de Oviedo, la capital, Gijón ha sido desde el siglo XIX punto de salida de una producción industrial ingente: carbón, cobre, hulla, hierro, zinc y también de productos agrícolas en abundancia y pesca.

La riqueza de sus minas favoreció que desde la segunda parte del siglo XIX se formaran fortunas de diversos tamaños que propiciaron la formación de una aristocracia minera que, a la vez, dejó atrás a la vieja aristocracia terrateniente, y propagó enfermedades pulmonares entre los mineros, desarraigo de sus pueblos y masiva emigración hacia América. Muchos de los inmigrantes asturianos que vinieron a México, salieron a causa de la vida poco saludable que ofrecía el trabajo de las minas. Los pescadores de Gijón y sus alrededores no llevaban tampoco una vida alejada de los infortunios; especialmente sus familias se veían afectadas por la mortalidad infantil y la insalubridad de las viviendas.

Sofía del Valle, en medio de su familia, llegó a Gijón sin tener nada que ver con minas y mineros. Dice:

Llegamos a la casa que tenía tía Hortensia, hermana de papá, que se había casado con José González, asturiano también pero establecido en La Habana. Él era dueño de la mejor ferretería que había en el lugar que llevaba por nombre Ferretería Montserrat. Debido al clima excesivamente caluroso de La Habana, estaba por una temporada larga en Gijón a fin de

recuperarse de sus males. La casa de tía Hortensia era muy amplia y nos invitó bondadosamente a permanecer en ella, pues en realidad no nos conocía.

Continúa diciendo:

Pasamos en Gijón dos o tres años. Y habla su inquieto espíritu: ...y naturalmente buscamos enseguida un trabajo apostólico, ya que en Lausana nos habíamos acostumbrado a esa clase de labor.

Desde finales del siglo XIX se gestó, conforme avanzó la industrialización en los países europeos y en el continente americano, una situación que se denominó “la cuestión social”, es decir, que mientras parecía que los países progresaban, se iba configurando una clase social despojada de bienes y desarraigada de las zonas rurales a la que se le llamó clase proletaria, a causa de que sus únicas riquezas eran los hijos, es decir, la prole.

La Iglesia católica, en la persona de buen número de obispos y párrocos de lugares en vías de industrialización, se dio cuenta del desamparo en el que se encontraban estas familias, tanto en el plano de la instrucción religiosa como en el de su defensa ante las injusticias. A la vez que se buscaban remedios, se fue integrando una doctrina católica acerca de lo social que se distanció tanto del liberalismo económico que se sembraba en todas partes, como de la reacción a éste, integrada en el socialismo. Obispos alemanes como Monseñor Ketteler, el episcopado estadounidense –dentro del que destacó el cardenal Gibbons–, así como algunos obispos españoles y franceses, fueron apoyando a quienes hacían algo por remediar esa “cuestión social”.

El momento fuerte, que fue como el campanazo de salida para la Iglesia universal en esta línea, lo dio la aparición de la encíclica *Rerum Novarum* (De las cosas nuevas) del Papa León XIII, el 15 de mayo de 1891. En ella, además de un análisis puntual visto desde la perspectiva religiosa católica, se propusieron pistas de acción para los miembros de la Iglesia: obispos, sacerdotes y laicos.

No pasó mucho tiempo para que en distintos y distantes puntos del planeta se llevaran a cabo iniciativas en favor de los obreros y de sus familias, que eran muy diversas en cuanto a su área de influencia y actividad y dependían mucho del impulso que le daban ciertas personalidades. En algunos lugares se abrieron círculos obreros de estudio, escuelas de artes y oficios, apoyos para las tareas escolares y la administración del hogar, centros de estudio religioso y también actividades de recreación y esparcimiento.

A una de ellas se unieron las hermanas Del Valle en Gijón. Habla Sofía:

Tanto Matilde como yo nos ofrecimos para ayudar al Padre Arriaga, (¿o Elorriaga?), jesuita encargado de las obras sociales católicas de Gijón, y con él desarrollamos nuestras actividades educativas y de asistencia, así como la organización de fiestas para niños y adultos, a fin de procurar distracción sana a la juventud.

Ahí recibí mi primer entrenamiento en servicio social y en el interés que desarrollé por las asociaciones obreras. Mi labor fue en la línea de educación a las gentes más humildes y sobre todo de instrucción religiosa. Tenía yo grupos de pescadoras, mujeres encargadas por sus esposos de la venta de la pesca que ellos hacían y que era su *modus vivendi*, costureras y otras obreras. A las costureras, sus patronos solían explotarlas en forma tremenda haciéndolas trabajar muchas veces hasta los domingos con escaso salario.

Clarita, mi hermana, que era un gran talento musical, cantaba algunas veces en las iglesias. Su mayor éxito se dio en un concierto que se ofreció como medio de sacar fondos para las obras sociales, cuyo programa cubrió ella sola en tres partes: la primera, musical, con piezas ejecutadas al piano; la segunda de canto, y la tercera de nuevo de piano. El éxito del concierto resultó completo y fue muy comentado en la ciudad. Quizá algunos habían asistido sólo por curiosidad, dado que no veían posible que una mujercita de dieciocho años pudiera cubrir un programa completo. Contrariamente

a las expectativas de éstos, resultó un éxito musical y también económico, pues los fondos recabados fueron abundantes.

En Gijón los Del Valle permanecieron poco más de tres años. En ellos, como es evidente, quedó marcada con claridad la línea de la acción que estaría en el centro de la vida de Sofía. Los hermanos continuaron sus estudios:

Los más jóvenes asistían al colegio de la Anunciación, establecido en la ciudad desde hacía varios años. Enrique asistía al colegio de los jesuitas y Paco había logrado obtener permiso para terminar sus estudios en Suiza.

Era 1918. Don Francisco del Valle Ballina pensaba regresar a México, pero la situación de inseguridad y de una revolución en marcha hacía que fuera peligrosa e inestable la vida allí. Decidió, sin embargo, dejar España y partir aunque no directamente a la República Mexicana:

La razón de no regresar directamente a México fue que no ofrecía la situación política suficientes garantía de paz. Papá escogió Nueva Orleans por la razón de tener ahí un buen amigo, Don José Baños, banquero español, y porque ahí encontraríamos facilidades para trabajar dada nuestra preparación, pues a papá lo había arruinado un pariente que dejó de apoderado para el manejo de todos sus bienes en México. Éste, aprovechándose de la revolución villista y zapatista, vendió todos los bienes de papá y pagó con moneda zapatista que no tenía ningún valor. Aunque papá entabló un juicio contra el apoderado, teniendo en cuenta la situación caótica de México y la falta de honradez de las autoridades, se hizo perdedizo el expediente y no hubo manera de recuperar nada.

El papá se fue a México y dejó a la familia en Nueva Orleans. Las hijas mayores comenzaron a trabajar como pocas mujeres lo hacían en su tiempo. Indudablemente la nueva situación, más que vivirse con sentido derrotista, fue una nueva oportunidad para fogear el carácter de cada miembro de la familia. Con frecuencia Don Francisco viajaba al puerto estadounidense para visitar

a su gente y estrechar los vínculos con ella. Teniendo en cuenta la distancia, mucho menor que la que había entre América y Europa:

Era más fácil para él visitar a la familia, ya que en México vivía solo y nos extrañaba mucho.

Sofía no lo dice, pero podemos suponer que los casi cuatro años que estuvieron en Nueva Orleans, sirvieron para que el empresario rehiciera sus negocios y pudiera tener de nuevo una posición favorable en México, de tal modo que, en cuanto asomara una aurora de paz en el país, pudiese hacer venir a su esposa y a sus hijos para vivir todos juntos en México y afrontar su destino.

Tres circunstancias coincidieron en 1922 para hacer posible el paso adelante: un grave accidente que tuvo uno de los hijos (Francisco, el mayor) en Estados Unidos en el que encontró la muerte, que impresionó mucho a todos, cierto mejoramiento en las condiciones políticas de México al comenzar el régimen del General Obregón y el claro mejoramiento de la posición económica de Francisco del Valle Ballina.

Sabemos, por lo expuesto por Sofía, que años atrás su padre había adquirido una casa de campo en el sur de la ciudad de México, o para decirlo de manera más propia, en el pueblo de Tlacopac, que si en la actualidad está absorbido por la gran urbe entonces se distinguía claramente de ella y formaba con otros pueblos (San Ángel, Mixcoac, Coyoacán, y otros de menor tamaño) una especie de pulmón, que servía de respiro a los habitantes de una ciudad que crecía y se complicaba en muchos sentidos. A esa casa la habían bautizado en honor de la madre y era conocida como “Quinta Sofía”. Durante los años difíciles, el dueño la alquiló, de manera que cuando llegó la familia no pudieron ocuparla:

Como la Quinta Sofía estaba alquilada, papá encontró una casita en la esquina de las calles Mérida y Chihuahua. Él la arregló y allí estuvimos un año. Al término de ese tiempo, sin duda fijándose en los arreglos que papá

le había hecho, el propietario la vendió y nos exigió que la dejáramos. Entonces, papá, que había logrado que se desocupara la quinta y se fuera acondicionando para nuestra entrada en ella, decidió que nos fuéramos a ella aunque todavía no se hubiesen terminado los arreglos que se le estaban haciendo para nuestro regreso.

Una vida nueva, en más de un sentido, fue la que esperaba a todos en ese delicioso paraje de Tlacopac:

Ya instalados en la Quinta, empezó para la familia una vida nueva, puesto que, en primer lugar, teníamos a papá con nosotros siempre. Dado el amor que él siempre tuvo por los árboles y las flores, hizo del lugar un pequeño paraíso: plantó flores de todas clases y reservó un lugar para las legumbres que se necesitaban en casa. Había en el predio árboles frutales de deliciosas peras, ciruelas, higos tanto blancos como negros e hizo también una preciosa avenida con chabacanos a ambos lados que en tiempo de la flor era una belleza y en tiempo de la cosecha se llenaba de frutas que nos alegraban con su sabor. Quedaron sembrados por ahí también nogales que daban unas nueces deliciosas.

Sofía se explaya al contar muchos detalles de esa casa que fue su verdadero hogar. En la actualidad, aún encontraremos vestigios de sus viejos dueños, por lo menos en las calles que llevan los nombres de “Sofía” y “José de Teresa”:

La Quinta Sofía estaba ubicada a orillas del pueblo de Tlacopac. Las calles estaban trazadas, pero no había banquetas y el ancho de las calles era muy limitado. La calle en donde quedaba la Quinta se llamaba desde esa época José de Teresa. El fraccionamiento estaba en manos de un Señor Arámburu, que era amigo de papá. A éste le dijo que no quería vivir en una calle estrecha; que si la ampliaban en su parte oriente, él estaba dispuesto a ceder cinco metros de la propiedad para hacerla más amplia. El fraccionador estuvo de acuerdo y por este motivo la calle de José de Teresa es mucho más amplia que las que comúnmente hay en San Ángel.

En aquella época no había más casas que la del Señor Cocker, inglés, y la casa que pertenecía a la Compañía Telefónica Ericsson que hacía esquina con la Quinta Sofía. Por el lado sur, en la calle de Corregidora, había una casa preciosa que había mandado edificar un señor alemán de apellido Wolff, toda hecha de tezontle y con un mirador muy bonito. Esa casa, desgraciadamente, la compró un señor americano que era Presidente de la Compañía de Luz y Fuerza de México, que le quitó el mirador y la pintó toda de blanco. ¡Gusto muy al estilo de un presidente de compañía estadounidense!

Alrededor de la Quinta no había más que terrenos ocupados por campesinos que tenían ahí sus huertas, en donde cultivaban flores y tejocotes que luego vendían por las calles o en los mercados. El transporte hacia México (al centro, pues), se hacía en un tranvía eléctrico que iba por la avenida que ya se llamaba Revolución.

Entre Mixcoac y San Ángel, rumbo al sur, había tres paradas que se llamaban La Cima, La Purísima y Hacienda. Para facilitar el transporte, dada la distancia entre México y San Ángel, había un servicio de trenes que se llamaban “los rápidos”, que funcionaban en las mañanas temprano, entre las siete y las ocho, de San Ángel a México y a la una de la tarde de México a San Ángel. Esos “rápidos” no hacían más que ciertas paradas y, para tomarlos, teníamos que caminar a la parada Hacienda que hoy se llama Tlacopac. En este pueblito, colindante con nuestros terrenos, había una capilla dedicada a la Purísima Concepción rodeada de terreno, en el cual papá mandó plantar árboles. En esa capilla no había culto más que los domingos y nosotros teníamos que asistir a la iglesia de San Jacinto o bien a la del Carmen, ya en San Ángel. Naturalmente para dirigirnos a cualquiera de ellas debíamos tomar el tranvía porque la distancia era grande y la subida, pesada. En San Ángel, tanto alrededor de la plaza de San Jacinto como de la del Carmen, existían ya hermosas residencias que ocupaban algunas familias como lugares de veraneo.

Por la lejanía del centro y por las limitadas comunicaciones que había, la vida en San Ángel era más tranquila. Eso ayudaba mucho a que la vida familiar fuese mucho más intensa y hubiese relaciones mucho más íntimas en las familias. Éstas vivían unidas en un ambiente de cariño, de servicio, de obediencia a la autoridad de los padres, de respetuosa familiaridad y de sólida religiosidad que duraba toda la vida.

Nuestra estancia en la Quinta Sofía se inició en 1924 y de ahí en adelante vivimos en ese mismo lugar. Fue el principio de la renovación de nuestra vida familiar, que se había visto interrumpida por los muchos años de estancia en Europa y por el hecho de que papá, teniendo sus negocios en México, nos visitaba sea en Suiza, sea en España o Estados Unidos, pero no lo sentíamos en medio de nosotros como el alma de la familia. Mamá, con su educación a la inglesa, era un tanto estricta con nosotros pero, a la vez, sumamente cariñosa, lo que suplió en parte la autoridad paterna.

Reunidos en la Quinta Sofía no pudimos, sin embargo, gozar de la familia entera ya que Matilde, mi hermana mayor, se había quedado en Villaviciosa a cuidar a mi abuela que había perdido a todos sus hijos: unos fallecieron y otros, como tío Alberto y papá, estaban ausentes. Clarita mi hermana, la cantante y pianista, se casó en Nueva Orleáns durante nuestra estancia y ahí se quedó a vivir. Hortensia, ahora Madre Francisca Margarita, entró al convento de las Madres Asuncionistas en Filadelfia. Francisco, el mayor de los hombres, murió en un accidente en Nueva Orleáns. Así que éramos de los hermanos: Anita, Enrique el que había terminado sus estudios en Suiza, Consuelo y yo, la mayor, los que estábamos aquí.

A favor de la cultura de las jóvenes mexicanas

Si en España habían sido tomados en cuenta los análisis del Papa León XIII acerca de la cuestión social y en muy distintos lugares de la península se habían establecido obras en favor de los afectados por los bruscos y pesados cambios que habían sobrevenido en las últimas décadas, en México también habían sido escuchados.

La encíclica *Rerum Novarum* fue leída con atención y cuidado desde su publicación. La situación mexicana presentaba, desde luego, algunos puntos en los que se veían los estragos de la industrialización, sobre todo en las condiciones de vida de los obreros y sus familias. La apertura económica que se había hecho durante el porfiriato dejaba una huella difícil de borrar. Pero, además, dada la tradicional forma en que estaba constituida la sociedad del país, se encontraba la situación de los campesinos, que pedía soluciones urgentes.

Un importante número de católicos respondió al llamado del Papa, que fue secundado por los obispos mexicanos. A lo largo de la primera década del siglo XX tuvieron lugar varios congresos que tocaron los puntos relativos al problema, no en forma teórica sino también práctica, poniendo a la vista líneas de remedio para beneficio de los obreros y también para la situación agraria. Temas como el salario familiar, el derecho de huelga, la armonía entre trabajo y capital e incluso la necesidad de favorecer a la pequeña propiedad más allá de los latifundios, recibieron atención en Zamora, León y Tulancingo, principalmente.

El inicio de la revolución y el derrotero que fue tomando tanto en lo militar como en lo político, hizo que muchos de los puntos tratados en las reuniones quedaran entre paréntesis y no pudieran implementarse. Sin embargo, el Sacerdote Jesuita Alfredo Méndez Medina, quien sería el motor principal de este proyecto, tuvo oportunidad de presentarle sus planes al Presidente Madero. Estudios serios destacan cómo en la legislación obrera del Constituyente de 1917 (el artículo 123), quedaron plasmadas líneas que pertenecen a la doctrina social católica. Una de sus primeras iniciativas dio como resultado la Confederación Nacional Católica del Trabajo que, en cierta manera, coordinaba a las organizaciones obreras que se habían fundado los últimos años del siglo XIX con el propósito de aplicar la propuesta del Papa León XIII y continuada por sus sucesores Pío X (1903-1914) y Benedicto XV.

A principios de 1921, el episcopado mexicano decidió fundar el Secretariado Social Mexicano, encabezado por el Padre Méndez Medina, a fin de canalizar las iniciativas que se hacían en la materia. Lo primero que hizo a lo largo de varios meses fue recorrer el país dando conferencias en las ciudades que eran sede de algún obispo y dejando una semilla en cada una de ellas. En la península de Yucatán, por ejemplo, donde se difundía abiertamente el socialismo, tuvo gran éxito al exponer sus ideas, coincidentes con la línea de León XIII y el entonces Pontífice Benedicto XV. Al finalizar 1922, el Secretariado abrió una oficina central en la ciudad de México en la calle Motolinía número 9, dirección que será importante para seguir las acciones de Sofía del Valle. El Padre Méndez Medina no pensó que el Secretariado pudiese trabajar sin apoyo económico adecuado por lo que buscó a algunas personas para que formaran parte de un comité financiero: el Presidente de dicho comité fue el Señor Roberto D. Hutchinson, Pedro Lascuráin, Francisco Mijares, José Aguirre Mantecón y Francisco del Valle Ballina, padre de nuestra Sofía.

Con el Padre Méndez Medina habrían de dar sus ansias apostólicas. De ese encuentro sólo podrían esperarse grandes cosas. Sigamos las palabras de Sofía:

Una vez instalada en la Quinta Sofía, sentí la necesidad del trabajo apostólico, además del trabajo remunerado que comencé a desempeñar. Primero trabajé en “La Corona”, compañía petrolera donde buscaban personas que supieran varios idiomas para la traducción, sobre todo de los contratos petroleros. Mi conocimiento del francés, inglés y español, me permitió aceptar ese puesto. Fue para mí muy satisfactorio poder hacer la traducción simultánea según el idioma requerido, pasando en máquina lo que me dictaban en otro idioma. Allí trabajé año y medio de donde pasé a la compañía telefónica “Ericsson” para atender al gerente, de nacionalidad sueca, que sabía algo de inglés y aprendió un poco de español. Estaba entonces la oficina en la calle de Victoria y trabajaba ahí de las ocho de la mañana a la una de la tarde. Las tardes libres las ocupaba en trabajo apostólico en el Secretariado Social Mexicano, órgano del episcopado para asuntos especiales de carácter social donde el Padre Alfredo Méndez Medina S.J. era director. Fue ahí en donde me nombró Secretaria de las Obras Femeninas de la Confederación Nacional Católica del Trabajo. Estando en esta posición, fundé la Unión Profesional de Tabaqueras, la Unión Profesional de Obreras de la Aguja, la de Empleadas y la de Maestras.

El apostolado de Sofía suponía, en primer lugar, entrar en contacto directo con las obreras de diferentes factorías y almacenes comerciales, en segundo, convocarlas a fin de que se decidieran a tomar cursos que les fueran útiles en su vida personal y familiar, así como para mejorar o tal vez iniciar sus conocimientos religiosos. Dice:

Me dediqué a organizar a las trabajadoras de varias fábricas como “El Buen Tono” de cigarros, “El Nuevo Mundo” y “La Britania”, que fabricaban camisas High Life y ropa en general, así como de la “Casa Bourgeois”, perfumería. Más adelante, contacté a la Unión Profesional de Empleadas que reunía a jóvenes que trabajaban en distintos almacenes, la Unión Profesional de Maestras y a las “Obreras de la Aguja”.

La entrada a todos esos lugares se hizo por medio de contactos que tenía mi papá, quien les explicaba el objeto de mi labor: educar a las mujeres trabajadoras para desarrollar, tanto a la persona como tal como en el sentido de responsabilidad en su trabajo. Mi quehacer con ellas lo realizaba en las tardes y en las noches, según la hora de salida de las mujeres. Les daba clases de religión, de lectura y escritura según su nivel; de cuentas, nociones de convivencia amistosa, responsabilidad de sus obligaciones en el hogar y otros temas. Para ayudarme, había conseguido a dos o tres jóvenes que me ayudaban en esta labor.

Como puede esperarse, mis horas en las noches eran un poco pesadas, pero papá siempre que podía me buscaba para llevarme a casa. Cuando eso no era posible, alguno de los del Secretariado me acompañaba hasta el tranvía y avisaba a casa cuando ya había salido. Entonces papá mandaba al jardinero con una pequeña linterna a esperarme en la parada del tren, ya que en esa época había muy poco alumbrado público y muy pocas casas por el rumbo donde vivía. Algunas veces, como el jardinero era ya un poco mayor y algo afecto al pulque, me lo encontraba dormido en las banquitas que entonces había en las paradas. Tenía yo que despertarlo y decirle: “¡Ya llegué!”.

Recordando esos comienzos, Sofía reflexiona:

Cuando llegaba a casa la familia ya había cenado; me tenían mi cena preparada. Con la paciencia de mi padre y de mi madre, en quienes siempre sentí gran apoyo para mis actividades, merendaba yo y contaba algunas de las experiencias que tenía con mis alumnas adultas. Los sábados y los domingos eran para mí días de fiesta porque los pasaba en casa ocupándome tanto de mis cosas personales como de gozar del jardín y cortar las flores con las que siempre tenía adornada la casa. Nunca podré agradecer suficientemente a Nuestro Señor los padres que me dio y que me permitieron gozar de una atmósfera de paz, tranquilidad, cariño, alegría y servicio, pues mi familia y mi casa fueron siempre la gran escuela de mi vida.

Entre las actividades educativas que existían en el Secretariado estaban las cajas de ahorro, semejantes a las que se habían fundado en Bélgica, y que el Padre Méndez Medina abrió en México como un medio eficaz y educativo para luchar contra los efectos que el agio producía entre la gente humilde, sobre todo en caso de necesidad urgente, pues los prestamistas cobraban unos réditos terribles. Las cajas buscaban estimular el ahorro y funcionaban así: por los ahorros que se depositaban se pagaban unos réditos modestos y se daba la oportunidad de retirar fondos sin réditos, aceptando pagos semanales o mensuales para reponer el préstamo. Así se fomentaba la idea del ahorro y a la vez se les quitaba de las garras de los agiotistas. Este servicio tuvo mucho éxito y hubo quien llegó a ahorrar hasta miles de pesos. Al frente de esta obra estaban el Señor Hutchinson, Director Gerente de la compañía petrolera “La Corona”, el Licenciado José Estrada Otamendi y Ángel Ruiz de Huidobro, el esposo de mi hermana Anita, que era el administrador de esos servicios.

En mayo de 1925, el Jesuita Méndez Medina se retiró del Secretariado y en su lugar se nombró al Padre Miguel Darío Miranda, joven sacerdote originario de León que no mucho tiempo antes había regresado de Roma y se encargaba del Secretariado en su diócesis de León:

Él, de gran capacidad intelectual y con grandes deseos de cumplir su misión sacerdotal, pero al mismo tiempo hijo de una familia muy unida radicada en León, hubo de aceptar dejar su patria chica y su familia para venirse a México. En cuanto llegó al Secretariado y tomó posesión de su cargo, nos reunió a todos los que ahí trabajábamos y nos dijo que como ignoraba las actividades que ahí se llevaban a cabo necesitaba primero familiarizarse con lo que se estaba haciendo para después darnos su opinión y continuar o modificar lo que hacíamos. Con su característica prudencia, extraña en un sacerdote joven, observó lo que se estaba haciendo y después de un mes de observarnos e interiorizarse de nuestra forma de trabajo, nos fue llamando a los que ahí colaborábamos para darnos a conocer su opinión y la dirección que deberíamos dar a nuestras actividades. Llegado mi turno

me dijo estas palabras: “Lo que usted está haciendo es muy loable, pero tiene un grandísimo defecto: su función para mí es multiplicar las Sofías.” Con eso me daba a entender que era necesario formar jóvenes de sociedad para interesarlas en una labor semejante y poder así abarcar un campo mayor de trabajo. Un mes entero estuvo asistiendo a todas las reuniones y manifestó que al término nos daría su opinión y sus instrucciones con relación a lo que deberíamos hacer o continuar haciendo.

Poco a poco Sofía maduró la idea de instalar en forma una institución para la preparación de las mujeres. Sería el Instituto de Cultura Femenina o más simplemente, Cultura Femenina. Le pareció que la casa de Motolinía número 9, con algunas adaptaciones, podría servir al efecto. Esa casa:

...Era de dos pisos; el piso alto lo tenían alquilado los Caballeros de Colón, pero una vez que la dejaron, fue la primera sede del Secretariado. El dueño era un señor alemán amigo de mi papá, Don Julio Coeuster. Pensamos que había posibilidad de construir en la azotea unas habitaciones para establecer allí el Instituto de Cultura Femenina y usarlo también para primeras oficinas de la Juventud Católica Femenina Mexicana (JCFM), organismo de la Acción Católica. Papá presentó al Padre Miranda con Don Julio y le propusieron que nos construyera las habitaciones. Don Julio, que era un hombre muy bueno y con sentido social, aceptó la proposición: construyó cinco habitaciones y un baño, así como una escalera para subir al piso de arriba. El resto de la azotea nos sirvió de patio para el descanso entre clases.

En la memoria de Sofía del Valle estaba muy clara la fecha de fundación del Instituto, así como la necesidad de vencer resistencias a fin de que saliera adelante su objetivo:

El 26 de junio de 1926 iniciamos allí el primer año del Instituto Superior de Cultura Femenina que resultó ser la primera universidad femenina en México, si tenemos en cuenta los programas que tenía. Fue tarea difícil

obtener alumnas, ya que en esos tiempos los estudios superiores eran cosa vedada para las jóvenes. Fuimos venciendo dificultades y por medio de conferencias en algunas iglesias, reuniones con padres de familia y hasta un cursillo al que invitamos a jóvenes de distintos estados de la República, nos encontramos con el resultado de que con ocho alumnas iniciásemos las actividades del Instituto. Entre ellas había una que había venido desde Chiapas, estado que siempre se ha distinguido por el progreso intelectual de la mujer. Otra de las jóvenes, edificante por su interés en formación, fue una joven telefonista de la Compañía Ericsson, apellidada Ponce Lagos, que al enterarse de la existencia del Instituto y de su programa de estudios, decidió cambiar su trabajo diurno por un turno nocturno, y así poder asistir a las clases, que se impartían de las ocho de la mañana a la una de la tarde. Al salir de la institución llegaba a su casa a comer, dormía cuatro o cinco horas en la tarde para estar lista a las nueve de la noche en que debía entrar a su trabajo.

Mucho esfuerzo costó que las primeras alumnas, no acostumbradas al trabajo intelectual, se familiarizaran con las materias que integraban el primer año de Cultura Femenina. La paciencia de los profesores, el estímulo de las pláticas del Padre Miranda y mi constante labor de estímulo con ellas, las hizo vencer las dificultades y sentir la satisfacción de entender. Era como si abrieran los ojos a un mundo nuevo para ellas y que poco a poco fue despertando su inteligencia dormida, haciéndoles comprender el valor del saber. Más de una vez hubo intenciones de darse por vencidas, pero el constante impulso hizo que ellas mismas agradecieran a Dios ese despertar de su inteligencia que les permitía apreciar el valor único de la persona humana. Unas a otras se estimulaban y en poco tiempo ellas mismas se hicieron propagandistas de la obra.

Casi sin sentirlo se fue dando a conocer el valor de la institución y sobre todo la necesidad de la formación universitaria para las jóvenes. Igualmente, poco a poco se fueron despejando los prejuicios en contra del saber de la mujer. Al final de cada año se tenía una reunión final en

donde se daban a conocer las graduadas con sus calificaciones. Eso sirvió para ir desvaneciendo los prejuicios de los papás y creando simpatías para la obra. Recuerdo que un señor con un puesto eminente en la jerarquía eclesiástica no estaba muy de acuerdo con la formación que dábamos y con el fin de conquistarlo lo invitamos a presenciar algunos de los exámenes relacionados con temas religiosos. Cuando se despedía dijo: “Yo me pregunto si estas sabias podrán preparar una buena comida”. Con el fin de demostrar que había compatibilidad entre el saber y el ser buena ama de casa, la última vez que lo invitamos a los exámenes se le invitó también a una comida, toda ella preparada por las alumnas “sabihondas”. Quedó sumamente complacido por lo bien hecho de los alimentos que se le habían ofrecido y desde entonces vencimos su prejuicio.

En períodos determinados, después de los días de clase, a fin de dar un poco de oportunidad de contactos más íntimos y de crear confianza entre alumnas y profesores, de tiempo en tiempo organizábamos días de campo a lugares cercanos donde la naturaleza era más frondosa. Ahí pasábamos horas sumamente agradables de alta convivencia y al mismo tiempo dábamos oportunidad a que hubiera mayor aprecio para la labor que estábamos realizando.

La fecha de la fundación del Instituto fue casi coincidente con la decisión que tomó el episcopado mexicano el 31 de julio de 1926 de suspender el culto religioso, por considerar que las leyes que últimamente se habían promulgado, entre las cuales la principal, por su alcance nacional, era la “Ley Calles”, reglamentaria del artículo 130 de la Constitución que exigía el registro de los sacerdotes en la Secretaría de Gobernación y que sólo así podrían ejercer su ministerio, sin tomar en cuenta a los obispos.

Pronto la casa de Motolinía número 9 fue objeto de inspección policiaca; hubo sustracción de documentos de modo que las deudas de los miembros de las cajas de ahorros tuvieron que ser saldadas “de memoria” por los directivos de ella y más adelante se confiscó la casa misma. No obstante, Cultura Feme-

nina siguió adelante entre tropiezos y cambios de domicilio y llegó a tener en total quinientas alumnas en sus cursos de cuatro años de duración. Incluso, la concentración de sacerdotes en la capital del país a causa de la “peligrosidad” de algunos en las ciudades del interior, colaboró al brillo de la institución por su calidad cultural y su forma de difundirla entre las jóvenes.

Dejémosle la palabra a la fundadora de la obra:

La prueba llegó pronto. La persecución se desató y un multígrafo (mimeógrafo) nos delató. Se publicaba una pequeña hoja titulada Desde mi sótano, en la que se atacaba a los perseguidores y se alentaba a los perseguidos, es decir, a las y los católicos mexicanos. Con objeto de encontrar el mimeógrafo que se usaba para imprimir esa hoja, fueron de parte del gobierno a todas las casas que vendían esos aparatos a fin de poder dar con el que se usaba para imprimir la tal hoja. En Cultura, como no podíamos obtener los textos para las clases, compramos uno en el que se imprimían los apuntes de los profesores. Eso bastó para que la dirección de “Motolinía 9” fuese descubierta por la policía y para que una noche llegaran a revisar la casa para saber lo que se hacía allí, pues podía ser el lugar donde se hacía la hojita. Pudieron constatar que no era el lugar, pero sirvió para que descubrieran la labor cultural que estábamos desarrollando y en forma abrupta, como lo hacían ellos, se hizo una revisión por toda la casa.

Valentín Quintana y sus secuaces aprehendieron a los varones que se encontraban en la institución, sacerdotes y seglares y a todas las mujeres que estábamos presentes nos revisaron los bolsos para ver si teníamos algo que pudiera comprometernos. En el mío encontraron un telegrama de mi hermano Enrique del Valle, que trabajaba en la compañía de teléfonos, y un número telefónico en él. Les entró la sospecha de que fuera algo relacionado con la Liga Nacional de la Libertad Religiosa, hablaron al teléfono apuntado y nos dejaron en libertad a las mujeres. No fue así con los hombres: estaban el Padre Miranda, el Padre Rafael

Dávila Vilchis, que pudo escaparse a tiempo; el Licenciado José Estrada Otamendi y algunos otros, entre ellos mi cuñado Ángel Ruiz de Huidobro, ocupados los últimos en la Caja de Ahorros León XIII, servicio que prestaba el Secretariado. Dejaron en libertad a todos y sólo guardaron preso al Padre Miranda, quien permaneció tres días en la cárcel en condiciones increíbles de incomodidades y suciedad.

Al segundo día, como a las dos de la mañana, lo sacaron de la celda con el fin de atemorizarlo haciéndole creer que lo iban a fusilar; después de un rato lo volvieron a la mazmorra y al tercer día, gracias a las oraciones de todos, a la colecta que se hizo para reunir quinientos pesos oro que reclamaba Cruz por su libertad y sobre todo a la generosa oferta del Licenciado Agustín Aragón, quien se ofreció como rehén en lugar del Padre Miranda. Su liberación fue un gran alivio y para él, además, la satisfacción de poder llegar a tiempo cerca de su padre enfermo que poco después falleció.

Nuestras oficinas fueron selladas y después despojadas de cuanto había en ellas, entre otras cosas un piano de cola, una biblioteca bien surtida que habíamos podido reunir con grandes sacrificios, vajilla, máquinas de escribir, cien sillas y otros enseres. Muchas de esas cosas habían sido obsequiadas por las familias interesadas en la obra. Algo que más daño causó fue el despojo de toda la documentación de la caja de ahorros, pues allí estaban las constancias tanto de los depósitos como de los préstamos. Fue delicada y ardua la labor de reintegrar bajo palabra a los que tenían ahí sus pequeños ahorros y casi imposible cobrar lo que se había prestado. Pasada la primera dolorosa impresión de lo acontecido, seguimos reuniéndonos en distintas casas pensando y tratando de planear el futuro de nuestras actividades.

Fue generosa la respuesta general de las alumnas de Cultura y de las socias de la JCFM: “Vamos a continuar a como dé lugar y en donde se pueda. Si fuere necesario, en las bancas de la Alameda podremos reunirnos

para estudiar”. De hecho, nos fuimos a una casa en la calle de Liceo. Para nuestra sorpresa y desolación nos enteramos que en la casa de enfrente habitaba nada menos que la Señora Kolontai, embajadora en México de la Unión Soviética. Tuvimos que extremar nuestras precauciones para no dar sospechas: las chicas no llegaban en grupo, sino una por una, y teníamos una buena mujer sentada en la parte de dentro de la puerta; abría cuando tocaban, pero siempre protegida por una cadena.

Nuestro esfuerzo fue recompensado ampliamente, pues un sacerdote de Huajuapán de León, que tenía la ciudad por cárcel, se enteró de nuestra situación y como era el tiempo de que los cultos estaban suspendidos, venía diariamente disfrazado de diferente manera a traernos el Santísimo, que colocaba en un pequeño sagrario manufacturado por las muchachas. Llegaba a las ocho de la mañana, colocaba el Santísimo y regresaba a la una de la tarde para distribuirnos la sagrada comunión. Esa fue la fuente de nuestra fuerza y el estímulo para continuar el trabajo emprendido.

De los años de la persecución, en que tenían que cambiarse de domicilio y guardar sigilo de muchas cosas que en otras circunstancias serían públicas, narró Sofía muchos sucesos, envueltos todos en una clara manifestación de esperanza, y en ningún momento de rencor o de reproche. Así, por ejemplo, dejó dicho:

En plena persecución religiosa un buen día vino conmigo muy asustada la señora que cuidaba la puerta diciendo que un señor, que parecía extranjero, me buscaba. Un primer sobresalto me hizo creer que algún extranjero venía a darnos un susto, pero fue grata mi sorpresa encontrarme con la sonrisa siempre afable del Señor Obispo de Butte, de Montana, quien, enterado de la situación de los católicos en México, había venido a visitar a los presos católicos que habían sido capturados arbitrariamente. Alguno de ellos les había indicado nuestra dirección y venía a saludarnos. Con alegría le abrimos la puerta y pasó un buen rato oyendo nuestras cuitas y dándonos ánimo para seguir adelante. Nos ofreció dar a conocer

en su diócesis la situación de los católicos de México para que orasen por nuestra perseverancia y por el fin del conflicto. Dijo que había hablado en la Inspección de Policía con varias personas presas, muchas de ellas amigos nuestros, de quienes obtuvo increíbles detalles de cómo se había desencadenado esta persecución en México.

Recogiendo muchos otros recuerdos, dice Sofía casi a modo de resumen:

Los primeros diez años de Cultura Femenina, bajo la dirección del Señor Miranda, fueron inolvidables. Tuvimos un cuerpo de profesores que difícilmente podría volverse a encontrar, ya que los sacerdotes más talentosos de distintas diócesis, que habían sido señalados por el gobierno persecutorio como elementos peligrosos y se les había obligado a venir a la capital para quitar su influencia benéfica en el lugar de su residencia y traídos a México por orden del gobierno teniendo a la ciudad por cárcel con la obligación de presentarse todos los días a firmar en la Inspección de Policía, estuvieron con nosotros. La presencia de ellos en la ciudad fue providencial para la cultura. El Padre Miranda los conocía a todos ellos por haber coincidido en el Colegio Pío Latino de Roma o haber asistido juntos a diversas universidades europeas. No cabe duda que nuestro cuerpo de profesores era de primera clase: el Padre Gutiérrez de Guadalajara, Monseñor Aviña también de Guadalajara, el Padre Saavedra de Colombia, el Padre Escalante, el Padre Brambilia, el Padre Plancarte, el Padre García Gutiérrez, historiador; Monseñor Gregorio Aguilar, el Licenciado Alberto María Carreño, historiador, y muchos más.

En 1937, para nuestra desolación, el Padre Miranda fue nombrado obispo de Tulancingo. Se consagró el 8 de diciembre en la Basílica de Guadalupe y mi papá fue escogido para ser uno de sus padrinos. En enero de 1938 partió para su diócesis y desde entonces el Instituto quedó bajo mi dirección. Grande fue mi angustia al sentirme responsable de la vida y continuación de esa juventud. Me puse

en las manos de Dios y con la colaboración de algunas ex alumnas continuamos el trabajo. Menciono en particular a la Señorita Juana Arguizoniz y Barragán, que era subdirectora, y a la Señorita Isabel Gibbons.

A propósito de la partida de Monseñor Miranda a Tulancingo, cuenta Sofía:

Sorpresa grande tuvo el recién nombrado prelado cuando a su llegada le anunciaron que no había ni casa ni muebles para él. La persecución religiosa había sido muy intensa, había apresado al obispo que había estado a cargo de la diócesis y, además, se había prohibido alquilar o vender casa alguna con ese destino.

En vista de la situación, el administrador a cargo de la diócesis me habló por teléfono y me dijo:

—Usted es la Presidenta de la JCFM y ustedes aprecian al Señor Miranda...

—Sí, Señor, le dije.

—Pues le advierto que aquí no hay ni una silla para él. Espero que ustedes se encarguen de ayudarlo, ya que lo aprecian tanto y ha sido tan generoso con ustedes.

Yo contesté a nombre de la JCFM que haríamos todo lo posible por ayudar a solucionar el problema. Empecé a pensar la manera de hacerlo y Dios me inspiró esta solución: El Señor Delegado Apostólico había sido exiliado de México y sus oficinas se habían cerrado. Los muebles se habían distribuido entre diferentes familias para guardarlos hasta que se volviese a abrir en la ciudad de México una Delegación Apostólica. Como el Señor Arzobispo Luis María Martínez había quedado con el carácter de encargado de la Delegación, me vino al momento la idea de dirigirme

a él, pues pensé que los muebles guardados podrían ser utilizados para la casa que tendríamos que conseguir para el Padre Miranda en Tulancingo.

Fui a visitar a Monseñor Martínez, le expuse el propósito de mi visita y me dijo: “Sí, hija, me parece muy bien. Diríjase a Monseñor Anaya, que era el secretario de la Delegación, a fin de que él le indique las casas y las personas en cuyo poder están esos muebles y los puedan enviar a Tulancingo”.

Visitamos las casas, recogimos los muebles y al día siguiente, en un camión de mudanzas, los enviamos a su destino. Yo me fui en camión y esperé la llegada del envío. Felizmente, una señora de las buenas familias del lugar que vivía sola en una casa de dos pisos, ofreció mudarse al piso bajo y rentar la parte alta al Señor Obispo. Él tenía ya su recámara; instalamos los muebles en distintas partes de la casa y como habíamos recogido también cortinas y otros implementos, en poco tiempo quedó lista la casa. Así cumplimos con el encargo que se le había hecho a la JCFM. Poco después regresamos a esa ciudad a ayudar a la Señora Clemencia de Tello, que entonces estaba con el trabajo de transformar el local de un antiguo estable en una escuelita apostólica para empezar a formar futuros sacerdotes en Metepec, un lugar cercano a Tulancingo.

Los apoyos a la diócesis de Tulancingo, que de muchas maneras puede decirse que sólo pudo solidificar su realidad durante los años que le correspondió ser su obispo a Monseñor Miranda, no dejaron de darse a lo largo de mucho tiempo y los organismos de la Acción Católica ahí fundados dieron excelentes frutos, siendo uno de los principales la formación de un clero con sólida preparación y la ayuda mutua entre los sacerdotes y los laicos para la edificación y sostenimiento de muchas obras.

Estudios y presencia en Estados Unidos y Europa

A poco tiempo de fundada la JCFM *con un grupo de jóvenes de buenas familias de México a quienes reuníamos por las noches a fin de darles preparación*, se vino encima la persecución religiosa. Junto con ella, el gobierno mexicano decidió hacer propaganda en Estados Unidos en el sentido de que era la Iglesia católica, por su falta de sometimiento a las leyes y su apoyo al levantamiento armado “cristero”, la que se rebelaba contra las autoridades. Con el apoyo de algunas organizaciones protestantes estadounidenses y personal de las embajadas y consulados mexicanos, se difundía esa postura a lo largo del territorio del vecino país.

En estas circunstancias, el Delegado Apostólico en México y Arzobispo de Morelia, Monseñor Leopoldo Ruiz y Flores, residente en 1926 en San Antonio, Texas, tal vez asesorado por el Padre Miranda, sugirió que Sofía del Valle se trasladara a Estados Unidos:

Pensándolo mucho y por consejo de algunas autoridades eclesiásticas, decidí ir a Estados Unidos a dar conferencias sobre la verdadera situación de los católicos en México para contrarrestar en cierta forma la propaganda que se hacía allá por los enemigos de México y de la Iglesia y dar a conocer lo que realmente pasaba. Tomada esa resolución, tuve que delegar mi responsabilidad y mi colaboración durante algún tiempo a ex alumnas que habían pasado por Cultura Femenina y que demostraban cariño por ella y capacidad para llevarla adelante. Di numerosísimas conferencias en casi todo Estados Unidos a grupos de católicos o simplemente a amigos interesados en la situación mexicana. Periódicamente regresaba a México

y cuando la ayuda económica que había podido obtener bajaba, volvía a los lugares donde había yo dejado grupitos interesados en ayudarnos como, por ejemplo, Boston, Filadelfia, Nueva York y Chicago.

Los primeros contactos los tuvo en Nueva York:

Al llegar ahí me indicaron que como norma general para realizar mi trabajo en Estados Unidos debía dirigirme directamente al obispo del lugar, recibir su aprobación y las indicaciones convenientes de acuerdo al uso local. Mi visita a Monseñor Walsh, obispo de Newark, lugar situado a veinte kilómetros de la Urbe de Hierro, fue muy grata, pues se trataba de un hombre ya de edad, de expresión amable y acogedor.

Recuerdo que en esa ocasión llevaba yo un traje sastre de lana hecho en México que me sentaba muy bien. Como la distancia de Nueva York a esa ciudad era muy corta, veinte minutos en ferrocarril, no llevé maleta y contaba nada más con lo que llevaba puesto. La mañana de la cita con Monseñor Walsh, invitada a ir a misa por la persona que regenteaba la casa donde me había hospedado, amaneció muy lluviosa; me di cuenta del tremendo aguacero que caía en esos momentos. Aunque la iglesia no estaba muy lejos, temerosa de mojarme, le rogué pidiera un taxi para ir a ella y yo naturalmente lo pagaría. Ella se rehusó y me dijo: “No vale la pena; está muy cerca la iglesia”.

Salí con mi paraguas, pero llegamos empapadas a la iglesia. Regresamos a casa para desayunar y cuál no sería mi sorpresa que la falda mojada se había encogido y me llegaba arriba de la rodilla. Como la cita con el Señor Obispo era a las once, pensé que tendría tiempo de arreglarla mediante una buena planchada para estirla a su tamaño normal. Pedí la plancha, le manifesté mi angustia por tenerme que presentar en esa forma, pues no había llevado repuesto alguno. Me ofreció luego que alguna de las muchachas me ayudaría a estirar la falda en tanto yo la planchaba. Estuvimos en esa labor más de una hora y sólo

logramos que la falda creciera un poquito, pero no lo suficiente para sentirme a gusto con ella. Contrariada y apenada pensé cancelar la cita con el Señor Obispo, pero me pareció que sería preferible presentarme de esa manera y explicarle mi situación. La falda me llegaba debajo de la rodilla y en esa época se usaban a media pierna y en mi opinión mi aspecto no era lo correcto que hubiera deseado que fuera.

Llegué puntual a la cita, me recibió el Señor Obispo con gran amabilidad y después de contestar algunas preguntas que me hizo, le pedí perdón por presentarme en esa forma y le expliqué lo sucedido. Se rió con ganas y me dijo: “Esas son pruebas que el Señor permite. No tenga cuidado”. Así pues, le expliqué el motivo de mi presencia en el país y la misión que debía realizar. Él me dio la bienvenida, me indicó su voluntad de cooperar, me abrió las puertas de la diócesis y me presentó con el Vicario General, Monseñor Griffin, quien estaba a cargo de las actividades apostólicas de la diócesis. Éste, con mucha bondad, me explicó cuál era la organización más activa y efectiva del lugar. Se trataba de las Hijas Católicas de América (*Catholic Daughters of America*) cuya sede se encontraba en Newark, Nueva Jersey, y estaba encabezada por su Presidenta, la Señorita Margaret. Ella, mujer de dinamismo extraordinario contenido en un cuerpo pequeñito, no grueso pero de enorme vitalidad, era católica fervorosa y con dotes personales que la hacían ganarse las voluntades con facilidad, realizaba una labor muy saludable en su país mediante grupos llamados *courts* que se extendieron en casi todos los estados del país.

Monseñor Griffin arregló una cita con ella a fin de que mediante sus representantes en las diferentes diócesis organizara una conferencia en cada “court”, empezando por Newark. Él, que presidió la reunión, tras explicarle a ella y a las otras asistentes el motivo de mi estancia en Estados Unidos, les dijo:

—Es una obligación nuestra como católicos ayudar a la labor de la Señorita del Valle. Tenemos una deuda con México, ya que la primera iglesia católica

que se construyó en Nueva York fue la dedicada a San Pedro y con objeto de llevar a cabo el proyecto, ya que entonces los católicos en esta parte del país eran pocos y pobres, un sacerdote de aquí viajó a México con objeto de solicitar la ayuda para esa primera iglesia. Con pesos de plata mexicanos se pusieron los cimientos y se construyó buena parte de esa iglesia. Devolvamos generosamente esa ayuda a nuestros hermanos del Sur.

Excuso decir el consuelo y el aliento que recibí con esas palabras. Tuve numerosas charlas en las que hacía siempre referencia a lo manifestado por el Señor Canciller, lo que naturalmente estimulaba la generosidad de los oyentes.

Antes de comenzar mi gira, fui a hablar con el Padre Wilfrid Parsons, jesuita, director de la revista *América* y muy conocedor de la situación mexicana. Él me recomendó que fuera sumamente cuidadosa y tomara precauciones para mi seguridad personal, pues sabía que ya había alguna información sobre mí en el consulado de México en Nueva York acerca de mis actividades a favor de la Iglesia mexicana. Me dijo que, por ejemplo, no tomara sola taxis en la noche, que si estaba en el túnel del metro no estuviera a la orilla de los rieles, que siempre me protegiera la espalda, no aceptara dar alguna conferencia en español ni que, en general, se diera publicidad a mis conferencias. Me recomendó también que usara algunos seudónimos y de hecho usé el de Mary del Val en Canadá y los de Rose Queen y Victoria Smith en Estados Unidos. Bajo esos nombres recibía la correspondencia y me protegía de cualquier dificultad que se me pudiera presentar.

La primera serie de conferencias en Estados Unidos, según parece, se desarrolló entre 1926 y 1929. Estuvo enfocada más a obtener apoyo para la obra con las mujeres, si bien no dejó de tocar el tema de la persecución que estaba presente en México.

En junio de 1929 los periódicos de la ciudad de México anunciaban con grandes titulares: “El conflicto religioso ha terminado ya”. Un acuerdo se

había realizado entre el Presidente Provisional Emilio Portes Gil y los obispos mexicanos representados por Monseñor Pascual Díaz y Barreto, hasta el día 21 obispo de Tabasco y a partir de entonces arzobispo de México, y por el arzobispo de Morelia, que representaba a la Santa Sede como Delegado Apostólico, Leopoldo Ruiz y Flores. Las declaraciones públicas de ambas partes (la del Presidente se hizo oficial al publicarla en el *Diario Oficial*), garantizaban el regreso de los obispos y sacerdotes desterrados, el reinicio del culto religioso y que el registro que solicitaba la Secretaría de Gobernación no quería decir que fuese registrado quien no estuviera autorizado por el propio obispo.

De modo colateral, el gobierno concedió amnistía a quienes se habían levantado en armas y a buen número de católicos que, por su implicación directa o indirecta en el movimiento armado, habían sido desterrados o recluidos en el penal de las Islas Marías. De hecho los puntos aceptados por el Vaticano eran los mínimos para dar ciertas garantías de libertad de acción a la Iglesia, y en realidad eran los mismos que en 1928 habían acordado el Padre John Burke, Secretario de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos de Norteamérica (*National Catholic Welfare Conference*), y el entonces Presidente Plutarco Elías Calles, en una reunión envuelta en el velo de la discreción y desarrollada en la fortaleza de San Juan de Ulúa frente al puerto de Veracruz.

Por esos días hubo júbilo por lo que se había logrado, aunque el mismo no pudo ser compartido, pues no faltaron asesinatos y venganzas en contra, sobre todo de militantes cristeros. Igualmente, los arreglos estaban frágilmente atados y en cierto modo dependían para su cumplimiento de la seriedad con que los tomase el gobierno mexicano o, mejor dicho, quienes en México ejercían el poder político que todavía se fincaba en cacicazgos y clientelismos, casi siempre regionalizados o ligados a las altas jerarquías del ejército. No tuvo que pasar mucho tiempo en que en algunos aspectos se les “daba largas” al cumplimiento y en ciertas regiones del país, como los estados de Tabasco, Chiapas y Veracruz, los arreglos eran, en la práctica, letra muerta.

El 13 de diciembre de 1931, un día después de las festivas celebraciones del Cuarto Centenario guadalupano, el gobierno inició una ofensiva contra las y los católicos que abrió una nueva persecución, sin el pretexto de que estaba vigente un movimiento armado. Varios años tendrían que pasar para que se encontrara el camino para una convivencia civilizada entre las y los mexicanos. En todos ellos fue central la actitud de las y los católicos de Estados Unidos y la presión que a favor de la libertad religiosa en el país sureño hicieron de múltiples maneras.

Sofía del Valle se encontró, por invitación y por convencimiento propios, en una segunda etapa de sus pláticas en Estados Unidos, mientras la propaganda mexicana se enfrentaba con muchísimas presiones para que el Presidente Franklin Delano Roosevelt, que había tomado posesión en 1933 bajo el lema de la “no intervención” y la política del “buen vecino”, comprendiera la necesidad de no hacerse el desentendido en relación con lo que sucedía en México y darle cauce a las solicitudes de muchos, incluso no católicos, sensibles sin embargo a la situación dolorosa de los mexicanos.

No obstante, durante el breve período de tranquilidad del año 1930, cuando se pensó que podían solidificarse las obras sociales y muy en concreto la JCFM, tuvo una interesante experiencia europea. Dice:

Establecida la Juventud Católica en 1926, y haciendo tanteos en cuanto a la reacción de las muchachas que iniciaban su preparación en círculos de estudio atendidos por el Padre Miranda o por mí, veíamos despertarse en las jóvenes un nuevo panorama para su vida. Empezamos a valorar la necesidad de obtener alguna experiencia en otras organizaciones existentes ya en Europa. A sugestión del Señor Arzobispo Pascual Díaz, y con la experiencia del Padre Miranda, que había conocido en Italia la existencia de la Juventud Católica Femenina Italiana, emprendí en noviembre de 1930 un viaje a Europa para visitar Francia, Bélgica e Italia, naciones en donde sabíamos que existían organizaciones juveniles de Acción Católica.

Mi primer contacto fue en Bélgica con la Señorita Cristina de Hemptine, quien en ese momento figuraba como Presidenta de la Sección de Jóvenes de la Unión Internacional de Ligas Católicas Femeninas. Ella era hija de la Condesa de Hemptine, mujer muy hermosa, una dama en toda la extensión de la palabra, muy interesada en la educación de la niñez y de la juventud. La condesa sostenía una escuela que recibía también un subsidio del gobierno.

La impresión que le causó a Sofía la hija de la condesa y la reflexión que sobre ella hizo a propósito del arreglo femenino, es muy interesante y refleja algo que la acompañó siempre. Ella no veía incompatibilidad entre la conciencia social y la buena presencia ni sintió que sus convicciones religiosas la llevaran a renunciar a un buen arreglo en su porte. Tal vez estaba convencida de lo que se decía: “la buena educación es la flor más bella de la caridad”:

El encuentro con la hija que se encontraba un poco delicada de salud, fue para mí un poco desalentador, pues era muy contrastante la forma como ella se presentaba tanto en su vestimenta como por su aspecto general con la situación de su familia. Este punto le preocupaba mucho a su mamá, pero la joven pertenecía a una organización en la cual todo arreglo femenino se atribuía a la vanidad y por eso se evitaba. Aunque Cristina era muy amable, yo no me atrevía a invitarla a México aunque lo deseaba. Comprendí que su recta intención equivocada necesitaba modificarse y hablé con su mamá para que me ayudara a convencerla de la necesidad de un cambio. La señora aceptó gozosa, puesto que la labor de Cristina tenía que ser entre las jóvenes y las dos, su mamá y yo, logramos convencerla de que debía vestirse como lo requería su situación social. Este cambio, pensábamos, sería parte de su éxito. Ella aceptó nuestro reto y la mitad de sus entradas, que dedicaba a la publicación de un *Boletín de la Juventud* y a otros gastos necesarios, se la retuvo la mamá para dedicarla a su vestuario y hacer de ella una joven atractiva y a través de ello, eficaz en su labor.

Bélgica fue para Sofía una experiencia positiva, pero siguió adelante:

Marché a París a fin de seguir los cursos que sobre la Acción Católica y las juventudes había organizado la Liga Patriótica de Francesas, que habían iniciado ya su movimiento juvenil. Estando en París en el mes de abril, Cristina me invitó para asistir a una reunión de la Liga Internacional de Organizaciones Católicas Femeninas que tendría lugar en Varsovia, capital de Polonia. Comprendí que era una maravillosa oportunidad para mí, pues podría asistir por vez primera a una magna asamblea de esa categoría y podría tener contacto con dirigentes de organizaciones femeninas de diversos países, tanto de Europa como de América. Me dijeron que debía obtener visas para Alemania y Polonia de inmediato, pues debía salir dos días después de recibida la invitación. En ese momento se me vino la idea de que no debía asistir a una reunión semejante sin la autorización del Excelentísimo Señor Arzobispo Díaz, pues mi viaje había sido de estudio y observación. Deseosa de localizarlo pues sabía que no estaba en México, sino en Roma en un congreso sobre justicia social en el aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*, me informé en la oficina de los padres jesuitas en París si podrían indicarme cómo hacer contacto con mi prelado. Me dijeron que sabían que de Roma iría a Lourdes y que ese mismo día terminaba la reunión en Roma. Decidí tomar el tren para Lourdes y ponerme en contacto con él ahí. Sin duda que el Espíritu Santo, por medio de la patrona de la JCFM, Santa Teresita del Niño Jesús, me ayudó de especial manera en mi ruta hacia Varsovia: Al bajar del tren en Lourdes y querer atravesar las vías del ferrocarril para salir de la estación, un empleado me dijo:

—Espere, señorita; en este momento viene un tren en sentido contrario.

Cuál no sería mi sorpresa al ver que de ese tren habían bajado el Señor Díaz y el Padre Miranda. Sorprendidos tanto ellos como yo, me dijo el Señor Díaz:

—¿Qué haces aquí, hija?

—Buscando a Vuestra Excelencia.

—¿Para qué?

—Porque he recibido una invitación de la Presidenta internacional de las juventudes católicas para asistir a una magna reunión internacional en Varsovia y no me atreví a ir sin vuestra autorización.

Su contestación fue:

—Sí, hija, sí; asiste a todo lo que te inviten, sea lo que sea, y habla a favor de México, tan desprestigiado internacionalmente a causa de la persecución religiosa.

Quise despedirme de ellos de inmediato para regresar a París, pero él me dijo:

—Primero vamos a comer, hija; después te irás.

En el primer tren me regresé pero como era sábado, encontré cerrada la embajada alemana. Angustiada, hablé a la casa del Embajador y le manifesté mi urgencia de tener la visa para atravesar el país, pues debía salir al día siguiente temprano para Bruselas a reunirme con Cristina y su secretaria. El embajador cortésmente me dijo:

—Tome un taxi para la embajada; yo iré allá para darle el visado. ¡Otro favor de Santa Teresita y el Espíritu Santo!

El domingo temprano salí para Bruselas a reunirme con mis compañeras. Poco después de que llegué, salimos para Varsovia. El viaje fue muy agradable. El ferrocarril se detuvo algún tiempo en Berlín, que nosotras aprovechamos

para oír misa en un sótano, pues ya se iniciaba también allá la persecución religiosa. De regreso al tren, nos situamos en un departamento para diez personas; ahí se había instalado un señor en una de las ventanillas. Charlábamos entre nosotras sin cesar sobre las actividades, tanto de ellas como de las mías, en un ambiente de amistad sincera y camaradería. De pronto llegamos a la frontera polaca. Para mi desgracia, con el entusiasmo de hacer el viaje y las prisas para prepararlo, había olvidado totalmente la visa para Polonia. Mi sorpresa fue grande y dolorosa cuando al llegar los oficiales que revisaban los pasaportes de los viajeros me dijeron al revisar el mío:

—No visa para Polonia, debe regresar a Berlín, a la embajada polaca en Berlín para esa visa. Atónita, miraba a Cristina tratando de ver si había alguna solución distinta a mi regreso a Berlín, mientras el oficial repetía:

—¡A Berlín! ¡A Berlín!

Cristina, indignada, me decía:

—¿Cómo hiciste esto?

Yo no pude dar explicación alguna.

Entonces, el señor que había ocupado el mismo departamento que nosotras se levantó y salió mientras yo, angustiada, bajaba mis maletas para regresar a Berlín. Para mi gran sorpresa, regresó el señor y ayudándome a subir nuevamente mis maletas me dijo:

—He estado escuchando su conversación durante el viaje y me doy cuenta que va a una cosa buena. Yo soy funcionario polaco y ya respondí por usted ante las autoridades. Aquí tiene mi tarjeta. Al llegar a Varsovia, vaya a tal dirección y pague 100 slotys; es la multa por haber olvidado la visa. Deseo que su estancia en Polonia sea fructuosa.

Sentí deseos de arrodillarme para agradecerle su intervención, pero pensé que a quienes tenía que darles las gracias eran al Espíritu Santo y a Santa Teresita, pues los había invocado desde el fondo de mi corazón y seguramente habían intercedido para esta solución tan inesperada.

La importancia que tuvo para el derrotero de la vida de Sofía su participación en esta reunión en Polonia fue definitiva y contribuyó a que la dimensión internacional, que en realidad la había acompañado desde su infancia, definiera el rumbo de su presencia y servicio, no sólo dentro de las organizaciones católicas sino en una forma más amplia.

Dejémosle la palabra:

No puedo expresar suficientemente todo lo que significó para mí esa asistencia a una reunión de gran altura. En ella, representantes de distintas organizaciones, varias de ellas presididas por personas con títulos nobiliarios, exponían ideas y situaciones para mí desconocidas, pero muy interesantes para la realización de nuestros proyectos en México. Había representantes diplomáticos de países europeos y de algunos de América. ¡Yo me sentía en la gloria en ese salón hermosísimo adornado con flores desconocidas para mí y que daban un ambiente de tanta solemnidad y elegancia a la reunión! Al tercer día, casi al término de la sesión matutina, se me acercó Cristina y me dijo:

—¿Estás lista?

Sorprendida le pregunté: —¿Para qué?

Me dijo: —¿No has visto el programa?

Mi contestación fue: —Lo he seguido día a día.

Con sorpresa me dijo entonces:

—Estás en el programa de esta tarde, ¿no te avisó mi secretaria?

—No, le dije casi con pánico.

—Pues lo siento, me dijo, pero tienes que hablar. La sangre se me bajó a los pies, me entró pánico y al terminar la sesión corrí a la capilla.

Enfrentándome al Señor en el tabernáculo, le dije: “¿Para esto he venido aquí; para hacer el ridículo y dejar a México por los suelos?” Pensé en mi interior: “Me voy a ir; voy a decir que un telegrama urgente me llamó a París”. Reflexionando un momento, sin embargo, comprendí que mi cobardía me iba a presentar como una miedosa incapaz de representar a México y de pronunciar un discurso. Pasaron en ese momento las palabras del Evangelio que dicen: Si te llaman a declarar o a hablar ante las autoridades, no temas, te será dado lo que debes decir. Poco antes de salir de la capilla hice un trato con el Señor y le dije: “Yo me aguanto el miedo y Tú hablas por mí”. Y así fue... Subí a mi cuarto a cambiarme de atavío, ya que tenía que presentarme en el escenario, tomé una taza de consomé y llegué con mis compañeras a la sesión vespertina. Mi nombre en el programa era el penúltimo y el tema que me habían asignado era el catolicismo en México. Mi estado de ánimo me impedía pensar siquiera en un esquema. Me puse en manos de Dios, oré y esperé mi turno. Cuando llegó la hora, hice discretamente la señal de la cruz en mi pecho y dije: “Señor. Por ti me aguanto el miedo, dame luz o habla tú por mí”. Sentada a mi lado estaba la Señorita Mary Hawks, Presidenta entonces de la Organización de Mujeres Católicas de Estados Unidos. Le rogué que dijera una oración por mí y me dirigí a la tribuna. Un aplauso me recibió, ya que se conocía en Europa la dolorosa situación persecutoria que sufrían los católicos en mi país. Me serené y empecé a hablar en francés, que era el idioma oficial del congreso. No sé qué dije. Hablé treinta y cinco minutos y al terminar, estalló una ovación en la concurrencia. Al bajar del estrado pensaba: “Gracias, Señor; has de haber hablado muy bien”. Y me senté al lado de mi compañera Mary. El Nuncio de Su Santidad cerraba el programa y al dirigirse al auditorio dijo:

—Tenía preparado mi discurso para esta ocasión, pero las palabras de la mexicana me han impresionado tan profundamente, que me voy a referir a algunas de ellas.

Con rapidez me dirigí a mi amiga Mary y le dije:

—Escribe lo que diga que dije; así me daré cuenta del tenor de mi discurso.

Es inútil decir que al cerrarse la sesión, los aplausos y las felicitaciones abundaron entre los oyentes. Todos ofrecieron orar por México y yo sonreía agradecida, pensando en que a lo mejor no iba a poder regresar a México, ya que el cuerpo diplomático había sido invitado y estaban muchos de los embajadores de los distintos países.

De regreso a mi habitación, daba yo gracias a Dios por todo y me disponía a dormir para descansar de todas las emociones del día, cuando tocaron a la puerta y me anunciaron que me llamaban por teléfono. Sorprendida, bajé con sobresalto: ¿quién me podría llamar a estas horas? Mi sorpresa aumentó al oír: —Hablan de la Embajada de México. La sangre se me fue a los pies y con voz casi temblorosa dije:

—¿Sí?

La voz al otro lado de la línea dijo:

—Señorita del Valle, habla Padilla Nervo, el Embajador de México. Quiero felicitarla, aunque sea a estas horas, por su actuación en el congreso. No pude asistir por haber tenido que atender un asunto urgente, pero mis colegas me han dicho que usted estuvo espléndida. Mi esposa y yo queremos ir mañana mismo a felicitarla y conocerla.

—No, Señor Embajador, le contesté; yo fui la que debí presentarme con ustedes al llegar a Varsovia, pero no me alcanzó el tiempo.

—Entonces, dijo, mañana tomaremos el té; le enviaré el coche para que la traiga a la embajada; queremos charlar con usted y darle nuestros parabienes por lo alto que usted ha dejado a México.

Reflexionó Sofía con admiración palpable:

¡Así ayuda el Señor a quien lo sirve y confía siempre en su auxilio!

No cabe duda que esa reunión celebrada en Varsovia fortaleció en nuestra mexicana, por una parte, la convicción de que el ámbito internacional era el propio de su presencia y acción y, por otra, que valía la pena utilizar tiempo, fuerzas, entusiasmo y palabras a favor de México y de su identidad católica. Queda como un enigma el contenido del discurso que en la capital de Polonia pronunció y que atribuyó no a sus conocimientos y prestancia, sino a la ayuda divina y de Santa Teresita, la frágil mujer que permaneciendo en la clausura del monasterio carmelita ensanchó de tal manera sus horizontes que pudo ser proclamada patrona de las misiones. Queda también en el ámbito de las preguntas el porqué de la benévola actitud del embajador mexicano quien, en ese tiempo de radicalismo del gobierno frente a las y los católicos, apreció las palabras de Sofía, que sin duda fueron equilibradas y justas. Tal vez la lejanía, tal vez sus propias convicciones y el convencimiento de que lo que pasaba en México no era lo mejor para una patria que todo necesitaba menos la desunión. Sea como fuere, como parece por la actitud del embajador Padilla Nervo, había entonces encendidas leves pero claras luces, que podían presagiar una aurora menos nebulosa para las y los mexicanos.

La “Misteriosa Sofía”

A comienzos de 1932 regresó nuestra viajera europea a México, después de detenerse algunos días en España y, más en concreto, en Villaviciosa. Sofía nos dice al respecto:

Tuve la noticia de la gravedad de mi abuelita que residía con mi hermana Matilde, la mayor, que estaba con ella. A mi llegada, desgraciadamente ya había fallecido mi abuelita, pero tuve la satisfacción de acompañar durante algunas semanas a mi hermana, a quien le tocaba el doloroso deber de ocuparse de la testamentaria. Como esos trámites duran algún tiempo, no pude ayudarla porque debía regresar a México para continuar mis actividades, tanto en la JCFM como en Cultura Femenina.

Esas fechas para la Iglesia en México fueron particularmente difíciles. A finales de 1931, poco después de las alegres fiestas con motivo del Cuarto Centenario guadalupano, con el pretexto de que hubo excesivas manifestaciones públicas de “poder” de parte de las y los católicos, se emitieron, tanto en el Distrito Federal como en los estados, leyes restrictivas en relación con el número de sacerdotes; se pusieron obstáculos para el funcionamiento de los seminarios y se intensificaron las confiscaciones de casas y edificios que, en realidad o presuntamente, eran ocupados para efectos religiosos.

Al comienzo de octubre de 1932, como una especie de culminación de las actividades anticatólicas del gobierno del Presidente Abelardo Rodríguez, el Delegado Apostólico en México y Arzobispo de Morelia, Leopoldo Ruiz y Flores, fue expulsado del país de modo violento a causa de una carta encíclica del Papa Pío XI llamada *Acerba Animi*, que en términos moderados pero claros denunciaba la situación mexicana. De alguna manera todas las institu-

ciones católicas (y no fueron la excepción las puestas bajo la Acción Católica) resultaron afectadas y sus actividades disminuidas cuando no nulificadas. Conviene pensar en lo que sucedió a las obras emprendidas por Sofía y a las de contenido social que habían sido inspiradas por el Padre Méndez Medina y, con posterioridad, por el Padre Miguel Darío Miranda. Éstas fueron frenadas con la consecuencia, pocas veces reflexionada, de la interrupción de la preparación que se estaba dando a la juventud femenina. En estas circunstancias, de nuevo cobró importancia intensificar una campaña de pláticas de parte de las y los católicos para aclarar lo que sucedía, pues la propaganda del gobierno mexicano arreciaba culpando a las y los católicos de agitación y subversión, sobre todo en Estados Unidos. Un libro de la autoría del ex Presidente Provisional y en ese año Procurador General de la República, Emilio Portes Gil, titulado *La lucha entre el poder civil y el clero* que se tradujo a varios idiomas, requería especial atención.

Acerca de las vicisitudes de su obra, expuso Sofía:

Al regresar a México me encontré con la situación difícil creada por la persecución religiosa y con los problemas que se nos presentaron para continuar nuestras actividades. De hecho tuvimos que actuar de manera casi secreta, ya que toda la labor educativa que tuviese cierto cariz religioso era perseguida. A fin de evitar las confiscaciones, tuvimos que realizar frecuentes mudanzas. A lo largo de los tiempos estuvimos en Motolinía 9, en callejón del Eliseo 12, en la calle de Dinamarca, en Guillermo Prieto 25, en la calle París, en la de Londres, en la cerrada de Puebla, en Edison 37 y finalmente en Tabasco 98, donde tuvimos que suspender muchas actividades por falta de personal académico calificado y de fondos.

A pesar de todo, debo decir que sin duda en la juventud, estimulada por una situación tan injusta, crecía el entusiasmo y el esfuerzo para prepararse mejor y participar en la lucha porque México guardara sus principios y la justicia reinara entre los hombres. Dada la situación que vivimos en esos momentos, las autoridades eclesiásticas sintieron la necesidad de dar a

conocer fuera del país lo que pasaba, especialmente en Estados Unidos. Deseosa de servir a la Iglesia y a mi patria, acepté confiada, con el auxilio de Dios, ir de nuevo a Estados Unidos a dar conferencias en los centros católicos, colegios, asociaciones, universidades y otros lugares para dar a conocer la verdadera situación de la Iglesia en México, tan injustamente perseguida. Afortunadamente tuve buena acogida, tanto de parte de las autoridades religiosas como de los católicos en general; pronto se formaron algunos grupos que me ayudaron a programar conferencias en distintas partes del país.

De 1932 a 1934, con intermitencias en las que se dirigió a México, Sofía estuvo en Estados Unidos y a veces en Canadá, dedicada a hablar sobre la situación en el país del sur.

Inicié mi gira en la ciudad de Filadelfia, pues el Cardenal Dougherty conocía a mi familia, ya que una hermana mía religiosa de la Asunción era la superiora del convento establecido ahí, donde tenían una escuela primaria y secundaria para chicas de la buena sociedad y apreciaba mucho esa institución, establecida por él. El Cardenal, pues, me invitó a dar una conferencia a sus sacerdotes y seminaristas en el local del Seminario. Me advirtió que era la primera vez que una mujer iba a hablar ahí.

Marché después a Baltimore; el Señor Arzobispo del lugar me advirtió que él tenía seminaristas de muchas diócesis de Estados Unidos y que, por tanto, se extendería mejor la información que yo diera sobre la situación que sufríamos. Más adelante me dirigí a Washington en donde también di una conferencia en la Universidad Católica a la que, en ese momento, asistían algunos sacerdotes mexicanos. Me invitaron también a hablar en la Reunión Nacional de Mujeres Católicas que tenía lugar en el Hotel Mayflower, a la que asistían cientos de mujeres de diversas diócesis estadounidenses representando sus respectivos grupos. Cuando terminó esta reunión a la que asistieron también un buen número de sacerdotes de los citados grupos, uno de Toronto, Canadá, se me acercó y me dijo:

—Quiero que este mensaje se extienda también por Canadá. Esta es mi tarjeta. En cuanto disponga usted de tiempo, avíseme, y yo me encargaré de organizarle conferencias en distintos puntos de mi país.

Agradecí mucho su interés y cuando terminé mis labores en Washington regresé a Filadelfia donde me habían ya programado diversas intervenciones.

Poco después fui de nuevo a Washington con motivo de una conferencia en el Trinity College, que era el más reputado y distinguido del país; en esta ocasión me alojé en la Escuela del Servicio Social que había sido fundada por el Padre Burke, cuya directora era una muy buena amiga mía que me ofreció hospedaje bondadosamente. Era el mes de octubre de 1934.

Un día por la mañana fui a oír misa a la capilla de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos de Norteamérica (*National Catholic Welfare Conference*) que presidía el Padre Burke y quien la celebró fue el Excelentísimo Señor Leopoldo Ruiz y Flores, que entonces se encontraba ahí de visita. Al terminar la misa, el arzobispo me dijo:

—Vaya a desayunar y regrese, pues tengo algo que decirle.

Como estaban muy cerca las casas no tardé en regresar, invadida de angustia, pues pensaba que me daría alguna noticia dolorosa relacionada con mi familia. Grande fue mi sorpresa cuando me dijo:

—No, hija. Se trata de usted y de mí. Acaba de publicar el periódico *El Nacional*, órgano del Partido Nacional Revolucionario, una carta escrita por mí al Padre Miranda en la que le daba cuenta en forma velada de algunas de mis actividades para que él, a su vez, informara a las autoridades eclesiásticas, que habían solicitado mi labor en Estados Unidos.

El periódico, en la primera página, con letras bien visibles, decía:

CONJURA DEL EPISCOPADO MEXICANO PARA OBTENER LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS EN MÉXICO. MISTERIOSA SOFÍA AGENTE DEL MISMO.

En el mismo periódico publicaron una carta mía para el Padre Miranda y otra de Monseñor Ruiz a la Señorita Ernestina Salinas, como pruebas de sus aseveraciones. Felizmente, mi carta estaba firmada solamente “Sofía”: de ahí lo “misterioso”.

Impresionada por el efecto que podría producir semejante cosa en mi familia y al mismo tiempo preocupada por la falsa acusación, consulté al instante a Monseñor Ruiz. Él me indicó la conveniencia de ausentarme por algún tiempo de los centros políticos del país.

La publicación de las cartas en *El Nacional* da a conocer que el gobierno mexicano mantenía una vigilancia estrecha de los elementos católicos y, de modo especial, de la correspondencia que llegaba y salía de parte de los obispos. La censura de ellas llegó a ser práctica cotidiana, de tal manera que, por ejemplo, el archivo del Presidente Calles contiene buen número de ejemplares de correspondencia interceptada. A principios de 1935 llegó a prohibirse la circulación de cualquier folleto, revista u hoja suelta que tuviese en su contenido cualquier tema que pudiese considerarse religioso, a juicio de los administradores de correos de las localidades.

Leamos, a 74 años de distancia, la revelación de la conjura de “la misteriosa Sofía”:

EL NACIONAL, 28 de octubre de 1934. Cómo está organizada la conspiración clerical. Agentes agitadores en México. En la sombría trama se mueve la figura de Monseñor Burke. En gestiones en Washington.

Informamos ayer a nuestros lectores que dentro del programa sedicioso que se han trazado los altos dignatarios de la Iglesia, está el usar

el viejo procedimiento con que el clero del país ha manchado nuestra historia: buscar la intervención extranjera en estos asuntos. Y esto es lo que vamos a probar hoy con documentación irrefutable. La conspiración contra México y su gobierno legítimo ha consistido en enviar “agentes” fanáticos para agitar los centros y las organizaciones católicas de Estados Unidos y Canadá y solicitar ayuda de esos sectores de opinión americana y canadiense, tanto política como económica. La agitación se está llevando a cabo al grado de haber conseguido impresionar a sectores de la opinión católica de los Estados Unidos que, calumniando a México y al integérrimo embajador Josephus Daniels, han pretendido intrigarlo ante el Presidente Roosevelt, sólo porque no se ha prestado a ser instrumento de esos grandes intereses católicos americanos que quisieran desatar la intervención en México.

Una carta de la misteriosa Sofía.

En la edición de hoy publicamos en facsímil la carta que una de las “agentes” llamada Sofía, escribe misteriosamente a un destinatario apodado simplemente “Doctor”. La carta viene de Washington y está fechada el 10 del presente mes. La inquieta Sofía ha dado ya muchísimas conferencias para explicar a nuestros vecinos los horrores de México. Habló en el “Trinity College”, en la “Catholic University of America,” en la Escuela de Trabajo Social; salió en esos días a Nueva York para hablar en la “Convention” de la “International Federation of Catholic Alumnae” y está arreglando unas pláticas en Toronto, Canadá. Pero lo más interesante de esta propaganda que tiende a concitar la intervención contra México es la labor que viene desarrollando con las personas de la NCWC, especialmente con el Secretario de esa Confederación Católica Nacional, Fathr [sic] Burke, que no es otro que el famoso Reverendo J. Burke de quien se dice que intervino en el año 1928 en la controversia religiosa de México. Además, Sofía ha hablado con el Señor Montavon, que no es otro que el Director de Publicidad de esa misma organización, un seglar que se mostró activísimo en contra del gobierno de México cuando la pasada rebelión “cristera”.

Sabemos bien que efectivamente el Padre John J. Burke fue elemento fundamental para que se tuvieran los arreglos entre la Iglesia y el Estado en México en 1929, que siguieron los lineamientos trazados en la entrevista personal sostenida con el Presidente Calles el año anterior en Veracruz. Sabemos también que hasta su muerte en octubre de 1936, estuvo pendiente día a día de lo que sucedía en México y del curso que tomaba el conflicto religioso en sus diferentes etapas. Mantuvo relación directa con el gobierno estadounidense y logró vencer la resistencia que Roosevelt, en nombre de su política de “no intervención” y del “buen vecino”, tenía respecto a intervenir –aunque fuera de palabra y a manera de exhortación– en beneficio de la libertad religiosa en general, en el contencioso mexicano que se prolongó muchos años.

Sabemos igualmente que William Montavon, jefe de la sección jurídica de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos de Norteamérica (NCWC, por sus siglas en inglés), fue colaborador cercano de Burke y autor de varios informes pormenorizados y reflexivos acerca de la situación mexicana. Él, que hablaba perfectamente el español, visitó México en la segunda parte de 1929 y publicó entre 1932 y 1936 algunos folletos que disgustaron mucho al gobierno mexicano, al grado que nunca pudo conversar de manera directa con los representantes diplomáticos mexicanos en la capital de Estados Unidos.

Transcribimos la carta que la “misteriosa Sofía” dirigió al “Doctor”:

He hablado con el Padre Burke y con el Señor Montavon. Creo que temen que vaya yo más allá de MIS FACULTADES, es decir, como que vaya yo a iniciar o a sugerir algún medio práctico de ayuda. Ya les he hecho saber una y varias veces que sólo pretendo INFORMAR y despertar interés para que nos ayuden económicamente. Lo demás está en manos de Dios y de los superiores. [...] Tengo unas americanitas que están encantadas con México y quisieran irse a trabajar por allá: hay, a Dios gracias, todavía mucha generosidad que no ha sabido encauzarse debidamente y a mi entender a causa de ese TEMOR A PEDIR MUCHO y también por la actitud que tienen en muchas circunstancias los católicos de aquí: “AN APOLOGIZING ATTITUDE”.

[...] He sido muy “popular” estos días. Desde mi llegada sólo he cenado un día en la escuela. Todas las noches he tenido alguna invitación y yo me dejo querer porque esto me da “prestige” con ciertas gentes para quienes el ver el interés en otras personas va a ser un ACICATE para interesarse en ellas.

Tras mencionar una carta dirigida a Ernestina Salinas, el reportaje de *El Nacional* editorializaba:

No podemos menos que confesar que los trabajos de los agentes clericales en los Estados Unidos, como Sofía, y las intrigas de los directores del clero, como el Señor Ruiz y Flores han tenido éxito, hasta lograr convencer a los altos representativos de los intereses católicos norteamericanos y hacerlos parciales a su causa ya que, empezando a tratar sus asuntos en Washington el Señor Ruiz y Flores el día 20 del presente mes, logró que el 22 celebrara una conferencia el Reverendo Burke, en la cual, según sospechó la prensa americana, es posible que el Reverendo pretendiera hablar sobre la intriga clerical mexicana. [...] Claramente se ve que los altos dignatarios del clero mexicano, además de dirigir la agitación antigobiernista actual, de estarse preparando para organizar una revuelta armada y posiblemente hasta un asesinato político, pretenden la intervención en estos asuntos, si no armada, cuando menos diplomática y moral de gobiernos extranjeros. Que guiados por su despecho y su obsesión por el poder, no retroceden ante ningún obstáculo y que, con los antecedentes históricos del clero, son capaces de ir nuevamente hasta la traición a la Patria con tal de satisfacer sus deseos de venganza y sus ambiciones de mando.

El contraste entre la información de Sofía acerca de que, en Washington, temía que “fuera más allá de sus facultades” y las sospechas de los agentes del gobierno mexicano de que se tramaba una “revuelta armada y posiblemente hasta un asesinato político”, es notable. Lo que realmente acontecía es que a esas alturas, con una opinión pública no sólo católica sino también protestante en Estados Unidos, percatada de la situación de extrema ausencia de libertad religiosa en México, el gobierno mexicano no podía ya “tapar el sol con un dedo” a base de la repetición de que el clero había sido el causante de

las situaciones y que una y otra vez, por sus ansias de poder, estaba dispuesto a ir “hasta la traición a la Patria”. Urgía bajar a la realidad, pulsarla y responder a los anhelos auténticos del pueblo.

Después de haber recibido la desagradable sorpresa de que su correspondencia había sido interceptada por el gobierno, Sofía regresó bastante preocupada a la Escuela de Trabajo Social donde, en esta ocasión, se había hospedado:

Regresé a la Escuela con la intención de dirigirme a Filadelfia, pero me vino a la memoria la tarjeta que me había dejado el Padre Muckle, de Toronto. Me comuniqué con él por teléfono y le expresé mi disposición para ir a Toronto. A las dos horas recibí su contestación diciéndome:

—Salga esta noche para Albany donde la recogeré al mediodía de mañana. Alójese entretanto en el hotel “X”.

Satisfecha y segura de mi salida, recibí otra llamada de dos sacerdotes mexicanos que estudiaban en la Universidad Católica, que se ofrecían ayudarme en lo que se me ofreciera. Preparé de inmediato mis maletas; llegaron ellos en un coche a recogerme y llevarme a la estación del ferrocarril. Una vez comprado el boleto y depositadas las maletas me dijeron:

—La vamos a llevar a comer langosta al borde del río Potomac y a darle una vuelta por los jardines de Washington para distraerla y dejarla más tarde en la estación a la hora de la salida del tren para Albany.

Comenta Sofía:

¡Cómo agradecer a Dios su asistencia en los momentos difíciles que se presentaban!

En Albany llegó puntual el Padre por mí. Lo acompañaba una Señora de Albany. Fuimos a almorzar y nos dirigimos en coche hacia Toronto. El Padre había organizado todo en Toronto con tanta rapidez que de esa ciudad salimos hacia Great Falla al Colegio Nazaret, donde me esperaban para la primera conferencia. Dos horas más tarde seguimos hacia Hamilton, residencia del Obispo, en donde cenamos y presenté otra conferencia, la cual duró dos horas por la cantidad de preguntas que me hicieron. Nos alojó el Señor Obispo esa noche y regresamos a Toronto al día siguiente. El Padre me instaló nada menos que en la suite del prelado y pasé ahí dos días descansando de tanta emoción como había tenido los días anteriores. Después fuimos a Montreal y ahí tuve que dar varias conferencias, unas en la universidad y otras en distintas instituciones; unas en francés y otras en inglés, ya que Montreal es una ciudad bilingüe. En algunas ocasiones tuve entre el auditorio a canadienses que venían de las regiones más lejanas del país a las cuales no podía yo ir porque carecía del atuendo necesario para temperaturas tan frías. De regreso a Toronto permanecí en la casa del Padre Muckle y dicté algunas pláticas más a distintos grupos. En total, permanecí en Canadá dos semanas.

De ahí salí hacia Detroit, en donde el Padre Muckle, de acuerdo con el Obispo, me había conseguido una reunión con el Padre Caughlin, famoso conferencista radiofónico que hablaba semanalmente y cuyas palabras llegaban a casi todo el territorio de Estados Unidos. Tenía miles de oyentes a sus pláticas, todas con gran sentido social. Nos reunimos en la casa del Obispo; el Padre fue muy amable y se mostró muy interesado en la situación de los católicos mexicanos.

Había yo recibido desde México el encargo de ponerme en contacto con él para rogarle que dedicara algunas de sus charlas a la persecución religiosa en México. Hablamos largo y tendido sobre lo que sucedía, de los mártires y de todo lo que hacía tan dolorosa la situación. Fueron muchas las preguntas que me hizo y me pidió algo de la literatura que clandestinamente se publicaba en México. Después de analizar su programa

de conferencias, me ofreció que el día de Navidad, 24 de diciembre de ese 1934, lo dedicaría a los sufrimientos de México y que escogía ese día porque tendría más de 30 millones de oyentes. Agradecida y ofreciendo cumplir los deseos de hacerle llegar más información sobre la situación, ya nos despedíamos cuando entró el Señor Obispo y le dijo:

—Padre, lo invito a comer junto con la Señorita Del Valle en el colegio de religiosas más importante de Detroit, pues me han pedido que después de la comida ella dé una plática para las religiosas y alumnas del Colegio.

En esta forma terminó esa parte de mi viaje a Canadá. Regresé entonces a Filadelfia, que era mi remanso por estar allí el convento de la Asunción del cual mi hermana era superiora.

Es importante hacer un alto para hablar del Padre Charles E. Coughlin, Sacerdote de la diócesis de Detroit, y repasar algunas de sus palabras en la audición radiofónica a la que se refirió Sofía.

Él tenía una manera directa de hablar. Señalaba sin ambigüedades las situaciones que en Estados Unidos favorecían los intereses capitalistas en contra de los pobres y de la clase trabajadora. Hacía llamados encendidos a favor de salarios justos y condiciones de vivienda y de ambiente que favorecieran la unidad familiar. Era decidido defensor de las y los inmigrantes y durante los primeros años de la gestión del Presidente Roosevelt, defendió las reformas que el Presidente estaba propugnando a fin de superar las difíciles circunstancias de la crisis económica de 1929 que había dañado las estructuras económicas que tardaron décadas en consolidarse y afectado las condiciones morales para la convivencia pacífica en el país.

Más adelante se distanció de la postura de Roosevelt y fue uno de sus críticos más decididos. A la vez, enfocó sus críticas hacia los judíos y a los comunistas, pues pensaba que estaban tramando una conspiración contra la civilización cristiana occidental. En 1936 se habló de que desde la Santa

Sede se le iba a pedir que bajara el tono de sus críticas e inclusive se dijo, sin poderse probar, que la visita que en octubre de ese año hizo a Estados Unidos el entonces Secretario de Estado, Cardenal Eugenio Pacelli, que más tarde sería el Papa Pío XII, tenía por objeto reprimirlo. Su influencia fue decisiva, entre otras cosas, para que el catolicismo tuviera una cara social y no conservadora en el seno de la sociedad estadounidense de la primera mitad del siglo XX. No obstante, su cambio hacia la extrema derecha y contra la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial propició que su obispo le pidiera retirarse de las transmisiones radiofónicas en 1942.

Para la emisión navideña que, según sabemos, recibió de Sofía del Valle no sólo aliento sino también materiales, Coughlin se preparó muy bien. Calentó el ambiente unas semanas antes haciendo referencia a que quien se encontraba como embajador en México, Josephus Daniels y había sido criticado por la opinión católica casi desde su llegada a causa de que en un discurso suyo se había interpretado como afín al intento de exclusión de toda enseñanza religiosa en México, había sido Secretario de Marina en 1914, cuando los “marines” tomaron el puerto de Veracruz. La agencia de noticias Associated Press divulgó el 3 de diciembre que el Padre Coughlin había declarado que:

“[...] el Presidente Wilson y Daniels entonces llevaron las armas para las horas que ganaron la revolución más sucia que este mundo ha conocido jamás: la mexicana.”

En la transmisión del 24 de diciembre de 1934, arremetió con fuerza contra las políticas del gobierno mexicano en esos días, que eran las primeras de la presidencia del General Lázaro Cárdenas, en alusión, siguiendo una peculiar interpretación, a sucesos dolorosos para México actuados en la historia por la ambición estadounidense. Considera que el capitalismo salvaje ha estado detrás de esas acciones:

“Fue la filosofía pagana la que nosotros, los americanos, usamos como única justificación para nuestra guerra de agresión a México, cuando tramamos y

planeamos la llamada independencia de Texas... Ésta fue la señal para que Woodrow Wilson empezara su tarea: Estaba decidido a obtener el arrendamiento del petróleo en México... Por eso levantó el embargo de armas a favor de dos de los pícaros más grandes que ha producido el mundo: Villa y Carranza, dos *dillingers*, asesinos populacheros que fueron pagados para devastar las pacíficas colinas y tranquilas ciudades de México...

Así, de Wilson a Roosevelt, México ha caído en lo más profundo de las cenagosas simas de la barbarie. México, con una población de quince millones aproximadamente, el 95% de la cual es católica, está pidiéndonos ardientemente en nombre de Cristo Niño, a quien reverenciamos en estos momentos, que nos apiademos de él y que dejemos de asociarnos con los verdugos que lo crucifican... Sabemos, amigos míos, que los crímenes contra la inocente niñez mexicana, la sodomía que clama venganza al cielo, son secundados y elogiados en discursos públicos, ni más ni menos que por el antiguo Secretario de Marina en el tiempo de Wilson. Me refiero a Josephus Daniels.”

Al comienzo de 1935, después de unos días de descanso, nuestra Sofía se presentó con el Cardenal Dougherty de Filadelfia.

Él se interesó en el relato que le hice de mis aventuras y me dijo:

—Miss Del Valle, le hago saber que durante su estancia en Filadelfia tendrá usted un guardaespaldas al que ignorará totalmente, pero él la seguirá a todas partes, pues sé que corre peligro.

Todo esto se debía, sin duda, a la publicidad que se le había dado al asunto de la “misteriosa Sofía”.

Durante el tiempo de mi estancia allí, el Cardenal organizó un *mass meeting* en el estadio de Filadelfia, en protesta por la persecución religiosa en México; en él tomaron la palabra varios oradores. El principal de ellos fue el Senador Fennerty, católico interesado, además de lo que pasaba

en el momento, en la historia de México y que sorprendió gratamente con su discurso. Entre otras cosas, para mostrar que la Iglesia no había pasado por alto la educación de la gente, dijo: “que a fines del siglo XVIII había en La Sorbona un profesor indígena mexicano, indicación tanto de la inteligencia que había entre estas razas como de la labor educativa que realizaban los religiosos”.

La magna reunión de Filadelfia –que culminó con una misa presidida por Dougherty– tuvo lugar el 18 de febrero de 1935 en un escenario de gran emotividad, presidido por una gran imagen de la Virgen de Guadalupe. Asistieron a ella más de 35 mil personas. Antes de este acto, que señaló la cumbre de lo que se estaba haciendo en Estados Unidos para que se conociera la situación real de lo que sucedía con las y los católicos mexicanos, se difundieron en miles de ejemplares dos libros reveladores escritos en inglés: *México el país de los altares ensangrentados*, del obispo Francis Kelley con 502 páginas que pasan revista a la historia mexicana y lo que ha significado en cuatro siglos y *La Iglesia en México protesta*, de William Montavon, director jurídico de la NCWC, que da a conocer de modo principal lo que se ha intentado y logrado en cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado en México a partir de 1926. Apelando a la opinión protestante y liberal estadounidense, Kelly, por ejemplo, expresó:

“La situación en México no es sólo un reto para la Iglesia católica. No es un problema exclusivamente católico. Es ante todo un reto a las leyes naturales de la justicia y de la moral. En segundo lugar, es un reto a toda la civilización cristiana. Al luchar los católicos, no luchan solamente su batalla; están luchando por lo que todos los hombres de buena voluntad perciben en sus corazones como una batalla por principios. Si de la miseria de México el mundo no aprende la lección, a nuestro pesar, el diablo se convertirá en su maestro.”

El 8 de marzo del año citado fue privado de su libertad en la ciudad de México, con el pretexto de que había celebrado misa fuera de la catedral. Un editorial del diario liberal *The New York Times*, fechado el día 11, fue tajante:

[...] Parece que fue detenido y confinado por las autoridades civiles con el cargo ultrajante de que había presidido un oficio religioso fuera de un templo del Distrito Federal. Haya o no haya una ley que defina esta acción como una falta, se trata de un ejemplo de ataque impune del poder civil a la libertad de religión.[...] El viejo alegato de que él y su Iglesia son enemigos de la República Mexicana hace tiempo que no se exponía. Pero bajo el frívolo pretexto de que pone en peligro el orden público, se le arrestó simplemente por haber cumplido con los deberes religiosos de su cargo. Las excusas presentadas son pueriles. Los motivos manifestados no pueden ser sinceros. Las acciones en su conjunto tienden a exponer la creencia de que los hombres que actualmente controlan el gobierno mexicano no sólo luchan contra la Iglesia católica, sino que tienen como propósito romper y destruir de una manera o de otra toda libertad religiosa y ciertamente toda enseñanza religiosa.

Sofía del Valle, con su palabra, se encontraba en la cresta de la ola de una opinión que cada vez más se solidarizaba con la causa católica en México y presionaba al Presidente Roosevelt a fin de que cayera en la cuenta de la situación y, de algún modo, influyera para que el gobierno mexicano cambiara de actitud.

Anécdotas, sucesos y distinciones en Estados Unidos

Sofía se dirigió de Filadelfia a Nueva York, hospedándose con las religiosas del Cenáculo, congregación hermana de los Padres Paulistas a los cuales pertenecía el Padre Burke:

Me esperaba el grupo de amigas que se había interesado en organizar conferencias en distintos lugares e instituciones para la difusión de la verdad sobre México. Una de las religiosas se encargaba de recibir las llamadas de las solicitudes para que yo hablara. Se llamaba Rosario Daubon, puertorriqueña, se interesaba mucho por las jóvenes de Centro y Suramérica que llegaban a estudiar o a trabajar a Estados Unidos y especialmente a Nueva York, a quienes ella atendía de manera tal que las protegía de los peligros que para ellas existían en esa ciudad. Enterada de la labor que hacía en México la JCFM, me indicó la conveniencia de trabajar a favor de esas chicas intentando una organización semejante que, cuando se integró, tomó el nombre de Juventud Femenina Católica Iberoamericana. Ella las reunía periódicamente para darles formación religiosa y cultural y yo, en los días que pasaba en Nueva York, entre una y otra de mis charlas sobre México, me ocupaba de esos grupos. Alguna vez hubo oportunidad de tener al Padre Miranda en su paso por Nueva York como conferencista en esas reuniones. Como asistente se nos asignó al Padre Mac Clafferty, hombre inteligente y ameno, que se interesó mucho por nuestra labor en favor de las jóvenes iberoamericanas y a quien tuvimos el gusto de recibir años después en México para una visita a la JCFM.

Avanzado el año de 1935, Sofía regresó a México por unos meses. Disfrutó de la compañía familiar en la Quinta Sofía y sin duda comenzó a notar que, sobre todo en la ciudad de México, las tensiones relacionadas con la persecución religiosa estaban casi superadas. Casi todas las iglesias estaban abiertas y muchos sacerdotes, aun sin encontrarse registrados en la Secretaría de Gobernación, ejercían su ministerio con libertad.

Poco antes de salir de Nueva York, pasó por ahí el Padre Pedro Arrupe, entonces joven jesuita que, con el tiempo, llegaría a ser General de la orden.

Él venía a buscar fondos para edificar una pequeña capilla en Tokio en honor de la Virgen de Guadalupe, ya que era la advocación mariana que más atraía a los japoneses. Les avisaron a las jóvenes de la organización iberoamericana y ellas se aprestaron a organizar una charla del Padre [Pedro Arrupe], dicha evidentemente en español y después otra en inglés. Ahí manifestó su intención de viajar a México con el mismo objetivo. Le indiqué que antes convendría que fuera a Filadelfia para dar en esa ciudad, en el colegio de la Asunción, alguna conferencia que podría producir bastante más que lo de Nueva York, ya que ahí se encontraban las hijas de las mejores familias de la ciudad. Al despedirme, le rogué que me indicara la fecha de su visita a México, pues yo estaría entonces allá y procuraría organizarle algunas pláticas.

Al poco tiempo de mi llegada a la ciudad de México, el Padre se comunicó conmigo. Segura de la buena acogida que tendría, hablé con el párroco de la Coronación, Padre Álvarez, español, y de acuerdo con él, fijó el domingo siguiente para su arduo trabajo. Se le pidió que hablara en la parroquia en todas las misas, de las seis de la mañana a la una de la tarde y le dijo el Padre Álvarez que fuera él personalmente, al terminar su plática, a recoger la limosna. Así lo hizo y comprendiendo el cansancio del Padre Arrupe después de tan larga mañana, pedí a mis sobrinos que fueran a recogerlo llevándole una maletita para las limosnas, ya que en esa época circulaban todavía los “veintes” de cobre y los pesos de plata muy pesados. Así lo hicieron y lo lle-

varon a la Quinta Sofía, donde se le esperaba para la comida. Fue muy grata su presencia en esa comida familiar. Después de un rato de descanso de tanta fatiga y de otro de amena charla, pidió el Padre retirarse y mis sobrinos lo llevaron a la residencia de los jesuitas en la calle de Enrico Martínez. Días después, difundido el objeto de su misión, se despertó mucho interés por su proyecto de edificar una capilla en honor de la Virgen de Guadalupe y algunas personas organizaron una conferencia al respecto en el Casino Español que fue todo un éxito. La acción del Padre Arrupe en estos días dio origen a la fundación de la “Ayuda al Japón”, que existe hasta nuestros días en forma organizada. (Esta obra la condujo el Padre Escalada por muchos años en la iglesia de San Ignacio de Loyola, en la ciudad de México).

El hecho de que en México se pensara en las misiones católicas, en Japón era visto como un signo, por una parte, de que las cosas habían mejorado en la propia tierra y, por otra, de la generosidad siempre presente en los corazones mexicanos.

A mediados de 1935, un comité interreligioso estadounidense compuesto por tres miembros –uno judío, otro protestante y uno más, católico–, realizó una visita a México a fin de conocer la situación de la libertad religiosa. En el informe, escrito con un criterio abierto pero, a la vez, minucioso en detalles y dado a conocer mundialmente, el gobierno no quedaba bien situado, sobre todo por la promulgación, a fines de agosto de ese año, de la Ley de Nacionalización de Bienes que, por ejemplo, aprobaba la confiscación de locales donde de cualquier manera se tuviera “propaganda religiosa”, basándose en la simple denuncia y la presunción, sin que hubiese la posibilidad de acudir a un juicio. Esta ley provocó el frecuente cambio de domicilio al que tuvo que someterse la obra de Cultura Femenina y las oficinas de la JCFM y otros organismos ligados a la acción católica mexicana.

Durante el verano de 1936, después de un buen número de conversaciones en Washington entre el Padre John Burke, Secretario de los obispos de Estados Unidos, el Subsecretario de Estado Sumner Welles, con el mandato del

Presidente Roosevelt, y el Embajador mexicano Francisco Castillo Nájera, se concedió que Monseñor Guillermo Piani, salesiano italiano que en ese tiempo era Delegado Apostólico en Filipinas y que había estado en México en coincidencia con los últimos años del porfiriato y la gestión del Presidente Madero, hiciera una detallada visita pastoral al país. Al concluirla, informó y propuso algunos lineamientos que señalaban la manera en que las y los católicos, respetando su conciencia, pudiesen tomar parte con mayor normalidad en la vida mexicana. Puede decirse que esa visita, hecha con la venia del Presidente Cárdenas, preparó una convivencia que dio fin a una larga conflictividad y que abrió las puertas al México moderno.

Pero regresemos a Nueva York con Sofía del Valle, a mediados de 1936. Al llegar allá, se dirigió pronto a Boston:

Me encontré con que un grupo de mis amigas de esa ciudad se habían encargado de formular todo un programa de actividades que cubría varios meses. La Señora Donnelly, distinguida mujer y maravillosa católica, me ofreció su residencia para alojarme en Boston. Fue exquisito el trato que recibí de ella y de sus hijas y un oasis regresar a esa casa al término de mis charlas. Era una mujer muy fina que tenía detalles que nunca podré olvidar. Así, por ejemplo, recuerdo que cuando manifesté mi pena porque se acercaba la fecha de un aniversario de la fundación de la JCFM en México y yo no podía estar con las dirigentes que lo celebraban, ella me pidió el distintivo de la Juventud que yo llevaba siempre, sin decirme para qué. Lo mandó a su pastelería favorita y esa noche, a la hora de la cena, presentaron el pastel que tenía como adorno en la parte superior la representación del distintivo de la JCFM. Conservo la fotografía a colores que se tomó de él, que fue para mí una especie de premio de consolación.

En Boston también tuve que pasar por una prueba. Una tarde me anunciaron que tenía programada una plática en la Junior League, que en esa época estaba integrada por jóvenes de las familias más distinguidas

del país. Me advirtieron que no podían creer que una mexicana pudiese presentarse en un escenario y hablar en inglés sin hacer el ridículo. Me advirtieron también que estaban dispuestas a examinarme de pies a cabeza y a anotar todas las incorrecciones que yo tendría que decir por carecer del suficiente conocimiento en su lengua. Entendí que era un reto y me esmeré tanto en mi presencia física, vestuario y arreglo, como en mi dicción. Quien me invitó me dijo:

—Pon mucho cuidado en lo que dices, en cómo lo dices y en la forma que te presentes, porque van decididas a hacerte objeto de su crítica.

Me esmeré en mi presentación, fijándome en todos los detalles: zapatos, vestido, guantes, bolsa, etc. Me encomendé a Dios diciéndole:

—Ayúdame a no desprestigiar a México.

Y con la seguridad de la asistencia divina, enfrenté serena a mi auditorio. Mientras hablaba, noté la insistencia con que me miraban; algunas se interesaban más por mi presencia que por mis palabras, pero yo sabía que Dios me ayudaría y que mi madre, la Virgen de Guadalupe, me haría triunfar en el desafío. Al terminar la conferencia, nos ofrecieron un té y tuve el gusto de ser felicitada por varias de las participantes tanto por mi inglés como por mi atuendo. Me dijeron algunas: “Nunca pensamos que una mexicana pudiera hacerlo tan bien”. Agradecí los elogios y los envié al Señor y a mi Madre, que eran los que me habían ayudado a dejar bien a México. ¡Gané la batalla a favor del prestigio de mi país!

Aquí como antes en Varsovia, Sofía contribuyó a que se disiparan los no pocos prejuicios que acerca de las y los mexicanos corrían por el mundo. Y eso no fue todo, en el año al que hemos hecho referencia y en otros lugares de Estados Unidos, ella se encontró con algunos otros puntos que señalaban hacia esos prejuicios. Veamos:

Recuerdo otra ocasión en Cincinnati. Al término de una conferencia que di en un estadio al aire libre llamado Cain Park, a la que iban a asistir personas de todos los ambientes, cómo al terminar siempre dejaba yo tiempo para preguntas, un señor se levantó y me hizo la siguiente:

—¿Por qué en México hay tantas iglesias?

Como percibí que su intención era capciosa, le contesté:

—Voy a responder a su pregunta con una pregunta mía: ¿Por qué en Estados Unidos hay tantos bancos? Porque en México adoramos a Dios todopoderoso y aquí pretenden adorar al dólar todopoderoso.

Una experiencia más, un tanto desconcertante, fue la que me hicieron en Chicago, en una de las charlas organizadas en una de las parroquias más ricas de la ciudad. Describía yo las penalidades de nuestras religiosas cuando fueron expulsadas de sus conventos y se me ocurrió indicarles que, en ese tiempo, cuando en la calle veíamos a alguna mujer que llevaba un vestido muy fuera de moda, pensábamos: ‘Debe ser alguna monjita que tuvo que usar el vestido que llevaba cuando entró al convento, naturalmente fuera de la moda por el tiempo que pasó guardado en baúles y maletas’. Al terminar mi intervención, de la parte más lejana del estrado en el que yo me encontraba, levantó la mano un señor y me dijo de entrada:

—¿Puedo hacerle una pregunta muy personal?

Dije:

—Según Bernard Shaw no son las preguntas las indiscretas, sino las respuestas, pero me reservo el derecho de contestar.

Entonces me dijo:

—¿Es usted monja?

Mi contestación fue:

—¿Parezco monja?

Naturalmente, la asamblea soltó una carcajada y el pobre sujeto salió de inmediato de la sala. Realmente, falté un poco a la caridad en ese momento.

Comentamos: ¿esa “falta a la caridad” se debería a que sintió un poco herido su orgullo femenino porque pensó que su atuendo podría estar “fuera de moda”? Tal vez.

Faltaba, sin embargo, algo más:

En Pittsburgh, ciudad del estado de Pennsylvania, me invitaron también a dar una charla en una pequeña universidad femenina, situada en lo alto de un cerro con preciosa vista, sobre los ríos que entrecruzan la población. Al intercambiar impresiones con algunas profesoras al término de la charla, una de ellas se dirigió a mí y preguntó:

—Señorita Del Valle, ¿cuándo usted está en México lleva esta misma ropa? ¿Su traje está hecho en México? ¿Usa alguno especial, como esos que se ven con plumas?

Un poco molesta por una pregunta tan inadecuada y por tanta ignorancia en relación con México, le contesté:

—El traje sí está hecho en México, pero cuando yo llego allá, me pongo plumas, pensando en las plumas que usaba en mis sombreros.

Se asombró de mi respuesta, comprendió su indiscreción e ignorancia y, naturalmente, las jóvenes que me rodeaban se rieron con ganas. Sin embargo, esa ignorancia, creo, se debía sobre todo a la falta de comunicación entre ambos países, así como a la falta de cultura que existía en algunas regiones de Estados Unidos.

Casi al finalizar el año de 1936, Sofía continuaba exponiendo en diversos foros tanto la situación mexicana como la experiencia que se tenía con la obra de Cultura Femenina y la organización de las jóvenes en torno a la JCFM. Tal vez era ahora esta segunda temática la que iba ocupando los espacios en que sus palabras eran escuchadas.

En el estado de Montana, que había sido prácticamente tierra de misión para la Iglesia católica en Estados Unidos, el obispo local le pidió que lo acompañara en la realización de su visita pastoral y que hablara en los lugares por donde ésta tuviera desarrollo:

Durante una gira que hice por el estado de Montana, en compañía del Señor Obispo, que deseaba que el caso de México se conociera en su diócesis, tuve impresiones gratísimas por las diferencias entre los paisajes que yo conocía y los que me tocaron por ese rumbo. A veces tuve sustos por ser un lugar con mucho aire, tanto, que las piedras grandes han sido redondeadas por el viento y dan una impresión muy especial. Ahí vi en los campos búfalos en lugar de vacas, pero lo que más me asustaba era la rapidez con la que manejaba su coche el Señor Obispo cuando el viento lo empujaba de un lado a otro de la carretera.

De regreso de una de las visitas a las pequeñas parroquias, recibí una noticia dolorosa, pero que me hizo valorar la calidad de hombre que tenía ese Señor Obispo: él se encontró con un telegrama del Señor Delegado Apostólico en México, Don Leopoldo Ruiz y Flores, todavía exiliado en San Antonio, en el cual le comunicaba que mi padre estaba seriamente enfermo y que yo debía regresar a México. De inmediato el Señor Obispo

se encargó de conseguir mi pasaje en el tren Pullman y me anunció que debería estar en la estación a las cuatro de la mañana para esperar el paso del ferrocarril. Me ofreció llevarme él mismo a la estación y que a fin de compartir mi pena y ayudarme con sus oraciones, diría misa para mí a las dos de la madrugada, lo cual me conmovió grandemente.

Agradecida por tan valiosa ayuda, me despedí de él en la estación, no sin antes pedirle su bendición. Debería bajarme del tren en Chicago y allí debía tomar otro para seguir a San Antonio, pues deseaba reunirme con el Señor Delegado y recibir sus instrucciones antes de continuar hacia México. Así lo hice y en San Antonio me esperaba en la estación el Señor Delegado con noticias consoladoras, pues me comunicó que, aunque grave todavía, la condición de mi papá había mejorado. Entre otras cosas, le señalé mi preocupación por el paso de la frontera, ya que mi pasaporte es de “Sofía del Valle” y temía descubrir a “la misteriosa Sofía”. Él no mostró preocupación por ello. Me llevó al convento de las religiosas del Verbo Encarnado (Incarnate Word College, en San Antonio Heights) en San Antonio, donde residía. Ahí le conté algunas de mis experiencias y el resultado de lo que se me había encomendado. Me felicitó, me animó y me bendijo, diciendo:

—Ya les avisé a las chicas de Monterrey que va usted a pasar en ese tren para que la esperen en la estación por si algo se le ofrece.

Bastante animada por la bondad que había percibido en Monseñor Ruiz y por la noticia de la salud de mi papá, tomé el tren esperanzada y encomendándome a Dios. Felizmente la revisión de los pasaportes no se hizo en Laredo sino en Monterrey, en donde me esperaban más de un centenar de chicas que al llegar entonaron el Himno de la Juventud y gritaban:

—¡Viva Sofía! ¡Viva Sofía!

Tuve que bajar del tren a saludarlas; la gente se interesó en lo que pasaba y en cuanto anunciaron la salida del tren, subí a él. Para entonces ya se habían retirado los que revisaban los pasaportes, por lo que no hubo identificación de “la misteriosa Sofía”.

Continué mi viaje hasta la capital y tuve la dicha de encontrar a mi papá delicado, sí, pero fuera de peligro. Pude pasar con él un mes en la Quinta antes de regresar una vez más a Estados Unidos, donde en ese tiempo estaba mi principal misión.

Todavía tendrían que venir sobre Sofía, en Estados Unidos, un buen número de experiencias.

Iniciado 1937, el panorama mexicano estaba cambiando con rapidez y en beneficio de un mayor espacio para la realización de las actividades que emprendían las y los católicos. El 7 de octubre del año anterior, el embajador Daniels, que había resistido el embate de quienes lo consideraban poco afecto a la religión e incluso “comunista”, se entrevistó con el Presidente Cárdenas dándole a conocer con suavidad diplomática pero con claridad, de parte de Roosevelt, que si continuaban las restricciones para el libre ejercicio de la religión: “[...] el prestigio de México menguaría entre las naciones de todo el mundo”.

Cárdenas le respondió que: “[...] la disposición de parte del gobierno es de suavizar la aplicación de las leyes severas relacionadas con la religión”.

De hecho así fue: antes de que terminara 1937, el Delegado Apostólico Ruiz y Flores pudo regresar a México como arzobispo de Morelia y la Santa Sede designó como encargado de negocios de la Delegación al recién nombrado arzobispo de México, Don Luis María Martínez. Con él, que había tratado a Cárdenas durante los años que éste fue gobernador de Michoacán, la distensión fue cada vez mayor y tuvo como punto culminante el apoyo que los obispos mexicanos dieron al gobierno con motivo de la expropiación del petróleo, realizada en marzo de 1938. El 31 de octubre de 1936 había muerto

el Padre Burke, quien desde 1925 había estado pendiente de lo que sucedía en México. No obstante, el trazo de su delicada y prolongada labor, empapada de verdadero cariño a las personas, había ya quedado de forma indeleble en lo que sería la nueva situación de las y los católicos en el país del sur.

El interés por conocer la historia de México había aumentado de manera considerable entre el público estadounidense no sólo católico sino abierto. Como antes lo había hecho el obispo Kelley, otro prelado, Joseph Schlarman, de Peoria, Illinois, cerca de Chicago, decidió escribir un libro bien documentado acerca de México. Se trató de *México, tierra de volcanes (Mexico, land of volcanoes)*. Si para Kelley había sido la sangre derramada sobre los altares la que caracterizó su enfoque, para Schlarman era el fuego volcánico lo que definía al país sobre el que dejaba correr su pluma.

Volvamos con Sofía, quien regresó de México a Filadelfia, su “refugio”, al lado de su hermana en el colegio de las asuncionistas.

A mi regreso me encontré con alguna correspondencia en la que me pedían varias pláticas en el mismo Chicago y en sus alrededores. Ahí me ofrecían hospedaje en el convento de las religiosas del Cenáculo siempre que fuera a Chicago. Estando ahí recibí un llamado del Señor Obispo de Peoria, en el que me pedía que fuera a verlo porque deseaba tener información directa acerca de la situación mexicana. Fijamos una fecha y salí para Peoria.

En la estación me esperaba el Secretario del Señor Obispo, quien me llevó a la residencia episcopal. Monseñor Schlarman, después de una corta plática, me indicó su propósito: estaba escribiendo un libro sobre México y la persecución y deseaba tener información directa; por consiguiente, me pedía que pasara una semana en su casa y me dedicaría todo su tiempo libre a pedirme los informes que deseaba. De hecho, tres horas por la mañana y como cuatro o cinco en la tarde, y en la noche nos pasábamos él preguntando y yo contestando para que tomara notas. La misa la decía

a las siete de la mañana, después seguía el desayuno, me dejaba una hora libre para visitar algún lugar de Peoria y regresar a las nueve a la casa. El almuerzo era a la una de la tarde y en él cambiábamos impresiones sobre distintos puntos que a él le habían interesado o cuyo significado no había captado con claridad. A las cuatro de la tarde reanudábamos nuestras sesiones, que se prolongaban hasta las ocho o nueve de la noche. Terminada la misión con él, me obsequió unos cuantos dólares para Cultura Femenina y regresé a Chicago para continuar con el cumplimiento de mis compromisos. No tuve mayores noticias sobre el Señor Obispo hasta la publicación de su libro *Mexico, land of volcanoes*, que tuvo mucha circulación en los Estados Unidos.

Por estas fechas, dice Sofía:

El interés por México había cundido y las maestras que tuve el gusto de conocer en Chicago me invitaban con frecuencia para hacerme preguntas. En una de tantas sesiones me encontré con las Señoritas Doniat, tres hermanas bien asentadas en la religión católica, dedicadas totalmente a la educación en diversos niveles. Con bondad me ofrecieron su casa como centro de contacto y reunión con el elemento magisterial de esa ciudad, Ahí pasé semanas muy llena de trabajo, pero también de satisfacciones por la calidad humana de las personas que conocí, con quienes intercambiábamos ideas sobre la forma de buscar un entendimiento provechoso entre nuestros países, ya que nuestra civilización hispana, que viene de tantos siglos ofrece valores grandes desde el punto de vista cultural y ellos, como buenos sajones, poseen virtudes prácticas de las cuales nosotros carecemos.

Poco después me invitaron a ir a Springfield, Massachusetts, a fin de dar una conferencia en el Springfield College. Ahí se presentó uno de los momentos más difíciles para mí, pues ya me habían advertido que algunos consulados mexicanos en Estados Unidos habían recibido órdenes de localizarme. Ya el Padre Wilfrid Parsons, director de la revista *América*,

editada por los jesuitas de Nueva York, me había advertido que debía extremar precauciones y por eso me repitió que no aceptara ninguna conferencia en español ni publicidad en los periódicos.

La invitación al colegio de Springfield resultaba un compromiso difícil, ya que se daba mucha publicidad al acto y querían entregarme, después de mi intervención, la medalla que otorgan a la mujer que se hubiera distinguido en alguna forma durante el año y yo había sido elegida como receptora para esa ocasión. Un tanto angustiada, me puse en contacto con el sacerdote que me había notificado tanto la invitación como la entrega de la medalla. Tuve que darle las explicaciones relativas a mi seguridad y le manifesté que dado que la publicidad era parte importante del programa anual del colegio, era preferible que escogieran a otra persona. De manera terminante me dijo:

—No. A usted la hemos escogido y haremos cuanto nos indique para su seguridad. Este año no habrá publicidad ni en los periódicos ni en la radio ni en ninguna otra parte, pero usted recibirá la medalla.

Agradecí el bondadoso interés que me manifestaba, acepté la fecha para la conferencia y me ofrecieron alojamiento en el colegio. Me indicaron el tren que debía tomar y la hora de su salida, asegurándome que me estarían esperando en la estación. Al llegar, un caballero entró al tren y con mucha suavidad dijo:

—¿Miss Del Valle?

Me levanté enseguida, fui hacia él y me dijo:

—Venimos de parte de Monseñor para llevarla al colegio.

Al bajar del tren me encontré con seis señores que me dieron la bienvenida y con dos agentes de la policía. Me subí a un coche y al poco

tiempo llegamos al colegio. Ahí me esperaban las religiosas. En cuanto las saludé, me rogaron que subiera por una escalera al cuarto que me tenían preparado. Me dijeron:

—Nadie la molestará. En su cuarto le serviremos los alimentos y cuando llegue la hora de su participación, vendremos por usted.

Tranquilizada por las precauciones que habían tomado, descansé y ocupé el tiempo en organizar mi pensamiento para la conferencia que debía dar esa tarde. Cuando llegó la hora, dos religiosas fueron a buscarme a la habitación y antes de que entrara al auditorio me detuvieron un momento. Monseñor, que presidía el acto, se dirigió al micrófono y preguntó si en la concurrencia había algún periodista pues rogaba que si lo había se retirara, pues el acto era privado. Dos hombres salieron y, ya seguros respecto del público, me introdujeron al auditorio. Un tanto impresionada por los detalles de seguridad que habían tomado, subí al estrado y empecé a hablar. Al principio había un silencio respetuoso y más adelante, grandes aplausos. Los presentes se mostraron interesadísimos y muchas personas pidieron permiso para hacer preguntas, a las que contesté con precisión y agradecimiento. Al terminar, tomó la palabra Monseñor, hizo un cálido elogio de los católicos mexicanos por su actitud de defensa de su fe, dirigió otras elogios a la conferencista y, acto seguido, la Superiora del colegio se levantó y me hizo entrega de la medalla, que conservo como recuerdo de la labor que por la gracia de Dios pude llevar a cabo en esa época.

Al día siguiente, regresé a Nueva York y me alojé en el Cenáculo, donde siempre fui recibida con bondadoso afecto.

Mi llegada ahí fue oportuna. Se realizaba una reunión general de socias de la Juventud Femenina Católica Iberoamericana. El programa consistía en una misa solemne celebrada por Monseñor Mac Clafferty, que era el asistente eclesiástico del grupo, después un desayuno al que seguía una visita al convento de la Madre Francisca Javier Cabrini, la “madre de

los inmigrantes”, entonces aún no beatificada. Fue un día de regocijo y contenido. Nos fue relatada la vida de esa mujer de origen italiano que, preocupada por la situación de sus compatriotas en algunos rumbos de la gran ciudad de Nueva York, se dedicó a ayudarles y a ofrecerles oportunidades de educación y de formación religiosa a fin de que pudieran ser elementos valiosos en la comunidad. Se tomaron fotografías del grupo y terminó el día con una visita al convento de la Madre Rosario Daubon, la puertorriqueña, donde recibimos la bendición del Santísimo Sacramento. Fue la última vez que me encontré con ese grupo que guardaba cariño y agradecimiento para el Padre Miranda y para mí, por haber iniciado una organización que les fue útil y grata. Varias de esas jóvenes regresaron a sus países y organizaron la Juventud Católica en sus parroquias o si ya existía, se unieron a ella.

Sofía recuerda con afecto sus labores en Nueva York, Filadelfia y Chicago. Su contacto con la gente de Boston dejó impresa en ella huellas indelebles, según lo cuenta. De su acción en esa ciudad narra varias anécdotas que aquí referimos:

Boston fue para mí un centro de bendición, ya que tanto la colaboración del Cardenal O’Connel como la de su sucesor, el Cardenal Cushing, fueron muy efectivas en la parte económica, pues ayudaron con generosidad al sostenimiento del Instituto Superior de Cultura Femenina que, con subidas y bajadas, cambios violentos de domicilio y otras peripecias, seguía funcionando en México. La familia que me hospedó era una de las principales de la ciudad entonces y la Señora Donnelly, viuda con cuatro hijos ya mayores, fue para mí una verdadera amiga y colaboradora. Su hija mayor, Mayleen, vino a ser como una hermana. La casa suya fue mi casa cuando me encontraba en Boston y fue también centro de varias reuniones que se realizaron con el objeto de conocer la situación de México y algunas pláticas para grupos selectos.

El Cardenal O’Connel, hombre severo que de refugiado irlandés había llegado a arzobispo de Boston por su talento y energía, tenía mucho

interés en la labor que desarrollaban las señoras. Se interesó mucho por México y su dolorosa situación y con frecuencia me invitaba a darle las noticias más recientes. Me recomendó que cada vez que llegara a Boston fuera a verlo.

Mayleen Donnely me había advertido que el Cardenal era exigente en cuanto al atuendo y apariencia de las mujeres y a la vez, me habían dicho que estaba perdiendo la vista. Yo procuré ajustarme siempre al ambiente en el que me encontraba y procuraba pintarme las uñas aunque en colores muy pálidos para que no pensarán que las mexicanas no estábamos al corriente de la moda. Un día que fui a visitar al Cardenal O'Connel, me olvidé de ponerme los guantes que llevaba siempre conmigo para que no llamara la atención el detalle de las uñas pintadas. Segura de que estaba perdiendo la vista, pensé que no notaría el pálido color que llevaba. Pero después de un rato de charla me dijo:

—Le voy a hacer una pregunta muy personal. ¿Por qué se pinta usted las uñas?

Comprendí mi equivocación respecto a su ceguera parcial, al no guardar los guantes. Como contestación, le manifesté que lo hacía para conformarme al ambiente en que estaba trabajando. Enderezándose en su sillón, me dijo:

—Usted no debe confirmarse, debe dirigir.

De esa manera quiso decirme, según entendí, que tendría que dar ejemplo más que seguir la moda. Un poco confusa le agradecí la recomendación y al llegar a casa le dije a mi querida amiga:

—Te equivocaste en lo de la ceguera del Cardenal; notó enseguida el color de mis uñas... y le conté lo sucedido. Naturalmente, no volví a olvidar mis guantes.

Continúa Sofía recordando a la gente de Boston, arraigada en su memoria por su valía:

Unas de mis grandes colaboradoras en Boston fueron Elizabeth Loughran y Mary Loughlin. Eran dos profesoras que compartían una vivienda y que eran católicas a carta cabal. Recuerdo agradecida que ellas también me recibieron algunas veces en su apartamento y conviví con ellas, lo que me permitió valorar todo su saber y su exquisita espiritualidad. Eran muy distintas tanto en lo físico como en el carácter y pasé muy buenos ratos con ellas. Eran dos mujeres disímbolas pero encantadoras. La Señorita Laughlin era profesora de historia de América Latina y había viajado algunas veces a México en busca de documentación y también había estado en España con el mismo objeto. Amenas en su conversación y en sus dichos, recuerdo que un día íbamos por la calle cuando se acercó un mendigo a pedir limosna “para una taza de café”. Mary enseguida abrió su bolsa y le dio una peseta. Seguimos caminando y Elizabeth, indignada, le dijo:

—Mary, ya sabes que esa peseta se la va a beber en licor.

Mary con mucha suavidad le contestó:

—Pues mira, el Señor dijo: ‘dar de beber al sediento’ y no mencionó la clase de sed. Yo por eso le di una peseta.

Solté una carcajada y le dije:

—Tienes razón, Mary, más vale darle al que pide y no negarse, pues no se puede estar seguro de qué clase de sed tiene.

Elizabeth se indignó y dijo:

—Es que así fomentan la bebida.

Yo le contesté:

—El hombre en realidad no tenía aspecto de borracho. A lo mejor tenía sed del café para el cual pidió la limosna.

Elizabeth era una despistada, a pesar de su impericia manejaba su coche por orden del médico, quien le había indicado la conveniencia de hacerlo a fin de que dominara su sistema nervioso. Por eso, a pesar de todo, ella se empeñaba en llevarme a muchos lugares cercanos y yo lo aceptaba como una colaboración mía a su mejoría pero, por aquello de las dudas, encomendaba mi alma a Dios cada vez que salíamos en su vehículo. Para ella he guardado siempre cariño y agradecimiento profundo. Ella fue la que inició los grupos que se interesaban por mi labor en Estados Unidos y que se establecieron en distintas partes del país para organizar mis pláticas. El Señor le ha de pagar cuanto hizo por México, por la Iglesia y por mí.

Acerca de sus amistades en Nueva York y en la cercana población de Newark, Sofía tiene también gratas memorias, principalmente de quienes pertenecían a asociaciones católicas que tenían gran actividad no sólo en el terreno religioso sino también en el social. Recuerda toda la ayuda que le dieron la cual, cuando era de índole económica, la remitía a México a fin de contribuir con la obra del Instituto Superior de Cultura Femenina, que siempre tenía necesidades. Ella trataba, como lo dice, “de tener los menores gastos posibles”.

Varias veces me invitaron a hablar en la Federación Internacional de Ex alumnas Católicas (*Catholic Alumnae*) de la que era Presidenta la Señora Elizabeth Brennan, esposa de un juez de la Suprema Corte de Justicia. Ella editaba un boletín para la organización y tenía su oficina en la calle 28 Este. Era un lugar amplio que contaba con un lugar para dormir, cocina y baño completo. Me ofreció la parte habitable de la oficina y ese lugar fue centro de mis actividades muchas veces cuando llegaba a Nueva York. Era un sitio muy bien situado por la facilidad de comunicaciones que

tenía, pues estaba a una cuadra de la Quinta Avenida. Fue para mí un verdadero refugio, al que llegaba después de mis viajes cortos o largos por distintos lugares de los estados limítrofes a esa gran ciudad. Allí recibía correspondencia, dormía algunas veces algo inquieta cuando llegaba tarde de alguna reunión, pues la casa era un edificio de cinco pisos y yo estaba en el segundo. Más de una vez, antes de acostarme, recorrí la casa para ver si todas las ventanas estaban bien cerradas, pues temía que alguien se hubiese escondido en el apartamento. Sin embargo, mi confianza en Dios y mi cansancio, me hacían dormir bien en toda ocasión.

La amistad de la Señora Brennan fue de lo más grata. Era ella profundamente católica y, además, había tenido experiencias muy interesantes en su vida. Originaria de Indianápolis, era hija de un matrimonio protestante y cuando murió su mamá tenía un hermano aún niño, de ocho o nueve años. El papá, hombre de negocios, cuando quedó viudo trató de solucionar su viudez: al chico lo dejó en casa de sus hermanas solteras y a ella la metió en un colegio católico de monjitas, pensando que ellas sabrían darle la atención y el cariño que necesitaba. Rogó, sin embargo, a la superiora de la casa que le conservaran su religión. Ella, impresionada por la frágil salud de la niña, encargó a una joven religiosa el cuidado de esa criatura, en realidad carente de familia, pues podía considerársela huérfana, ya que su papá la veía solamente una vez al mes. La religiosa se interesó mucho por ella y en las noches, cuando la llevaba al dormitorio, le decía:

—Reza lo que tu mamá te enseñó a rezar. Pero tú y yo vamos a rezar un Ave María juntas por ese muchachito que no sabemos dónde está, pero que algún día será tu esposo.

La chica permaneció varios años con las religiosas, recuperó la salud, terminó su secundaria y a los 17 o 18 años su papá la llevó a vivir con sus tías. Empezó entonces a gozar de la vida de familia, ya que algunas veces venían a comer a la casa su papá y su hermano. Sin embargo, su naturaleza

resintió esos cambios y empezó a enfermarse. Una de las tías la llevó a casa del médico de la familia a fin de que le hicieran un reconocimiento y le recetaran algunas medicinas pero, cosas de la Providencia, al salir la joven del consultorio, el médico que no era el que ordinariamente atendía a la familia, sino un joven doctor que lo suplía durante las vacaciones, la vio, se impresionó con la muchacha y se dijo para sí “con esta muchacha me caso yo”.

Pasó el tiempo, se hicieron novios y un año después se casaron; él era católico y ella protestante, educada por monjitas. La actitud del joven médico como esposo agradó grandemente a la joven; ella lo admiraba por su lealtad, su afecto y todas las atenciones que tenía para con ella y poco a poco se fue interesando en la religión de su esposo. Se decía: “Una religión que produce un hombre como éste tiene que ser buena”.

Después de pensarlo bien, se decidió a hablar con el sacerdote de la parroquia a la que pertenecía su esposo y le indicó su deseo de saber algo más acerca de la religión católica. Al terminar su instrucción, preguntó si podía recibir el bautismo y sin que nadie de su familia lo supiera, se hizo católica. Nada había dicho tampoco a su esposo de asunto tan importante, pues deseaba sorprenderle.

Un viernes primero de mes ella, que siempre acompañaba a su esposo a la iglesia pero no recibía la comunión, dejó que él saliera de la banca y se dirigiera al comulgatorio. Detrás de él, sin hacerse notar, salió ella y ya en la mesa de la comunión se colocó al lado de su esposo. Al distribuir la comunión el sacerdote, él la recibió y con gran sorpresa vio a su esposa recibirla también al lado suyo. La miró sorprendido y entonces ella, nada más con un movimiento de cabeza le indicó que sí, que ya era católica. Emocionados salieron de la iglesia y fueron a festejar con un desayuno este hecho tan importante en la vida de ambos. Ella le dijo:

—Es que pensé que una religión que puede producir un hombre como tú valía la pena estudiarla, me preparé y ahora somos ya un matrimonio católico.

Tanto le había impresionado a Sofía la historia de esta familia que le dedicó muy buen tiempo a exponerla. Continuó:

Felices pasaron los años en Indianápolis, él practicando su profesión de médico y ella ocupándose de los asuntos del hogar. Un buen día ella se le acercó y le dijo:

—John, yo querría decirte algo, pero me da miedo ofenderte.

Él, sorprendido, le preguntó:

—¿Por qué?

Y entonces, para su gran sorpresa, escuchó estas palabras de su esposa:

—Mira, John, yo pienso que tú nunca serás un gran médico, pero que si te decidieras a estudiar abogacía serías un magnífico abogado y yo estudiaría la carrera contigo.

Para entonces, ella había dado a luz a una niña, pero poco después murió la pequeña y la señora quedó inutilizada para la maternidad. Se había, pues, concentrado en el cariño de su esposo y había, al mismo tiempo, iniciado la carrera de leyes que le interesó mucho. Como buena observadora, dado que tenía gran intimidad intelectual con su marido, pudo darse cuenta de la capacidad que él tenía para ser buen abogado. El médico reaccionó primero desfavorablemente, pues le parecía que teniendo ya una clientela asegurada, lanzarse a estudiar una nueva carrera y tener que dejar un sistema de vida ya establecido, era correr

una aventura. Sin embargo, la insistencia de su esposa y el hecho de que se ofrecía a estudiar con él a fin de que ambos fueran abogados, le hizo ceder, y los dos empezaron a estudiar la carrera de leyes.

La cultura de uno y otra les facilitó el camino y los dos, al concluir sus estudios, se recibieron de abogados. Este cambio sorprendió mucho al ambiente social en el que se desenvolvían, pero el ahora abogado recibió muy buenas ofertas de distintos bufetes que le ofrecían puestos bien remunerados. Su habilidad para la profesión, que había sido descubierta de modo intuitivo por su esposa, lo hizo distinguirse muy pronto y frente a las oportunidades que tuvo, decidió trasladarse a Brooklyn, Nueva York y establecerse allí. El antes médico y ahora abogado, resultó tan brillante que en pocos años estableció la carrera de abogacía en la Universidad de Brooklyn, con gran satisfacción de su esposa y magnífica remuneración económica. Sin embargo, no todo terminó ahí. El juez John Brennan fue llamado a ocupar un puesto en la Suprema Corte de Justicia. El señor Brennan no se había equivocado: su marido fue uno de los principales y más afamados jueces de la Corte.

Especial recuerdo guardó también Sofía de una persona y una obra singulares: el Padre Keller y la organización The Christophers (Portadores de Cristo). Sobre este punto dejó este testimonio:

En forma casi providencial, conocí al Padre Keller, fundador de una organización llamada The Christophers, original ideal pensada como medio para obtener algo que muchas veces desatendemos: las inspiraciones que el Señor nos da para hacer algún bien o evitar algún daño y, en el fondo, como él lo decía, “que la verdad iluminase al mundo”. Como ejemplo de la manera como ilustraba su dicho, cito un ejemplo que llevó a cabo en una gran ciudad de Estados Unidos: después de hablar con amplitud acerca del poder de los pequeños actos de la vida en un auditorio de más de 10 mil personas, pidió que se apagaran las luces del lugar y enseguida solicitó a todos los que llevaran cerillos que los encendieran: el estadio quedó de

nuevo iluminado con los múltiples cerillos que se prendieron en el gran espacio. Fue una magnífica prueba de lo que una luz pequeñita, unida a muchas más de ese tamaño, puede tener un impacto increíble. Gran impresión causó esta prueba evidente de la fuerza de los pequeños actos humanos para la configuración de la verdad y del bien, que no son simples ideas sino realidades que podemos tocar con nuestras manos y ver con nuestros ojos.

Al respecto reflexiona Sofía:

Si todos cooperáramos a que la verdad iluminara al mundo, lograríamos que la verdad superase al error en el mundo en que vivimos.

Procuré entrar en contacto con el Padre Keller, pues su idea me parecía encantadora y como una especie de motor para la acción sin desánimo: actuar siempre que una idea buena venga a la mente y ayudar de esa forma a que la verdad se extienda por el mundo en la lucha contra la mentira, que tantos medios tiene para difundirse. Unos años más tarde, lo invité a venir a México y tuvimos el gusto de que asistiera a una de nuestras reuniones que llamábamos Asambleas de la Juventud Católica Femenina Mexicana. Me felicitó en esa ocasión por la obra y alabó el esfuerzo que realizaba la JCFM a favor de la verdad mediante sus actividades en los distintos niveles en los que se encontraba organizada.

En relación con los recuerdos de sus experiencias y trabajos en Estados Unidos que dio a conocer tiempo después, nos permiten a la distancia reconocer más de un aspecto singular del catolicismo estadounidense, que convivía en paz dentro de una sociedad plural y crecía en sus instituciones y que, por ello mismo, no sin extrañeza al principio, se hizo fuertemente solidario con los sufrimientos ocurridos en otros países. Este catolicismo, como lo hemos palpado en el ejemplo del Padre Coughlin y del Padre Keller, asumía de vez en cuando cierto carácter de espectáculo, crítico de muchas políticas gubernamentales y asomándose al mundo con un corazón abierto a la bondad.

Dejemos que nos narre otra anécdota, relacionada con The Christophers, que refleja la preocupación, durante los años de su estancia en Estados Unidos, que tenía mucha gente en relación con la Rusia Soviética, sus doctrinas fundadas en el ateísmo y sus posibilidades de expansión por el mundo:

Para estimular a no dejar pasar las inspiraciones que Dios nos envía, relato este episodio: Una refugiada rusa que vivía en Nueva York y que trataba de difundir la verdad sobre las injusticias que pasaban en su patria, fue localizada por la policía rusa que deseaba, por la fuerza, regresarla a su país de origen. Ella, sabedora de las intenciones de los que, a pesar de ser rusos, tenía que considerarlos como enemigos, había llamado a un cuerpo de abogados para que le impartieran protección. La noticia apareció en varios periódicos, entre ellos en uno de Boston que cayó en manos de una señora perteneciente a The Christophers. Le vino de inmediato la idea de que algunos abogados que ella conocía podrían hacer algo por esa mujer; su mismo esposo era abogado y estaba en Nueva York, donde la mujer residía escondida. Les llamó por teléfono, les contó la solicitud que hacía la rusa y les pidió que, junto con algunos colegas, intervinieran en el asunto. El grupo de abogados que se formó entró en contacto con la policía neoyorquina, localizaron el escondite de la víctima y se acercaron al lugar con la debida discreción. Cuando llegaron, casi coincidieron con los agentes soviéticos que entraron al departamento por una ventana que daba a la calle. Sin embargo, cuando la mujer oyó que tocaban a su puerta y el esfuerzo de los esbirros por entrar a su habitación, de inmediato abrió la ventana y se tiró por ahí. Felizmente, una trama de alambres detuvo su caída, si bien finalmente fue a dar al suelo. Para entonces ya estaban ahí los policías de Nueva York quienes la recogieron de inmediato y la llevaron al hospital. Le reconocieron algunas fracturas en distintas partes de su cuerpo, pero a los dos meses salió sana y salva del hospital. Tuvo, desde luego, que buscar un nuevo refugio en otra población para despistar a quienes la buscaban con insistencia para que dejara de hablar. Después de algún tiempo se relató el hecho en los periódicos y ella, sin saber a

quién dirigirse de forma personal, agradecía que hubiera habido quienes se preocuparan por salvarla, pues los soviéticos tenían ya listo el medio de transporte para enviarla de regreso a Rusia, donde difícilmente podría haber salvado la vida.



Sofía del Valle con miembros de la Junta Central de la Acción Católica Mexicana.

Primera fila de izquierda a derecha: Sergio Ochoa, Carlos Garcinava, Monseñor Rafael Vázquez Corona, Monseñor Rutilio S. Ramos, Dolores S. de Gutiérrez, Graciela Corro y Miguel Ángel Portillo.

Segunda fila de izquierda a derecha: José Sáenz Salas, Luis Beltrán y Mendoza, Sofía del Valle, Alma Lucía Claisse, María Luisa Arguinzonis, Ma. de la Luz Gallegos, Juana Arguinzonis, Laura Plata, Teresa Abdala, José Antonio López Santibañez y Laura Elena Cuadriello.

Tercera fila: Carmen Turnbull, Carmen Roncal, Dr. Aurelio Arratia y otras personas.

Amistades sólidas

Conforme la situación en México mejoraba para las y los católicos y, aunque con restricciones, temores y, sobre todo, con inseguridad jurídica, muchas obras reanudaron sus quehaceres. Entre ellas, desde luego, el Instituto Superior de Cultura Femenina, dirigido de tiempo atrás por Sofía del Valle y ligado a la JCFM.

El sostenimiento económico no era fácil y para ello Sofía continuó con sus viajes a Estados Unidos para dar conferencias y, de esa manera, obtener ayuda que sirvieran a ese fin. He aquí sus palabras:

Como el Instituto vivía de la asistencia de la Providencia y de mis viajes a Estados Unidos para dar las conferencias periódicas que tenían como objeto primordial dar a conocer la situación en México, un buen día, a mi llegada a Cultura, me buscó nuestra tesorera, Clemencia Aristain, maravillosa por cierto y a quien siempre le viviré agradecida.

Me dijo:

—Sofía, ya están muy bajos los fondos. Tendremos, si acaso, lo suficiente para la renta de este mes.

Eso quería decir que tenía yo que pensar en irme a Estados Unidos. Hasta cierto punto, sorprendida, le dije:

—No tengo todavía programa preparado para las conferencias de este año, pero de todas maneras iré y que Dios me ayude. Para tranquilizarla, le dije también: —Ya sabes que tenemos amigos en tal banco y si es

necesario, nos harán un pequeño préstamo. De todas maneras, voy a preparar mi viaje.

Como me había tomado por sorpresa, yo no había tenido tiempo de revisar la correspondencia. Entre las cartas venía una de San Antonio, Texas, con una dirección desconocida para mí. La abrí precipitadamente y pensé: “A lo mejor aquí viene la respuesta de la Providencia a nuestras necesidades”.

Y efectivamente: era una carta de una señora de Nueva York que se encontraba por unos días en San Antonio para visitar a un hijo que estaba en el campo de entrenamiento para los soldados que existe en esa ciudad. Me decía que había viajado con el fin de ver a su hijo y que, para pasar el rato, se había traído unos libros. Entre ellos, uno era sobre la situación de México, escrito por un profesor de la Universidad de Notre Dame que había estado en el país. En uno de los capítulos hablaba de la labor cultural que estaba desarrollando el Instituto, mencionaba mi nombre y manifestaba que las jóvenes mexicanas se estaban preparando para realizar una labor apostólica que urgía en esos tiempos.

La señora me indicaba que había comprendido las dificultades económicas con que se trabajaba, que deseaba cooperar en alguna forma y que me enviaba un cheque por cuatrocientos dólares. Mi alegría fue grande, llamé a Clemencia y le dije:

—Ya no me voy. Aquí está la respuesta de la Providencia. Les conté a las chicas lo sucedido y todas juntas dimos gracias a Dios por su oportuna asistencia. En la carta me indicaba la señora que en el viaje próximo que hiciera yo a Nueva York la buscara, pues ya estaría de regreso de San Antonio, que deseaba conocerme y tener más detalles de la labor que desarrollaba.

Cuando fui a Nueva York la busqué en su casa de Park Avenue. Recibí una cordial bienvenida y se interesó tanto en nuestra labor que decidió viajar a México en cuanto tuviera oportunidad. Durante mi estancia en

Nueva York, me presentó a una amiga suya muy cercana, esposa de un acaudalado hombre de negocios que tenía una magnífica propiedad en Far Hills, Nueva Jersey. Se llamaba Natalie y era de ascendencia española. También se interesó mucho en la labor que desarrollábamos en México. Natalie, muy cordial, me invitó a su casa en cierta fecha que fijamos y me pidió que fuera en un fin de semana para que pudiese quedarme algunos días con ellos. Me indicó la forma en que debía llegar a su casa: primeramente en tren de Nueva York a Newark y que allí me esperaría en su coche. Quedé sorprendida de la belleza que encontré en el camino a Far Hills: recorrimos lomas, vi saltar venados y al fin llegamos a su residencia. Me recibió el mayordomo impecablemente vestido y me introdujo a la casa. Fui recibida con gran alboroto tanto por la señora como por su esposo, que era nada menos que un descendiente de los hugonotes franceses de nombre Stivesant Pierpoint, ya entrado en años, muy agradable, que sufría una pequeña cojera producida por una reuma. La casa era preciosa, amueblada con muy buen gusto estilo francés y en medio de un maravilloso jardín perfectamente cuidado.

La segunda noche, cuando nos preparábamos para la cena, llegó una visita: la Marquesa de Mohernando. Ella cenó con nosotros. Era una mujer muy simpática y fogosa que nos entretuvo con sus cuentos durante la cena. Al terminar decidieron que íbamos a jugar bridge. Yo sentí que se me bajaba la sangre a los pies, porque el bridge lo había aprendido y jugado cuando estuve en Inglaterra a los dieciocho años, pero no lo había vuelto a jugar. No me atreví a decir que no lo recordaba porque hubiera sido echar a perder el proyecto. Me encomendé a Dios y al repartir las cartas me tocó de compañera nada menos que la Marquesa, Dios me ayudó y el resultado fue que ganamos la Marquesa y yo, cosa totalmente inesperada para mí.

Recuerdo gratamente la última comida que tuvimos, no en el comedor de la casa, sino debajo del árbol más alto y más hermoso que he visto en mi vida: la mesa estaba como una media luna alrededor del árbol y las ramas caían de tal manera que nos sentíamos cobijados por esas

ramas que casi tocaban el suelo. Nunca podré olvidar la belleza que pude apreciar ese día único.

Nuestra amistad sirvió para que tanto Natalie como el Señor Pierpoint vinieran a México. Le sugerí que, dada su enfermedad reumática, pasara unas semanas en San José Purúa. La Señora Pierpoint llegó antes con su amiga Augusta Tilney. Ellas se interesaron mucho en conocer la Basílica de Guadalupe. Las llevé y coincidió el rato en que estuvimos con la llegada de un grupo de indígenas que venía a visitar a la Virgen. Ambas quedaron muy impresionadas de la fe de esta gente y Natalie decidió, cuando terminaron de pasar los indígenas que entraron de rodillas, hacerlo también ella para pedirle a la Virgen la conversión de su esposo. Me despedí de ellas cuando partieron para su tierra. Natalie me dijo:

—Tengo que venir con Stivesant.

De hecho, al año siguiente me anunció su venida en compañía de su esposo para pasar unos días en San José Purúa. Me invitaron para que fuese con ellos al balneario y cuando salíamos de la ciudad, me dijo Natalie en voz baja:

—Procura que pasemos por la basílica; me gustaría que Stive la visitara.

Cuando nos acercábamos por el camino le indiqué al señor:

—¿Podríamos detenernos un momentito para que conozcan el centro de la vida religiosa de México?

Aceptó. Le dieron instrucciones al chofer y llegamos a la basílica. Entramos y él se sentó en una de las bancas más cercanas a la salida. Nosotras nos acercamos al pie del altar mayor y allí rezamos con gran fervor pidiendo la conversión del Señor Pierpoint. Al regresar para unirnos con él, me dijo:

—Yo me pregunto si en la iglesia de San Patricio en Nueva York se permitiría que gentes como éstas entraran a la iglesia.

No contesté y seguimos nuestro viaje al balneario. Nos instalamos en una de las cabañas y el Señor Pierpoint se quedaba asombrado cuando nos traían por la mañana el desayuno, de ver la variedad de frutas en una charola preciosamente presentada, algunas de ellas totalmente desconocidas en el norte de Estados Unidos. Se sorprendía también de algunos platillos, como las quesadillas de flor de calabaza... Una mañana, después del desayuno, charlábamos un rato y me hacía diversas preguntas relacionadas con la vida del país. Abordamos el punto de la religión y él me dijo:

—Yo no sé cómo ustedes los católicos pueden adorar a María.

Me le quedé mirando y le contesté:

—Nosotros no adoramos a la Virgen María, está usted equivocado, no adoramos más que a Dios. Veneramos a la Virgen y el culto que se le da es de “hiperdulía”. A los santos les damos el culto de “dulía”.

—Ah, me dijo sorprendido, qué bueno que me aclara eso.

Después supe por Natalie que esa era su gran objeción al catolicismo. Terminada nuestra estancia en San José Purúa, regresamos a México y me dijo Natalie:

—Ha sido un viaje provechoso, a Stive le impresionó mucho la fe de los mexicanos.

Regresaron a Estados Unidos y al año siguiente recibí carta de Natalie anunciándome el fallecimiento de su esposo y me decía:

—Ganamos la batalla, Stive murió como católico.

Como ha podido descubrirse, Sofía cosechó buenas y sólidas amistades, sobre todo en Estados Unidos. Tejió una red que, como puede también descubrirse, no tuvo sólo como frutos apoyos económicos para sus obras a favor de la juventud femenina, sino que ayudó a un acercamiento entre dos pueblos vecinos: México y Estados Unidos.

Es evidente que la peculiar coyuntura histórica de la persecución a las y los católicos, favoreció la solidaridad del otro lado de la frontera y formó la conciencia de que había vínculos que, más allá de las nacionalidades y de las tradiciones y orígenes diferenciados, exponían un origen común de la humanidad entera y una fraternidad que brotaba de la común herencia católica. En la forma como Sofía narra las anécdotas, se nota su fe profunda, esa cualidad que le da a las personas una especie de “visión de rayos X” por la que se perciben no únicamente los hechos y acontecimientos como realidades humanas, sino bajo la mirada de alguien que trasciende la cotidianidad y se encuentra al mismo tiempo en su corazón, como un Padre providente. Así tiene que ver un cristiano a Dios, no ajeno a las diarias preocupaciones de este mundo, sino involucrado en la historia de todos, respetuoso de la libertad y por ello a veces lejano en apariencia o negado por algunos.

En 1939, mientras en México la paz parecía haber llegado para quedarse, en Europa el espectro de la guerra se encontraba de nuevo presente, sembrando daños, dolor y lágrimas en mucha gente. España estaba saliendo de una prolongada y sangrienta guerra civil en la que una facción había proclamado la victoria, pero dejando demasiados rencores y en espera de represión y más dolor. Una de las hermanas de Sofía había soportado la guerra en Madrid y sufrido primeramente el temor a ser lastimada por su convicción católica y después por el prolongado sitio de Franco a la capital española.

Por este tiempo, los polacos tuvieron también que padecer severos sufrimientos, pues el suyo fue el primer país invadido por los nazis al estallar la Segunda Guerra Mundial. Mucha gente tuvo que salir de ahí a consecuencia de la invasión y sus secuelas. Siendo un país mayoritariamente católico, acudieron allí las

agencias católicas de auxilio, entre ellas la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos de Norteamérica (*National Catholic Welfare Conference*, NCWC), con sede en Washington, la más importante y la que tenía mayores recursos para ayudar. Había sido dirigida desde los años de la Primera Guerra por el Padre John J. Burke, fallecido en 1936, y continuaba sus tareas benéficas bajo Monseñor Ryan, su sucesor. Sofía se había relacionado bastante con esa institución y con su personal e incluso, como también se ha dicho páginas atrás, muchas veces ella se hospedó en el convento del Cenáculo o en la Escuela de Trabajo Social en Washington, relacionados con la NCWC.

Escuchemos a Sofía del Valle:

Estuve muchas veces en Washington, y siempre que iba allí visitaba las oficinas de la NCWC donde encontré a una trabajadora social llamada Eileen Egan, a quien conocía desde tiempo atrás y con quien había hecho muy buenas migas. Era una mujer muy apostólica que se interesaba de modo particular en la situación de los seminaristas. Nos veíamos con alguna frecuencia y nunca nos faltaba tema de conversación.

Sucesos distantes volvieron a reunir a las amigas.

El primero de septiembre de 1939 Alemania invadió el territorio polaco dando así comienzo a la desastrosa Segunda Guerra Mundial. En virtud de un pacto secreto entre la Unión Soviética y el régimen nazi, la ocupación del país la haría el ejército soviético. A partir del 17 de ese mes, la ocupación comenzó con severos daños a la identidad del Estado polaco y a la seguridad de sus habitantes, frágil en otros tiempos, pero que desde 1920 parecía mucho más estable.

Lo que a continuación voy a exponer, siguiendo casi literalmente las palabras de Sofía, es un caso del que no existe memoria en México. Se ha escrito y conmemorado mucho la acogida que en México se dio a refugiados españoles, pero poco o nada se sabe acerca de los polacos que llegaron a nuestro país huyendo de la invasión soviética a su país al comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Dice Sofía:

Estando en México en 1940, cuando ya mi padre había fallecido, llegó un día Eileen de sorpresa. Me contó que el Premier de Polonia, amenazado por los rusos que se habían aliado a Hitler, estaba buscando asilo provisional para grupos de compatriotas en distintos países en donde pudieran vivir agrupados y conservando sus propias costumbres a fin de poder regresar después a su patria sin perder la identidad. México, por medio de su gobierno, fue uno de los países que aceptó recibir a tres o cuatro mil polacos y destinó, para acogerlos, la antigua hacienda de Santa Rosa, ubicada en las cercanías de León, Guanajuato. Llegaban procedentes de San Francisco, California, y Eileen era la encargada de recibirlos allá o de acompañarlos en su entrada al país. Llegaban a Santa Rosa y ahí había personas de Estados Unidos para ayudarlos a organizarse y convivir con ellos el tiempo que fuera necesario. La intempestiva llegada de Eileen a la Quinta Sofía fue para pedirnos que recibiéramos a un adolescente de 13 o 14 años que pertenecía a una distinguida familia de Vilna, Polonia, que había sido deportada por los rusos a Liberia. El joven era hijo del Conde Ties Cshkiewks y de la Princesa Druska Luveska. Era un muchacho dotado de gran inteligencia y no sabían donde colocarlo en la hacienda guanajuatense. Habían hecho gestiones en el Colegio Americano para ver si podían inscribirlo y en vista de que habían tenido éxito, buscaban un hogar para él en la ciudad de México. Nos pidió si podríamos alojarlo en la Quinta. Habiendo estado nuestra hermana en Madrid sufriendo durante el sitio de Franco, decidió mamá que debíamos aceptarlo, ya que no sabíamos en qué condiciones difíciles había estado nuestra hermana y su familia allá. Nos pareció una manera buena de pedir a Dios que hiciera con nuestra hermana y su familia lo que nosotros íbamos a hacer con el joven José, pues así se llamaba.

Lo instalamos en una habitación que había en la parte sur, pequeña y con baño independiente; Eileen regresó a Santa Rosa muy agradecida. A los dos meses de estar José con nosotros un día vimos llegar a un señor con un muchacho: era Andrés, hermano de José, quien le había dicho a su

mamá que en vista de las cartas tan alentadoras que recibía, quería estar con él; que si no había lugar, dormiría debajo de la cama de su hermano. Naturalmente lo aceptamos, colocamos un catre en la misma habitación y ahí vivió feliz Andrés, ya que en la casa teníamos piano y él era músico por excelencia y se pasaba horas tocando el piano y dándonos a conocer música polaca popular, así como piezas de Chopin y muchas clásicas polacas. La vida se hizo más agradable para los dos hermanos, quienes pasaron a formar parte de la familia tanto por su buena educación como por su contribución a la alegría del ambiente de la Quinta. Teníamos sobrinos de la misma edad que se entendían con ellos perfectamente.

La Condesa se había quedado en León con sus hijos menores, Arturo y Carlos. Se había instalado una escuelita en Santa Rosa, los pequeños asistían a ella. Pasaron casi dos años y de la Escuela Americana anunciaron, que José no podía continuar allí, pues había terminado los estudios que ahí se tenían y que era un muchacho muy bien dotado. Como yo salía para Estados Unidos a otra serie de conferencias e iba a llegar, como siempre, al colegio de la Asunción en Filadelfia, donde mi hermana era la superiora, hablé con ella acerca del problema y me dijo que podríamos intentar una beca en la Universidad de Villa Nova, pues ella conocía a algunos de los Padres que la regenteaban. Fuimos a la universidad y obtuvimos para José la beca completa, es decir, estudio y asistencia. Debo decir que en Nueva York vivía exiliado el Príncipe Druski Luveski, tío de esos chicos, al que le informábamos del desarrollo de su vida y sus estudios. Le dio gran satisfacción saber que José era un chico excepcionalmente dotado y que ya había sido aceptado en Villa Nova.

Ya para entonces, en 1942, los polacos de Santa Rosa estaban yéndose a Estados Unidos, en donde encontraban con relativa facilidad amigos o parientes que los ayudaban y habían obtenido, en colegios de religiosas polacas, apoyo para los que iban a estudiar la secundaria. Con ese motivo mi hermana, sabedora de que regresaban muchos, le ofreció a la Condesa un puesto en el Colegio Asuncionista como profesora de francés

y acompañante de las chicas internas que necesitaban salir de compras o a algún sitio de diversión.

Una vez tuve la oportunidad de convivir con ella en la casita independiente del convento que había en el parque de la Asunción, donde también yo tenía un cuarto para cuando llegaba y a donde regresaba después de mis charlas o de distintas andanzas. Con este motivo nos veíamos a la hora del desayuno y charlábamos un rato antes de acostarnos. Es así como me enteré de algunas circunstancias trágicas de su vida:

Cuando llegaron los rusos a su ciudad, entraron al castillo y ella, como por providencia divina, corrió a su habitación a sacar la bolsa donde tenía guardadas sus alhajas y se las echó inmediatamente al seno. Fue lo único que pudo salvar. A todos, amos y criados, los metieron los soviéticos en un vagón para animales y emprendieron el camino hacia Siberia. Fueron días en una situación terrible, pues no tenían dónde sentarse ni dónde acostarse y les pasaban la comida por un agujero que tenía el vagón para la respiración. Con todos los inconvenientes y penalidades de ese encierro total viajó el grupo. Una vez llegados a un lugar de Siberia, les asignaron una habitación con mínima comodidad y al Conde le asignaron tareas en los campos de nieve.

Así pasaron más de un año, teniendo como alimentación papas cocidas y pan duro. La salud del Conde no resistió y murió. La madre entonces le indicó al hijo mayor, José, que cavase el hoyo para enterrar el cuerpo de su padre, pero que antes le quitase la ropa que llevaba porque la iban a necesitar en el camino. Todo era soledad, pero de vez en cuando pasaban trineos. Al ver pasar uno sin pasaje, la Condesa se dirigió al conductor y le preguntó si podía sacarlos de allí hacia el sur, al primer lugar por donde pasara el ferrocarril. Esperaron al primer tren que pasó por ahí, se subieron al vagón más económico y preguntaron si iba hacia el sur.

En esta forma, de estación en estación, llegaron hasta un puerto, dado que su hermano en la última conversación le había dicho: “Yo voy hacia Nueva York, vente en la forma que puedas hasta allá”. El recorrido duró varios meses durante los cuales se les agotaron tanto la ropa que traían como buena parte de su salud y llegaron llenos de parásitos.

Anunciaron que eran polacos y que querían salir en el barco que se dirigía a San Francisco, para que les indicaran lo que tenían que hacer, ya que había arreglos para los refugiados políticos. En Estados Unidos, la NCWC, que desde los tiempos de la Primera Guerra había estado pendiente de los refugiados, los atendería en San Francisco. Fue allí donde los encontró la Señorita Egan que los condujo hasta México.

De los muchachos debo decir que en una ocasión, cuando fui invitada a un Congreso catequístico que se celebraba en Boston, alguno de los asistentes que conocía la historia de la familia polaca me indicó que me pusiera en contacto con el obispo de Amarillo, Texas, que era hombre bondadoso y generoso. Le relaté la historia de la familia y le mencioné a Andrés, que era un chico muy bueno y bien adiestrado en música. Se le iluminó la cara al Señor Obispo y me dijo:

—Mándemelo; me podrá amenizar alguna velada.

Muy agradecida por la bondadosa acogida, regresé del Congreso a Filadelfia y le di la noticia a la Condesa. El muchacho salió luego para Amarillo y fue recibido con mucho cariño. Fue para él una oportunidad maravillosa, pues se preparó muy bien en relación con el comercio y obtuvo más adelante un puesto en una de las oficinas de la Compañía Nestlé en San Francisco. El Señor Obispo de Amarillo lamentó su marcha porque dijo que le había amenizado varias tardes con el piano que tocaba con gran sentimiento y habilidad.

La actitud de Andrés ganó la voluntad del prelado de Amarillo y pidió él que le mandaran a sus dos hermanos, Arturo y Carlos, para que terminasen allí su secundaria. Carlos resultó atleta, se especializó en fútbol e hizo de ese deporte su carrera como profesional. Arturo se alistó en la Fuerza Aérea y resultó un magnífico piloto. Por desgracia, en una de tantas batallas durante la última guerra pereció. Como un detalle paternal de parte del Señor Obispo, éste pidió que la mamá fuese a reunirse con sus hijos a Amarillo, ya que él tenía para ella un puesto en el hospital de la diócesis. Fue así como pudieron tener un poco de vida familiar antes de dispersarse a sus respectivas actividades cuando crecieron.

Trabajos de la posguerra y recapitulación

La Segunda Guerra Mundial afectó la vida de todos, sea que hubieran estado cerca o lejos de los campos de batalla. No se diga la de los estadounidenses que a pesar de la resistencia prolongada de su presidente pacifista Franklin D. Roosevelt, se vieron envueltos en la contienda a partir de 1942, cuando los japoneses atacaron la base naval de Pearl Harbor en las islas Hawai.

México, si bien no participó de manera directa en la conflagración, se vio también afectado de muy distintas formas. Sin embargo, declaró la guerra al Eje a raíz del hundimiento de dos barcos petroleros por un submarino y envió a la guerra del Pacífico el Escuadrón 201.

Por un lado, el peligro, apreciado sobre todo por el gobierno estadounidense, de que el petróleo que había sido nacionalizado en 1938 fuera a ser vendido a las potencias del Eje, contribuyó a que se agilizaran las negociaciones para el pago de la deuda, a las que se resistían las compañías petroleras. Esto ayudó a que México tuviera, por un buen número de años, una situación estable que con el tiempo fue calificada como el “desarrollo estabilizador”.

Por otro, la sociedad mexicana, ante el peligro exterior y convocada por el presidente Manuel Ávila Camacho, respondió a los llamados de unidad de quien fue llamado “el Presidente caballero”. Esta unidad, que simbólicamente se expresó en la aparición, junto con Manuel Ávila Camacho, de los ex presidentes Calles y Cárdenas, quienes marcaron dos épocas distintas de México, tuvo también un perfil que abrió las puertas a la libertad religiosa y educativa. Las y los católicos si bien ya vivían en un ambiente plural, aunque todavía

no se palpaba en un proceso de urbanización y secularización que no pararía, pudieron expresar sus puntos de vista y difundir sus convicciones sin tener que esconderse.

Por estos años, de la Guerra y la posguerra inicial, Sofía del Valle viajó menos a Estados Unidos por la situación difícil en la que se encontraba ese país, cuyas fuerzas todas se orientaron hacia la victoria, así considerada, de la democracia sobre el totalitarismo.

El final de la guerra fue también el final de un estilo de vida, sobre todo en Estados Unidos, que había hecho de la mujer “la reina del hogar” y dedicado muchas veces sus fuerzas a las obras apostólicas de las iglesias, no sólo la católica sino también las denominaciones protestantes. Mientras los varones fueron a la guerra, las mujeres ocuparon muchos de los trabajos que dejaron: en el campo, en la industria y en los más variados servicios, ellas tomaron sus lugares y no pocas veces los puestos de mando. Cada vez menos podría llamársele a alguna “la Señora de” y cada vez más respondía a su propio nombre. Junto con el paso de la guerra, también se acompasó el de la industria de los electrodomésticos (estufas de gas, refrigeradores eficientes, licuadoras, batidoras, lavadoras de ropa y de vajillas y otros más) que facilitaron los trabajos hogareños. Los alimentos enlatados y el café instantáneo ocuparon con derecho propio su espacio en las casas de todos y principalmente de la clase media emergente.

Pero quizá lo que más quedó señalado para los años de la posguerra fue la creciente apertura de los estudios universitarios a las mujeres. Con cierta timidez, pero después de manera cada vez más abierta, se crearon en México, en 1943, la Universidad Motolinía, obra de una religiosa visionaria, Dolores Echeverría, y la Universidad Femenina de México, encabezada por Doña Adela Formoso de Obregón Santacilia, casi simultáneamente después de la Universidad Iberoamericana.

Sofía del Valle supo pulsar y comprender los signos de los tiempos.

No abandonó su obra más querida, Cultura Femenina, ni se alejó de la JCFM. Estuvo apegada al Instituto impulsándolo con ahínco, principalmente de 1940 a 1944. En estos años realizó constantes visitas al interior del país a fin de consolidar los comités diocesanos de la “J”. Sobre ella, Sofía escribió entonces en mirada retrospectiva:

La JCFM nació del feliz encuentro de dos generosidades: la divina generosidad de Cristo que llamaba a un grupo de jóvenes inexpertas a su mies, y la generosidad sin medida, muy femenina, de esas muchachas que sin saber aún bien a bien a qué se las llamaba, se entregaron con fe, sin reparar en el trabajo que suponía su preparación ni exigir seguridades de éxito futuro.

Las ocho socias fundadoras: Juana Arguizóniz, Sofía Escalante, María Luisa Stoopen, Enriqueta Bravo, Ana María Estrada, Sofía Fernández Almendaro, María Luisa Fernández Almendaro y Margarita Soto Hay, que ya se formaban en el Instituto Superior de Cultura Femenina, se fueron multiplicando. Ganaron, a fuerza de esparcir la semilla y de cuidarla con amor, nuevas voluntades, nuevos elementos que se entregaban a la vez a los intereses de la naciente organización. Ciertamente algunas de ellas sufrieron cárcel, cateos y amenazas, pero hoy en una casa, mañana en un sótano o en una azotea, los trabajos no se interrumpieron; estaba de por medio la fuerza de las dos generosidades.

Las giras de fundación de comités diocesanos se efectuaron al principio en medio de grandes dificultades, pues hay que tener en cuenta que para los padres de aquellas muchachas todo resultaba nuevo y no entendían cómo sus hijas pudieran lanzarse a ‘predicar’, a difundir una obra que les imponía tantos sacrificios y tan serias responsabilidades. No tardaron esos buenos padres en comprender la noble labor confiada a sus hijas y las dieron al trabajo generosamente aun aceptando sacrificios de diversas separaciones.

Sofía, manteniendo su atención y cuidados a sus obras más cercanas, amplió sus horizontes como lo requería el viento que corría, no de manera frívola, sino con la madurez que podía esperarse de alguien que rebasaba los cincuenta años.

En 1937 había asistido a un Congreso Internacional Católico en Varsovia. Ahí se relacionó con mujeres que dejaron huella definitiva en diversas organizaciones internacionales a las que siguió frecuentando. De hecho estuvo en 1947, acompañada por 25 mexicanas, en el Primer Congreso de Organizaciones Laicales convocado en Roma por el Papa Pío XII y asistió, participando de forma activa, en un congreso similar celebrado en Nueva York en 1952 y en un tercero, que se tuvo de nuevo en Roma en el año de 1957. Podemos mencionar entre las valiosas mujeres con las que se relacionó, a Christine Dentine de Bélgica, a Rie van Nendrik de Holanda y a muchas más.

En México estuvo cerca de dos mujeres pioneras en la diplomacia, en la dedicación a la educación y en la preocupación por el mejoramiento de las condiciones femeninas: Adela Formoso y Doña Amalia González Caballero de Castillo Ledón. Con Aurora Arrayales y muy cerca de los presidentes mexicanos Ávila Camacho y Miguel Alemán encabezó organizaciones de voluntariado femenino que abarcaban alrededor de 150 organismos de muy diversos tipos, entre los que se encontraban, por ejemplo, obras sociales de la comunidad judía y la Beneficencia Española. En esta misión organizó año con año el “Día de la Mujer” que entonces se conmemoraba el 11 de febrero. En estos años Sofía recibió de parte del Presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, la medalla *Women of America United for Peace*, que es la distinción más importante que se le concede a alguna mujer cuya labor tiene relevancia internacional. En algún momento, un partido político le pidió su colaboración y lo hizo, sólo que manteniendo una sana distancia que le permitió hablar y actuar con libertad.

Sofía del Valle falleció en la ciudad de México en 1982 con la mirada en alto y los pies sobre la tierra, como había tenido la fortuna de vivir.

Comentarios finales

Cabe hacer una reflexión final que no es conclusión sino más bien invitación:

La historia de las y los católicos mexicanos no es ajena ni mucho menos opuesta a la historia general de México.

Una corriente poco atenta al movimiento real de la sociedad y la cultura en el siglo XX mexicano ha difundido que la Iglesia católica, y más en particular su jerarquía, enfrentó un “modelo de Nación” propio y singular, de índole conservadora cuando no retrógrada, al que propugnó la revolución mexicana. La repetición de esta afirmación, con la que se encuentra uno con cierta frecuencia, no la hace verdadera.

Lo que se descubre, cuando se hace una revisión cercana a documentos que los archivos van haciendo públicos y a testimonios orales que todavía pueden recogerse, es que con el final del largo periodo dominado por la fuerte personalidad del General Porfirio Díaz, se vino encima una larga etapa de búsqueda de caminos, no pocas veces violenta, que soltó amarras que sustentaban la barca nacional, y no fue fácil dar con un equilibrio diferente, pero auténtico, donde todas y todos los mexicanos tuvieran lugar.

Una ideología tenaz, autodenominada “revolucionaria”, identificó a la Iglesia como enemiga de la libertad y del progreso; es más, la consideró aliada a fuerzas que oprimían a los pobres y a los ignorantes. La repetición hecha a diferentes niveles de una versión “oficial” de la historia de México, fomentó también la oposición a valores que habían integrado los proyectos mexicanos por mucho tiempo y habitaban en el corazón del pueblo con el vestido de tradiciones y modos de actuar frente a la vida.

Por ello, la acción de las y los católicos, sobre todo la que puede reconocerse como social, en seguimiento al llamado de los Pontífices a partir de León XIII, de comprometerse con las realidades temporales, fue vista con ojos de sospecha e incluso tildada de subversiva más que de reaccionaria.

Por ello también, la acción de las y los católicos tuvo que llevarse adelante “contra corriente” y con esfuerzos excesivos y mística elevada cercana al heroísmo. Esa acción y las personas que la llevaron a cabo, apenas hace poco que se ha venido investigando con método histórico y, al tiempo que surge una verdad histórica más plural y matizada, surge también el relieve de personas y actos que mueven a la admiración.

La admiración, pues, está y ha estado presente al escribir estas páginas y creo que estará cuando se lean con ojos atentos. Y la admiración viene no como forzada a base de exageraciones, sino con la naturalidad de una brisa suave de primavera.

Pues de primavera y no de invierno es el tono de la vida de esta mujer, que colmó en plenitud su tiempo, pero es también estímulo para el nuestro. Una mujer católica —es decir, universal— desde sus raíces, mexicana a carta cabal pero abierta al mundo. Una mujer que supo realizar la vida cristiana dentro de la vocación laical, sin necesidad de retirarse a un claustro o integrarse a una congregación religiosa. Que vivió la soltería y la castidad, no como encerramiento egoísta, sino como una vía para desarrollar un amor inmenso que se reconoció a base de entrega y generosidad, de servicio a los demás, haciendo a un lado el amor propio.

Si hoy nuestros retos son diferentes a los que tuvo delante Sofía del Valle, en realidad tienen raíces comunes, pues las necesidades de una sociedad donde la pobreza se extiende cada vez más, donde la vida de todos los días se convierte muchas veces en una hazaña y donde los valores profundos y esperanzadores con los que debe contar la humanidad para su auténtica felicidad como la vida en familia, el respeto entre hijos y padres, el cultivo de las convicciones que sean brújula para la existencia se encuentran acosados, hacen falta vidas con recias virtudes y anclaje en una fe “que mueve montañas”.

Esta es la razón por la que, con alegría y a veces asombro, hemos recorrido los pasos por la existencia de Sofía, mujer en muchos aspectos común y corriente, pero ejemplar en muchos otros. Que el lector o lectora los encuentre es mi mayor deseo.

Ciudad de México, 18 de septiembre de 2008.

JUVENTUD

ENERO 1942



Comité Central de la Juventud Católica Femenina Mexicana.

De abajo arriba y de izquierda a derecha: Teresa Olivera, Felícitas Ziegler, Graciela Gibbons, Emma Ziegler, Sofía del Valle, Consuelo Cueto, Eugenia Olivera y Ma. de la Luz Gallegos.

Apunte bibliográfico

La redacción de esta obra tiene como fuente fundamental el amplio relato que dictó Sofía del Valle alrededor de 1976. La misma tiene, en la transcripción que tuve a la mano, las cualidades y los defectos del estilo oral: viveza, por un lado pero repeticiones y anacronismos por otro. No fue un trabajo fácil discernir entre tantas líneas las mejores. Sin embargo, con la ayuda eficaz de la Licenciada Odette Rojas Sosa, pude reconocer las repeticiones y en algunos casos escoger la versión más adecuada. Si bien la redacción final de todo el texto se debe a mi pluma, que ha amplificado, disminuido o agregado algunas cosas a las palabras de Sofía, he tratado no de ser infiel a ellas sino, por el contrario, seguirlas con fidelidad pero al mismo tiempo pensando en la mejor comprensión de quien las lea. Uno de los puntos más difíciles fue situar cronológicamente lo que muchas veces va de un año a otro e incluso de una década a otra sin demasiadas precisiones.

Mi tarea principal, tarea de historiador, ha sido construir los contextos de la manera más adecuada a la narración principal, tratando no de ubicar situaciones a veces muy concretas y anecdóticas en arcos temporales o de acontecimientos nacionales o internacionales demasiado amplios, sino lo más cercano a ellas que me fue posible.

Este escrito lo redacté de forma paralela a dos textos publicados en el Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (IMDOSOC) en 2008. La mayor parte de los datos contextuales los he tomado de estos textos.

Aguirre Cristiani, María Gabriela, *¿Una historia compartida? Catolicismo social y revolución mexicana*, IMDOSOC, México, 2008.

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, *Diplomacia insólita. El conflicto religioso en México y las negociaciones cupulares, 1926-1929*, IMDOSOC, México, 2007.

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, *Paz a medias. El “modus vivendi” y su crisis, 1929-1931*, IMDOSOC, México, 2008.

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, *Confrontación extrema. El quebranto del “modus vivendi”, 1931-1933*, IMDOSOC, México, 2008.

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, *Asalto a las conciencias. Educación, política y opinión pública, 1934-1935*, IMDOSOC, México, 2008.

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, *Hacia un país diferente. El difícil camino al “modus vivendi” estable en México, 1935-1937*, IMDOSOC, México, 2008.

Apéndices

Breve semblanza de Juventud Cultural Femenina Mexicana

Sofía del Valle fue conocida en México a partir de 1926, cuando comenzó a tratar principalmente a las jóvenes egresadas de los colegios católicos y les hablaba de su responsabilidad para ayudar a los semejantes. Con ese fin les ofrecía formar grupos de jóvenes para prepararse en el apostolado laical que empezaba a valorarse en las parroquias y en las diócesis, así como a constituir un Comité Nacional que se comprometiera con la dirección y desarrollo de todos esos grupos. Así fue el inicio de la Juventud Católica Femenina Mexicana (JCFM).

En los grupos que se fueron formando se les ofrecía a las jóvenes, de quince a treinta y cinco años, que en su propia parroquia tendrían la oportunidad de prepararse en una cuádruple formación: religiosa, moral, cultural y social.

Una vez ingresadas al grupo y con la motivación de hacer algo por los demás, encontrarían cómo llegar a los semejantes haciendo algo por ellos. Sofía dirigió los primeros grupos parroquiales orientándolos de manera que cada uno formara un pequeño comité a fin de dejar la responsabilidad de la continuidad del trabajo en ese comité.

Hay que tener en cuenta que en ese momento de la historia, las jóvenes mexicanas no tenían muchas oportunidades de desarrollar sus potencialidades, pues contaban solamente con la formación recibida en la familia y en la escuela, por consiguiente, consideraban que su camino era el matrimonio y después la educación de sus hijos. Pero, ¿mientras se casaban, que podían hacer?

A través de estas reuniones formativas se les abrió un hermoso horizonte: hacer algo a favor de niños y adolescentes o de los pobres y necesitados, y muy probablemente, sumarse a las filas de la JCFM.

Este apostolado se fue extendiendo poco a poco tanto en las parroquias como en las estructuras superiores a nivel de cada diócesis donde se formaron los comités diocesanos. Sofía y el grupo directivo del Instituto Superior de Cultura Femenina, que estaba muy unido a ella, viajaban a los diversos estados llevando su mensaje, lo que gustó mucho; de esa manera se iban consolidando los comités diocesanos. Estos se comprometían a visitar con cierta constancia las parroquias que les correspondían a fin de lograr la continuidad de la vida de los nuevos grupos.

Los primeros años en que funcionó el Comité Nacional de la JCFM, Sofía tuvo una gran influencia dentro de él. Este comité se había formado con las alumnas y ex alumnas del Instituto y a ellas les correspondía la marcha correcta de los comités diocesanos y, de modo indirecto, de los grupos parroquiales.

Sofía fue presidenta nacional en el segundo periodo de la JCFM y, posteriormente, supo retirarse sin posesionarse del mando. Los diferentes comités nacionales que se sucedieron, siempre contaron con ella en los momentos que la solicitaron y el aprecio que recibió perduró hasta su muerte.

En 1922 subió al trono pontificio Su Santidad Pío XI a quien Sofía tuvo la dicha de tratar de manera personal. El Pontífice envió a todo el mundo una invitación para que en cada país se iniciara la Acción Católica. México no podía ser la excepción.

Cuando llegó a México esta invitación, la jerarquía eclesiástica solicitó a la ACJM, la JCFM y a las Damas Católicas a que formaran la Acción Católica Mexicana (ACM). Sólo tuvieron que formar la Unión de Católicos Mexicanos (UCM) que reunía a hombres adultos. Esto sucedió en el año de 1930. A partir de esa fecha la Acción Católica se fue desarrollando en todo el país y a Sofía del Valle le tocó una parte muy importante, pues ya la JCFM caminaba bien y la jerarquía le pidió que ayudara a la integración de la ACM.

Su Santidad Pío XI recomendó tres acciones: Primera, la conformación de la Acción Católica Mexicana; segunda, la promoción de la mujer y, tercera, la formación de la juventud. Esas tres acciones se realizaron en México y Sofía fue una de sus principales promotoras.

Como parte del trabajo comenzaron a editarse diferentes revistas, como *Juventud*, lazo de unión de toda la República y medio de contacto directo con las diócesis. A través de ella se difundían cursos, semanas de estudio, viaje, fiestas, encuentros parroquiales, conmemoraciones y otros aspectos. Contenía artículos de interés para la mujer, en especial relacionados con su formación integral. Esta revista se publicó por mucho tiempo y el tiraje aumentó constantemente.

El gremio de las empleadas tuvo la revista *Nosotras*, que fue muy bien acogida por las socias y jóvenes en general. Tuvo un tiro considerable y duró algo más de veinte años.

Para las niñas de cuatro a quince años se editaba la revista *Pequeña y Aspirante*, con artículos, dibujos, costura y temas de formación. Existió además otra revista enfocada a las campesinas de menor tiraje. También se editaron un buen número de folletos con temas de estudio formativos y material de apoyo para dirigentes y socias. Igualmente se divulgó el conocimiento de la Biblia por medio de cursos en los que se enseñaba a utilizarla y estudiarla. Llegó a ser un libro personal de las socias.

Ya para 1960, la JCFM tenía 110 mil socias con credencial anual numerada. Dentro de ella se habían establecido ciertas especializaciones: empleada, estudiante, obrera, campesina, maestra o independiente. Y para las niñas: pequeñitas, pequeñas y aspirantes. Desde luego no todas estaban establecidas en las parroquias, en la mayoría había una sola o dos. La mejor en número y actividades fue la de “empleadas” en el ámbito urbano y la de “campesinas”, en el rural. Las restantes, por regla general, sólo eran grupos diocesanos.

Uno de los grandes proyectos que se realizaron a nivel nacional fue la fundación de la Escuela de Trabajo Social Rural “La Labor”, ubicada cerca de Apaseo el Grande, en Guanajuato. Los estudios duraban dos años y el título lo expedía el gobierno del estado. Esta escuela duró treinta años; los primeros años sólo había internas y el cupo era de sesenta alumnas. Después se suprimió el internado y sólo iban estudiantes externas.

Una asamblea nacional trató acerca de la educación fundamental. Para apoyar su difusión —aún no llegaba a todas las comunidades de México—, se editaron dos manuales de procedimientos. Estos se llevaron a la práctica durante siete años en los campos de trabajo voluntarios, organizados por el Comité Nacional; duraban un mes y tenían sesenta participantes de la República. El trabajo se realizó en pequeñas comunidades rurales por medio de equipos de diez personas cada uno. Participaba toda la comunidad y se les atendía por grupos: niños, jóvenes y adultos, además se lograba remediar algunas carencias de la comunidad. De esta forma se mejoraron algunas viviendas, un camino y la escuela de la comunidad. Esta actividad resultaba una enseñanza tanto para el pueblo como para quienes la realizaban. Varias de las participantes en estos campos, al volver a su lugar de origen, se animaban a organizar otras de estas actividades.

Una de las acciones a nivel nacional las realizaron los “equipos misionales”: para formarlos se convocaba a socias experimentadas, como catequistas, maestras, enfermeras, psicólogas, en número de quince a veinte. Tuvieron presencia en Huejutla, Hidalgo; Villaflores y Villa de las Rosas, Chiapas, así como

Chilapa, Guerrero. La duración era de un mes y se trabajaba todo el día. Al principio se visitaban todas las casas y se platicaba con las familias a fin de tener una idea de su realidad. Se recogían después los resultados del equipo y se proponía una serie de actividades variadas a fin de abarcar a la totalidad de las personas: mujeres y hombres adultos, jóvenes y niñas y niños. Podían también visitarse las casas donde hubiera un problema concreto y así se arreglaron matrimonios, primera comunión de adultos y de niños y bautizos de adultos.

El número de socias que alcanzó la JCFM y su vitalidad fueron el fruto resultante de la visión de Sofía del Valle, quien desde su comienzo tenía una clara idea de lo que las jóvenes mexicanas podían lograr una vez que adquirieran la preparación necesaria y vieran los magníficos resultados que podrían ir obteniendo.

Guadalupe Aguilar Fernández



Visitadores propagandistas y miembros de la Junta Central de la Acción Católica Mexicana:
Sentados de izquierda a derecha: Carlos Garcinava, Sofía del Valle y Luis Beltrán y Mendoza.
De pie: Jorge Ojeda, José Ballardo, José Sáenz Salas, Ángel López y Rafael Rivera.

Breve Currículum de Sofía del Valle

Cofundadora y directora del Instituto Superior de Cultura Femenina, primera Universidad Femenina Católica de México

Secretaria Fundadora de las Obras Femeninas del Secretariado Social Mexicano, dirigido por el Padre Alfredo Méndez Medina, S.J., y prominente sociólogo mexicano

Fundadora de la Juventud Católica Femenina Mexicana

Representante de México en la reunión de la UNESCO, celebrada en México en 1947

Miembro activo de la organización femenina Unión de Damas Católicas

Directora del boletín *Juventud*, órgano oficial de la JCFM

Miembro durante 19 años de la Liga Internacional de Mujeres Católicas, con sede en Roma, y que más tarde se transformó en Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas

Vicepresidenta del Comité de Organizaciones no Gubernamentales pro Naciones Unidas

Miembro del Comité de Servicio Cultural y Social, A.C., fundado por la profesora Aurora Arrayales

Tesorera de la Alianza para el Progreso, fundada por el Presidente John F. Kennedy. Comité mexicano

Miembro del Comité Central de la Unión Católica Femenina Mexicana

Miembro de la Junta Central de la Acción Católica Mexicana

Presidenta de la Juventud Católica Mexicana durante dos periodos

Consejera vitalicia de la Junta Nacional de la Acción Católica Mexicana

Reconocimientos

1947 Cruz “Pro Ecclesia e Pontífice”

Condecoración impuesta por el Arzobispo de México, Luis María Martínez, en una ceremonia realizada en el salón del Casino Español, y concedida por el Papa Pío XII.

1947 Condecoración del Comité Mexicano de Naciones Unidas.

1950 Medalla de la Organización Femenina

Organización fundada por el presidente Eisenhower con el título de “Women of America United for Peace”.

1952 Condecoración de Damas del Santo Sepulcro

Impuesta en la Iglesia de la Profesa, en ceremonia celebrada por el Arzobispo de México Luis María Martínez.



Glenda Blee; Arzobispo Primado de México, Miguel Darío Miranda, y Sofía del Valle.

Acerca del autor

Manuel Olimón Nolasco es sacerdote católico incardinado a la diócesis de Tepic, Nayarit. Doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, previamente realizó estudios de Humanidades en el Seminario Diocesano de Tepic, de Filosofía y Teología en el Seminario Nacional Mexicano de Montezuma, Nuevo México, Estados Unidos, obteniendo el título de Bachiller en Filosofía y Ciencias (Bachelor of Arts) en la Catholic University of America de Washington, D.C. Más tarde obtuvo la Licenciatura Especializada en Historia de la Iglesia Moderna en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Fue profesor fundador de la Universidad Pontificia de México donde permaneció de 1982 hasta 2003. A partir de esa fecha se integró como académico en el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana.

Fue Director General de la Comisión Nacional de Arte Sacro y consultor de la Comisión Pontificia para los Bienes Culturales de la Iglesia en la Ciudad del Vaticano, así como miembro del Consejo Académico de Humanidades de la Universidad de Las Américas en Puebla. Es actualmente miembro de los Consejos de la Universidad Motolinía del Pedregal, y de la Universidad Nueva Galicia de Tepic, Nayarit, así como del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana y de la Fundación Muró de Monterrey.

Ha escrito varios libros, entre los que destacan *Tensiones y acercamientos. La Iglesia y el Estado en la historia del pueblo mexicano* (1990), *Creer en tiempos difíciles* (1990), *La búsqueda de Juan Diego* (2002), *Un obispo en la polémica: Clemente de Jesús Munguía y los liberales* (en prensa), así como cinco libros con los resultados de su investigación en el archivo de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos de Norteamérica (*National Catholic Welfare Conference*) de Washington, acerca del conflicto religioso en México de 1926 a 1938: *Diplomacia insólita* (2007), *Paz a medias, Confrontación extrema, Asalto a las conciencias y Hacia un país diferente* (2008).

Ha publicado alrededor de 60 artículos en revistas especializadas y en libros en colaboración, muchos de los cuales fueron ponencias o conferencias presentadas en México o en el extranjero.

Es miembro de número de la Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras, correspondiente a la Real Española; de la Sociedad Mexicana de Bibliófilos, así como de la Sociedad de Historia Eclesiástica Mexicana.

Recibió en 1993 el Premio del Comité Mexicano de Ciencias Históricas a la mejor reseña escrita en 1991 y en 2003 la Medalla al Mérito Académico de la Universidad Americana de Asunción, Paraguay.



El Arzobispo Primado de México, Miguel Darío Miranda, Sofía del Valle, y otra persona no identificada.



Glenda Blee, Presidenta Nacional de la Juventud Católica Femenina Mexicana, y Sofia del Valle.



El libro **Sofía del Valle. Una mexicana universal**, se terminó de imprimir en marzo de 2009, en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, Col. Felipe Pescador, Del. Cuauhtémoc, C.P. 06280, México D.F.

Tels. 57 04 74 00, 57 89 90 11 y 57 89 91 10
ventas@tgm.com.mx

El tiraje consta de tres mil ejemplares